

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador

Departamento de Antropología, Historia y Humanidades

Convocatoria 2019-2021

Tesis para obtener el título de Maestría de Investigación en Historia

Fuegos y dinámicas del poder en Guayaquil

Danny Gabriel del Pezo de la Puerta

Asesor: Nicolás Cuvi

Lectores: Milton Rojas Mosquera

Alicia Torres Proaño

Quito, junio de 2023

Dedicatoria

Para quienes deseen conocer un poco más la historia de Guayaquil.

Índice de contenidos

Resumen	8
Agradecimientos	9
Introducción	10
Capítulo 1	16
1.1. Marco teórico	17
1.2. Estado de la cuestión	23
1.2.1. El impacto de los Grandes Incendios: Roma, Londres y Boston	23
1.2.2. Sobre Guayaquil	28
Capítulo 2	32
2.1. Metodología	33
2.2. Fuentes seleccionadas	34
2.2.1. Fuentes primarias textuales	35
2.2.2. Fuentes primarias cartográficas	36
2.2.3. Fuentes secundarias	58
Capítulo 3	59
3.1. Incendios entre los siglos XVI y XIX: una breve aproximación	59
3.2. Las formas para acabar con el fuego	64
3.3. Los incendios como primeros gestores de la expansión urbana ordenada	66
3.4. Los “cambios” producidos por el Fuego Grande	69
3.5. Las contradicciones de los grupos urbanos: resistencia y reconstrucción	71
3.6. Guayaquil a fines del siglo XIX	73
Capítulo 4	81
4.1. Los esfuerzos por evitar la catástrofe: entre ordenanzas y resistencias	82
4.2. Las redes de poder internas y externas: los nexos del cacao	85
4.3. Calles y urbanismo: el fuego como renovador urbano	90

4.4. Agua y saneamiento: el fuego como medida de coerción.....	100
4.5. Poder local y estatal: el fuego como eje de convergencia	106
4.6. Cuerpo de Bomberos: el fuego como estímulo para mejoras	109
Conclusiones.....	112
Referencias	118

Ilustraciones

Figuras

Figura 3.1. Uno de los esteros que rodea Guayaquil	75
Figura 3.2. Guayaquil en 1847	76
Figura 4.1. Avance del fuego durante el Incendio Grande de 1896	86
Figura 4.2. Primera plana del diario “El Grito del Pueblo” con el plan de Thoret.....	96
Figura 4.3. Perfiles de calles diseñados por Thoret.....	97
Figura 4.4. Detalle de las instalaciones sanitarias intradomiciliarias de Carbo	105
Figura 4.5. Proyección del diario “El Grito del Pueblo”	111

Fotos

Foto 3.1. Guayaquil de norte a sur	75
Foto 3.2. Establecimiento de cacao en Guayaquil.....	78
Foto 4.1. Plaza de Rocafuerte después del Incendio Grande.....	87
Foto 4.2. Norte de la ciudad después del Incendio Grande	90
Foto 4.3. Máquina Guimbalete “Nueve de Octubre No 11” de 1876.....	109
Foto 4.4. Máquina a vapor “Nueve de Octubre No 11” de 1899	110
Foto 4.5. Máquina a vapor “Unión No 3” de 1899.....	110

Mapas

Mapa 1.1. El plan de Christopher Wren para la reconstrucción de Londres	26
Mapa 1.2. El plan de Robert Hooke´s	26
Mapa 2.1. Guayaquil, según Aimé Millet (1880).....	38
Mapa 2.2. Plano de Theodor Wolf, Guayaquil (1881)	41
Mapa 2.3. Fragmento del plano de Theodor Wolf (1887).....	42
Mapa 2.4. Guayaquil antes del “Incendio Grande” (1896)	44
Mapa 2.5. Guayaquil después del “Incendio Grande” (1896).....	45

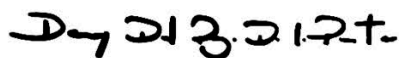
Mapa 2.6. Plan de reconstrucción de Guayaquil (1896).....	47
Mapa 2.7. Guayaquil en 1900 por Higley y Slater	49
Mapa 2.8. Fragmento del plano de Otto von Buchwald (1903)	51
Mapa 2.9. Guayaquil, principal plano del conjunto de Luis Carbo (1909)	52
Mapa 2.10. Fragmento de uno de los planos para la canalización de Carbo (1909).....	53
Mapa 2.11. Plan de reforma de Luis Carbo y Francisco Manrique (1918)	55
Mapa 2.12. Fragmento del plano de Francisco Landín (1909).....	56
Mapa 3.1. Guayaquil en 1741 por Paulus Minguet	68
Mapa 3.2. Zonas de producción cacaotera entre 1880 y 1920	77

Declaración de cesión de derecho de publicación de la tesis

Yo, Danny Gabriel del Pezo de la Puerta, autor de la tesis titulada “Fuegos y dinámicas del poder en Guayaquil” declaro que la obra es de mi exclusiva autoría, que la he elaborado para obtener el título de maestría de investigación en Historia de los Andes concedido por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador.

Cedo a la FLACSO Ecuador los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, bajo la licencia Creative Commons 3.0 Ecuador (CC BY-NC-ND 3.0 EC), para que esta universidad la publique en su repositorio institucional, siempre y cuando el objetivo no sea obtener un beneficio económico.

Quito, junio de 2023.



Danny Gabriel del Pezo de la Puerta

Resumen

Desde su fundación, la ciudad de Guayaquil padeció del embate del fuego en incontables oportunidades. Sobre las cenizas, la ciudad se reconstruyó una y otra vez. Los últimos grandes incendios del puerto fueron a fines del siglo XIX e inicios del XX. La visión general de estos flagelos es de enemigos destructores autónomos. Entes que retrasan el progreso de la ciudad, mientras que los ciudadanos son víctimas inocentes sin responsabilidad alguna en estas catástrofes.

Se investigó las relaciones de poder en la ciudad presentes en fuentes textuales y cartográficas. Las fuentes textuales permitieron conocer cómo el gobierno local y central ejercen mecanismos de control. Los testimonios ofrecieron una visión de cómo los grupos sociales reaccionan a estos poderes. Las fuentes cartográficas aportan sobre cómo se piensa el proyecto de ciudad.

El presente trabajo determina el rol y agencia de los diversos grupos sociales de la ciudad en estas catástrofes. La agencia de una población que no aprendía de estas lecciones creó un ciclo de autodestrucción-reconstrucción en la propia ciudad. Un ciclo incendiario que se mantendría inalterablemente por más de trescientos años.

El Incendio Grande de 1896, que destruyó dos terceras partes del puerto, fue la oportunidad para rediseñar el espacio urbano. Los planos son la evidencia de este cambio de perspectiva favorecido por las redes económicas agroexportadoras. La reconstrucción rompería el ciclo de autodestrucción-reconstrucción a inicios del siglo XX e impulsaría a la ciudad a imaginar ambiciones urbanas más grandes.

Agradecimientos

A mi familia y padres, a mis maestros y estudiantes, a mis amistades y compañeros.

Sobre todo, a mi esposa Melanie.

Todos a quienes de alguna u otra manera me apoyaron en este camino.

A Caramelo también por acompañarme en esas noches de escritura.

Introducción

Siniestros incendios han destruido el puerto de Guayaquil. Desde su fundación, la ciudad fue presa de las llamas encendidas por los aborígenes que pretendían evitar el asentamiento español. La desgracia del fuego se repitió con frecuencia durante todo el período colonial hasta inicios del siglo XX. Los incendios, siempre presentes en la historia de la ciudad serían un factor modelador de la misma. En otras ciudades del mundo, como Roma, Londres y Boston, los incendios también han dejado una impronta imborrable en la mente de sus habitantes.

Constantemente asolados por el fuego, los guayaquileños se acostumbraron a reconstruir constantemente la ciudad. La abundancia de materiales facilitó la tarea. El medio natural en el que se asentaba el puerto proveía de árboles de mangle, guachapelí, guayacán, etc. Los mismos bosques que aportaban de maderas para la construcción de naves en los astilleros también servían para la construcción de casas. Inmediatamente posterior a cada catástrofe, los habitantes convertían las calles en aserraderos. De esta forma se reiniciaba el ciclo de reconstrucción.

La narrativa tradicional guayaquileña describe a los guayaquileños como virtuosos y heroicos frente a los incendios. “Las barreras sociales quedaban sepultadas en las cenizas, la caridad y compasión sustituían al egoísmo y así como se habían mancomunado esfuerzos para evitar la propagación del fuego, todos participaban en lo que se salvaba” (Estrada Ycaza 2007, 13). Esta investigación propone que no siempre fue así. Los habitantes voluntaria e involuntariamente fueron responsables de gran parte de los flagelos.

Posterior a un incendio, se planifica la reconstrucción. En esta etapa, los mapas son piezas clave para conocer cómo se proyecta la ciudad. Es en el post-incendio donde se evidencia si las lecciones para prevenir el fuego se han aprendido. En las normativas y planos de reconstrucción encontramos las pistas para determinar si se tomaron acciones de prevención. En este contexto, los planos nos muestran el antes y el después de la ciudad en el contexto del Incendio Grande de 1896.

Al mismo tiempo, los mapas y los planos son herramientas que facilitan el control de un espacio geográfico. Brian Harley menciona que los mapas son una “forma de conocimiento que implica poder” (Harley, 2005: 83). Este control no sólo se limita a dibujar y colocar límites a un territorio. Esta representación implica el deseo de control

de todo lo que se encuentre en este espacio. Recursos de todo tipo y grupos humanos también se incorporan como elementos para explotar y acomodar.

Por un lado, los mapas son herramientas para legitimar el poder frente a poderes externos. Sebastián Díaz acota “los mapas han siempre tenido un lugar estratégico como recursos de autoridad” (Díaz, 2009: 182). Por otro lado, los mapas y los planos también sirven para que esa autoridad se proyecte a nivel interno. En el caso de las ciudades, esta proyección del poder se concreta bajo diversas formas. Por ejemplo, cuando se expiden ordenanzas para los habitantes, se efectúa planeamiento urbano, se definen espacios para diversos usos, etc.

Por ello, los mapas y planos de las ciudades nos permiten deducir los intereses locales, regionales y globales en un contexto. Pero, también son expresiones de esos intereses para el futuro. Nicolás Cuví señala que los mapas “construyen imágenes de los territorios que terminan siendo asimiladas como realidades” (Cuví, 2012: 29). Tomando en cuenta esa premisa, el plano se convierte en la imagen de un proyecto a construir. Es la expresión gráfica o la hoja de ruta de lo que se quiere llegar a ser. Sin embargo, estos proyectos urbanistas chocan con otros intereses u otras visiones de la ciudad. Incluso, eventos inesperados como una epidemia o un incendio tienen agencia en la transformación.

En el caso de la ciudad de Guayaquil, podemos utilizar sus planos para interpretar los cambios propuestos en la reconstrucción. A través de la voz y los silencios de estas herramientas podemos contrastar los modelos de ciudad. Esto, con la finalidad de comprender las dinámicas políticas, socioeconómicas e incluso ambientales del proceso histórico urbano. En la construcción y reconstrucción de la ciudad intervienen diversas fuerzas, algunas de ellas contrapuestas. En algún momento del auge rector, las élites pensaron que podían controlar la ciudad. Al final, renovación urbana no es lo mismo que renovación social.

Se plantean las siguientes preguntas de investigación: ¿Cómo los incendios nos permiten rastrear las relaciones de poder en una ciudad? ¿Cómo fueron las relaciones de poder en la ciudad de Guayaquil? ¿Por qué a inicios del siglo XX los incendios perdieron su poder destructivo sobre Guayaquil?

Objetivos

La investigación propone contraponer los poderes antes, durante y después de los flagelos. Al mismo tiempo que contrasta los proyectos de ciudad con la realidad. Los planos fueron usados como instrumentos para representar diversos intereses. Mostrar la realidad, proyectar un modelo ideal, ordenar la sociedad urbana, disputarse los espacios, etc. Pero, en la realidad, estos proyectos planificadores no se implementan en un espacio pasivo. Más bien, se proyecta en un espacio activo y que reacciona frente a los cambios que se proponen desde diversos puntos. Los cambios son parte de un ciclo continuo en medio de la pugna de diversas agencias. Las decisiones del gobierno local y nacional, formas de vida y costumbres, desastres, economía, etc., se transforman en causas y a la vez consecuencias de los cambios en todos los ámbitos de la ciudad.

Se plantea la pregunta central de investigación: ¿De qué manera los incendios permiten identificar las relaciones de poder en Guayaquil y cómo fueron perdiendo su poder destructivo multivariado? Bajo esa cuestión, se consideran los siguientes objetivos:

- Colegir de las cartografías, las formas de legitimar el poder.
- Determinar el rol y agencia de los diversos grupos sociales en las catástrofes incendiarias guayaquileñas.
- Interpretar los cambios propuestos en la reconstrucción y contrastar los modelos de ciudad.
- Evidenciar las dinámicas del poder que reconstruyeron la ciudad luego del Gran Incendio).

Metodología

En esta investigación, espero reinterpretar las relaciones de poder en el contexto del incendio por medio de las fuentes cartográficas, textuales y visuales. La cartografía es una herramienta de poder. Por esta razón, aplicaremos algunas de las propuestas de Bryan Harley como el método “deconstruccionista” (2005). También emplearemos los niveles de interpretación de Panofsky (1939).

Para cada período histórico el método variará un poco. Se tomó en consideración dos de los incendios más grandes que tuvo la ciudad: El “Fuego Grande” de 1764 y el “Incendio Grande” de 1896. En el caso del primer incendio, las únicas fuentes utilizadas fueron las escritas. Fuentes, en su mayoría, provenientes de la burocracia del Imperio Español. Por ello, el acercamiento a este incidente fue textual. Para el segundo incendio,

contamos con fuentes escritas de diversa índole: documentos oficiales, relatos de viajeros, compendios históricos, proyectos urbanos, prensa, etc. Sin embargo, aparte de fuentes escritas contaremos con los planos de la ciudad. Contrastaremos todas estas fuentes para obtener una visión más panorámica.

Estructura de la tesis

En el primer capítulo reviso los aportes teóricos que guiaron la presente investigación. Los cuestionamientos al funcionamiento de las ciudades no son nuevos. Algunos ejemplos: en la literatura, Dickens con el Londres de “*Oliver Twist*”; y en la historia marxista Walter Benjamin con el París de Haussmann. La visión tradicional histórica ubica a la ciudad como un centro o sede del poder (Rigby & Ewan, 2000). Sin embargo, nuevos aportes como el de Simon Gunn, dan cuenta de los cambios teóricos sobre esta perspectiva. La ubicación del poder es más bien difusa (Gunn 2013, 102).

De Certeau enfatiza el poder que tienen los subalternos frente al ordenamiento (De Certeau 200, 31). Los subalternos no son sujetos pasivos frente a las estructuras de poder. Un ejemplo de esta situación fue el fracaso de las reformas haussmanianas presentado por Gamarra (2008, 8).

Un aporte teórico clave, “las redes de poder” es presentado por William Cronon (1991). Están compuestas por elementos diversos como el espacio geográfico alrededor o “*hinterland*”, los nexos comerciales y las mercancías. La ciudad y el campo no son espacios independientes, sino que se enlazan en una narrativa unificada (Cronon, 1991). En esta misma línea, Maiguashca (2012) propone reinterpretar los nexos comerciales de Guayaquil durante el boom cacaotero en el Ecuador.

Con respecto al agua, el poder y la ciudad, Swyngedouw y Bovarnick (1994) manifiestan que estos elementos están íntimamente ligados. Por su parte, Bryan Harley establece la relación entre el poder y la cartografía (2005). Aporta con cambios epistemológicos a la historia de la cartografía. Para realizar un estudio de fuentes cartográficas, considera necesario encontrar la presencia del poder. En el caso de Guayaquil, aún no se han buscado los rastros del poder en la cartografía urbana.

Algunos episodios de incendios en grandes urbes se han estudiado de distinta manera: Roma, a través de las fuentes literarias; Londres, por medio de los planes de rediseño urbano post-incendio, y Boston, cuyo acercamiento fue económico.

Un repaso de la metodología y las fuentes utilizadas abordará el segundo capítulo. Las nuevas perspectivas metodológicas en la interpretación de mapas provienen de Harley y Panofsky. Mencioné que el método varió según el período histórico analizado. Primero se presentaron las fuentes primarias escritas como diarios, compendios, relatos, etc. Continuamos con las fuentes visuales: la descripción de cada uno de los planos utilizados entre 1880 y 1918. Finalmente se realizó un recuento de las fuentes secundarias, sus autores y los archivos visitados.

En el tercer capítulo, según el análisis de los incendios, propongo describir el ciclo o la dinámica en el que había entrado la ciudad entre los siglos XVI y XIX. Se encontraron puntos en común históricos en la forma de combatir el fuego entre los incendios de Guayaquil y Londres. También se tratará aspectos geográficos, socioeconómicos y políticos de la ciudad durante la segunda mitad del siglo XIX. Cada uno de estos aspectos permitirán comprender de manera global el contexto de la ciudad previo a los acontecimientos del Incendio Grande de 1896. En relación al tiempo de estudio, la propuesta describe el poder y el fuego en dos períodos históricos definidos. El primero, de la época colonial, detalla los factores en común de los incendios en este período, los cuales permiten comprender como se configuró el ciclo de destrucción-reconstrucción en el que había caído la ciudad. El segundo episodio, analizado en el cuarto capítulo, será el del “Incendio Grande” de 1896. Los cambios urbanos ocasionados por este flagelo marcarán el final de este ciclo.

Se logró establecer la dinámica de los poderes urbanos en relación a los incendios. Para algunos grupos como los esclavos y piratas, el fuego fue un medio de venganza. No obstante, también existió un incumplimiento generalizado de las ordenanzas anti-fuego por parte de los diversos grupos sociales de la misma ciudad. Esta dinámica lejos de atajar el problema de las llamas, provocaba nuevos incendios. Al ser tan frecuentes, no hay una cifra exacta de estas catástrofes. La omnipresencia del fuego en la historia de la ciudad lo convirtió en un modelador urbano.

Desde la época colonial, existieron iniciativas para prevenir y combatir las llamas. Estas normas estaban relacionadas con los materiales de construcción, la distribución espacial de las casas entre otros. Los medios de combate eran similares a los utilizados en el Gran Incendio de Londres. Al fin y al cabo, todas estas estrategias resultaron inútiles.

Es importante resaltar el poder y la agencia de los grupos sociales en esta dinámica. La resistencia de los habitantes para acatar las ordenanzas los hacía responsables de la mayoría de los incendios. Su negligencia a la reubicación urbana también provocó la primera expansión de la ciudad. El fuego y la agencia de los habitantes configuran un ciclo de autodestrucción-reconstrucción inalterable desde la fundación de la ciudad hasta inicios del siglo XX.

Finalmente, en el capítulo cuarto según la interpretación general de los planos y los testimonios puedo subdividir el proceso en tres tiempos: El primero, reflejado en los planos previos a la catástrofe como los de Millet y Wolf. Muestran las intenciones de un cambio que nunca llega a la ciudad. El segundo grupo lo conforman los planos relacionados al incendio como los del diario “El Grito del Pueblo” y Thoret que enfatizan las pérdidas materiales. Finalmente, los planos de la reconstrucción como los de Carbo y Landín demuestran la celeridad con la que el poder político desea remodelar la ciudad. Sobre todo, los proyectos ambiciosos que llegaron a vislumbrar.

Los incendios nos ofrecen pistas para rastrear las relaciones de poder en una ciudad. Las evidencias de estas relaciones las encontramos en los testimonios y la cartografía. Nuevos cambios teóricos con respecto a los poderes en la ciudad ayudaron a comprender la dinámica del fuego en Guayaquil. Los grandes incendios no fueron solamente el resultado de desafortunados eventos fortuitos. La mayoría de ellos se explica gracias a la agencia de los diversos grupos sociales que conforman la ciudad, los cuales propiciaron el escenario de estas tragedias. En una ciudad, las élites tienen poder, pero no es total. Tiene que ser negociado con numerosos grupos. Al mismo tiempo, tiene que ser legitimado por el uso de la fuerza. ¿Si la autoridad local hubiese tenido el poder total en la ciudad, la cantidad de incendios hubiese sido menor? Este trabajo propone que el ciclo de los incendios es el resultado y la evidencia de las pugnas entre los grupos de poder.

Estos cambios teóricos enfatizan el poder de las redes y de los objetos inanimados. La relevancia de los dirigentes de la ciudad se abre paso para los nuevos protagonistas de la historia urbana de Guayaquil: las redes del cacao y el fuego. Observaremos como las redes del cacao tendrán un impacto en la reconstrucción de la ciudad. La ruralidad circundante provee de todos los recursos para la subsistencia de una urbe. Aquí se evidencia como el campo está unido a la ciudad. El medio ambiente circundante provocó una situación de bonanza económica que propició una rápida reconstrucción.

Incluso, impulsaron la ilusión de nuevas proyecciones urbanas basadas en el higienismo
Por otro lado, presentamos al fuego como un catalizador de los cambios urbanos
radicales que los dirigentes políticos eran incapaces de asumir o hacer por sus propias
fuerzas.

Capítulo 1. Marco teórico y estado de la cuestión: el poder en la ciudad y los grandes incendios

Desde hace mucho tiempo, analizar la historia es hablar únicamente sobre los grandes líderes. Sobre todo, a nivel secundario, se enseña una historia basada en fechas, acontecimientos importantes y personajes célebres. Los subalternos quedaban relegados a otro punto casi intocable para el estudio. Eran simples espectadores de lo que los “personajes históricos” hacían. Las mujeres, los campesinos, los esclavos, etc. no tenían ninguna agencia o impacto en el proceso histórico. Mucho menos el medio geográfico y los recursos naturales podían ser considerados como parte activa de la historia.

Esta visión histórica ha ido cambiando. Con respecto a las ciudades, los cambios producidos en una urbe son el resultado de procesos complejos. Estas situaciones no se pueden reducir o explicar simplemente a lo que hizo algún personaje “célebre”. Por tal motivo, la primera parte de este capítulo presentará nuevos aportes teóricos aplicables a la historia urbana. Estas ideas ayudarán a interpretar las dinámicas de una ciudad. En ese sentido, debemos destacar los aportes de Simon Gunn (2013) sobre el poder en las ciudades. En relación a los subalternos, Charles Dickens (1837), Walter Benjamin (1972) y Michel de Certeau (2000) ofrecen algunas explicaciones válidas para esta investigación. Por otro lado, también presentaremos los aportes de otros autores con respecto a la historia urbana de Guayaquil.

El fuego, en condiciones controladas, ha provisto a la humanidad de los metales, la cocina, el abrigo entre otros beneficios. Sin embargo, cuando el fuego escapa de las manos del ser humano sus efectos son devastadores. La gran impresión, daños materiales y muertes que ocasionan estos flagelos obligan a que sean recordados por generaciones. Desde tiempo atrás se ha escrito sobre grandes incendios en otros tiempos y latitudes alrededor del mundo. En la edad Antigua, uno de los más célebres fue el gran incendio de Roma. Aconteció durante el reinado del emperador Nerón en el año 64. A pesar de que la catástrofe fue recordada por muchos de sus contemporáneos, los detalles del incidente se pierden en la noche de los tiempos (Abad, 2015).

Conforme la fecha de los incendios es más reciente, tenemos más evidencias para comprenderlo desde diversas perspectivas. El impacto del fuego en una ciudad puede ser registrado y analizado de diversas formas. Este es el segundo punto importante en

este capítulo. ¿Cómo se ha abordado el tema de los incendios en otras ciudades en otros tiempos? Para responder a esta interrogante, en primer lugar, repasaremos el Incendio de Roma del 64. En este caso, resaltaremos el tipo de fuentes utilizadas. En segundo lugar, trataremos el Gran Incendio de Londres de 1666. Aquí nos enfocaremos en las consecuencias de esta catástrofe en varios sentidos: urbanístico, sanitario, etc. Como tercer punto, presentaremos el Gran Incendio de Boston de 1872. El punto clave de la investigación sobre la ciudad capital británica es su perspectiva económica.

No me enfoqué en detallar cómo se iniciaron y desarrollaron los incendios. Aproveché estos tres casos para destacar las distintas formas de cómo estos incendios han sido estudiados. Revisé la forma metodológica en que se realizaron estas investigaciones. También se detalló el aporte desde el punto de vista de su contenido histórico. No repasé los obvios impactos negativos inmediatos. El énfasis está en que cada una de las investigaciones presentadas esperó responder a una interrogante diferente. Con respecto a los casos de Londres y Boston, además rescato los cambios realizados para minimizar los incendios.

Para continuar, presento lo que se ha escrito sobre el urbanismo de la ciudad de Guayaquil. En la parte final del este capítulo, se realizó un repaso de los mayores episodios de incendios de la ciudad de Guayaquil. Para el efecto, me enfocaré sobre todo en la época colonial. Cabe recalcar que cada uno de ellos se produce en un contexto histórico distinto. Este historial de incendios nos servirá para analizar qué factores tenían en común.

1.1. Marco teórico

En el siglo XIX podemos encontrar autores que desnudan y critican las contradicciones existentes al interior de las ciudades. En estas observaciones urbanas, las narrativas se limitaban a tratar los problemas sociales, el gobierno local y sus relaciones entre ésta con el estado central. Un primer ejemplo de este tipo de acercamiento: La vida miserable en los grandes suburbios del Londres de la Revolución Industrial a inicios del siglo decimonónico es retratada en forma literaria por Charles Dickens (1837). El escritor británico detalla en *Oliver Twist*¹ el fracaso del Estado, la iglesia y los

¹ *Oliver Twist* fue una novela de carácter social que se publicó por entregas entre 1837-1839 en la revista *Bentley's Miscelany*.

hospicios. La corrupción incrustada en estos sitios degenera en problemas sociales de impacto urbano como el abandono infantil y la delincuencia juvenil.

Otro ejemplo: Las barricadas del París medieval versus la transformación modernista del Barón Haussmann durante el Segundo Imperio francés fue una reflexión urbana marxista propuesta por Walter Benjamin (2005). Las ideas del filósofo alemán se centran en la lucha por el poder en la ciudad. “La verdadera finalidad de los trabajos haussmannianos era asegurar la ciudad contra la guerra civil. Quería imposibilitar en cualquier futuro el levantamiento de barricadas en París” (1972b: 188). De esta manera, observamos que la ciudad se convierte en un espacio para la lucha por el poder. No está demás mencionar que, para contar la historia y explicar los procesos de una urbe, es necesario definir quién tiene el poder en la ciudad.

Las ciudades son las sedes de diversos poderes: civiles, militares, etc. representados por sus imponentes edificaciones o sitios de reunión. Por lo tanto, el control de una ciudad legitima el poder y el control sobre estas instituciones. Sobre esta visión del poder, Simon Gunn señala:

Los estudios del poder en el contexto urbano han tomado frecuentemente la forma de historias de las principales estructuras institucionales y de las autoridades gubernamentales en una comunidad urbana dada, la iglesia, la corporación, el gremio o los representantes del estado, donde el poder y la autoridad aparecen concentrados en las manos de una élite (Gunn 2013, 102).

Sin embargo, frente a estas visiones clásicas sobre el poder en las ciudades y las dinámicas urbanas, Gunn expresa algunos cambios teóricos según los historiadores de los últimos años.

El primer cambio teórico, sobre el “locus del poder”, afirma que la ubicación del poder es difusa. El poder no se encuentra en un lugar específico. No es estático, sino más bien circula en diversas estructuras “desde la implementación de arriba a abajo de las políticas a las negociaciones cara a cara entre vecinos” (Gunn, 2013: 102). Incluso, agrega que el poder puede hallarse tanto en la naturaleza y en las cosas inanimadas, como en los individuos y las organizaciones.

Otro punto para considerar es la real agencia que los grupos considerados como “marginados” tienen en las dinámicas urbanas. Algunas políticas de la ciudad se ejercen desde arriba por parte de las élites. Pero, eso no significa que “los de abajo” las cumplan

siempre. Tiempo atrás Michel de Certeau ya mencionaba sobre el “escamoteo”. Una manera de adaptación de las sociedades frente al ordenamiento. “El orden efectivo de las cosas es justamente lo que las tácticas populares aprovechan para sus propios fines, sin ilusiones de que vaya a cambiar de pronto” (De Certeau, 2000, 31). Los llamados subalternos no son sujetos pasivos. También ejercen el poder desde donde se encuentran de diversas maneras. Una forma de ejercer ese poder es la resistencia y la rebelión. Esta situación claramente lo encontramos en una reflexión sobre de los bulevares de París de Garikoitz Gamarra:

Hausmann abre, del mismo modo, amplias vías que conectan los principales cuarteles para poder evacuar o sitiar la ciudad en cualquier momento. Sin embargo, sus esfuerzos en este sentido no servirían de mucho porque los revolucionarios aprendieron a levantar y defender barricadas que cruzaban el bulevar completo, pasándose de las revueltas desorganizadas del final del reinado de Luis Felipe a los prolegómenos de una auténtica guerra civil en el París de Hausmann (Gamarra 2008, 8).

Para Gamarra la construcción de los bulevares trajo un efecto contraproducente. Se esperaba que las masas populares sean controladas por medio de las reformas arquitectónicas y urbanísticas de Hausmann. Por el contrario, las masas se adaptaron a la nueva realidad. Tiempo después de las reformas efectuadas por el barón, París era nuevamente escenario de barricadas.

Sin embargo, la disputa por el poder en la ciudad no es binaria. No se reduce a una disputa autoridad-población. Hay diversos actores que ejercen el poder desde diversos puntos. Sobre esto Gunn acota: “El poder, en efecto, no es un juego de suma cero, donde unos ganan lo que otros pierden, sino algo más parecido a una delicada negociación o a un ballet con participantes desiguales, en el que el resultado no es obvio ni está preestablecido” (Gunn 2014, 103).

Si regresamos a Dickens, *Oliver Twist* representa el resultado del fracaso de las instituciones inglesas. Pero, al mismo tiempo, representa cómo el “marginado” se burla y desafía a la autoridad. El “desorden” de la calle y los crímenes son una muestra de cómo los grupos subalternos limitan el ejercicio del poder. No sólo al interior de la ciudad, sino entre ésta y las autoridades externas (Braddick & Walter, 2001). Para comprender el poder en los procesos urbanos, no debemos conformarnos con recabar las ordenanzas gubernamentales implementadas en una urbe. Tampoco podemos explicarlo confiados en las estructuras sociales existentes. Hacen falta más elementos como la

agencia de los subalternos y los elementos inanimados para tener una visión más panorámica.

Roland Barthes (1990: 260) menciona “la ciudad es un discurso, y este discurso es verdaderamente un lenguaje: la ciudad habla a sus habitantes”. Nos proponemos analizar las relaciones de poder en el contexto de los incendios por medio de diversas fuentes.

Considerando a Foucault, el poder se estudia más en sus efectos que en sus fuentes (2002, 37). Del mismo modo, el poder se aprecia más en los sitios donde se ejerce que en los que se considera que reside. Gunn resume que las élites tienen poder, pero no de forma total y completa. Para hacerlo efectivo deben legitimarse a través de medios coercitivos:

Como mucho, las élites gobernantes tenían una cierta capacidad de intervención e imposición, pero el poder tenía que hacerse operativo a través de medios militares, legales o de otro tipo, tenía que ser ejercido. Y, como han mostrado los historiadores, el ejercicio del poder era un proceso extremadamente complejo, incompleto y desordenado, en el que la capacidad de actuar, de provocar determinados comportamientos y resultados, estaba más repartida de lo que los estudios de historia urbana y política han tendido a admitir. (Gunn 2014, 103).

Un segundo cambio teórico radica en “el poder de las redes”. William Cronon, en “Nature’s Metropolis” (1991), representa de forma elocuente el impacto de las redes externas sobre una ciudad. En esta obra, Cronon analiza el crecimiento acelerado de la ciudad de Chicago en las últimas décadas del siglo XIX. El autor concluye y lo explica de manera circular: El crecimiento de dicha urbe fue el resultado de su hinterland agrícola, al mismo tiempo que ese mismo crecimiento transformaba la región del Gran Oeste a su alrededor. El impacto del tráfico de materias primas no se quedó atrás. Ser un punto intermedio en los Estados Unidos para el transporte y almacenamiento de maderas, grano, etc. aportó en gran medida a este crecimiento. Por ende, el poder de la ciudad no sólo se circunscribe al espacio urbano inmediato, sino que también se proyecta sobre la ruralidad circundante o área de influencia. Foucault afirma “El poder se ejerce en red y, en ella, los individuos no sólo circulan, sino que están siempre en situación de sufrirlo y también de ejercerlo” (2002, 38).

En base a este caso, Cronon no presenta a la ciudad y el campo como espacios separados. El autor considera a “la historia ciudad-campo como una narrativa unificada”

(1991). Ambas dependientes entre sí y transformándose mutuamente. Un aspecto importante de la narrativa de Cronon es que presenta a las mercancías como parte activa de los procesos urbanos. En la historia de Chicago, coloca al grano como su protagonista principal. De esta manera, incluso, hace a un lado a los grandes líderes o a los ciudadanos de la ciudad. Otro factor que influye en gran medida el desarrollo de las ciudades es su ubicación y papel en las redes internacionales de comercio y rutas de mercancías. Por una parte, la urbe depende de lo que está en su interior: gobierno local, grupos sociales, etc. Sin embargo, la ciudad no solo se desarrolla por estos factores. Los agentes externos como el hinterland, el gobierno central y las conexiones internacionales permiten que las iniciativas internas se ejecuten.

Un trabajo relacionado con esta línea es el de Juan Maiguashca sobre el cacao (2012). El autor reinterpreta las redes comerciales de este producto durante el segundo boom en el Ecuador entre 1840 y 1925. “Analiza la variedad de enlaces que se desarrollaron entre el centro y la periferia, y dentro la periferia misma” (Maiguashca 2012, 67). Plantea dividir este período en dos momentos de acuerdo al tipo de articulación de las redes y la producción. El primero, catalogado como “incorporación nominal” y el segundo como “periférica”. La necesidad de sacar el cacao del país impulsará la reconstrucción del puerto de Guayaquil.

Los autores Erick Swyngedouw y Andrew Bovarnick (1994) en estudios sobre el manejo del agua en Guayaquil, establecen una relación entre el agua, el poder y la ciudad. Mencionan que “los mecanismos de exclusión al acceso del agua ejemplifican las relaciones de poder por el que la geografía urbana de las ciudades es delineado y transformado” (Swyngedouw y Bovarnick 1994, 17). Utilizan el nombre de “urbanización del agua” para describir los procesos sociales relacionados a la domesticación del líquido. Consideran que el uso del agua potable está restringido por factores como la escasez, la clase y el género. Como resultado, el líquido vital se convierte en una mercancía monetaria. Motivo por el cual se desatan luchas por su control y acceso. La distribución del agua es un anhelo y una meta importante en el Guayaquil de finales del siglo XIX.

Bryan Harley reconoce la influencia de Foucault y Derrida cuando incluye el poder en sus ideas sobre el cambio epistemológico en la historia de la cartografía. Incluso, va más allá, al detallar la responsabilidad del investigador en este campo. “Nuestra tarea es buscar las fuerzas sociales que han estructurado la cartografía para luego ubicar la

presencia del poder, así como sus efectos, en todo el conocimiento de los mapas” (2005: 187). Se ha escrito muy poco sobre la relación de poder entre los planos de la ciudad de Guayaquil con los procesos históricos. No se ha interpretado la elaboración y uso de las representaciones del espacio urbano como proyección de las dinámicas urbanas. Las ideas de Harley, posmodernistas y recientes, no se han aplicado con respecto a la cartografía de Guayaquil.

1.2. Estado de la cuestión

En el apartado anterior, se observaron algunos aportes teóricos importantes para la presente investigación. En este apartado, repasaremos brevemente las investigaciones efectuadas sobre otros grandes incendios. Todos ocurridos en otros tiempos y latitudes. La idea es contrastar cómo han sido estudiados. Cada uno de ellos presenta diferencias en cuanto al contexto, tipo de fuente que estaba disponible y las interrogantes que los investigadores deseaban responder.

1.2.1. El impacto de los Grandes Incendios: entre Roma, Londres y Boston

En el caso del incendio de Roma, la lejanía del evento estudiado reduce la cantidad de fuentes a utilizar. Alejandro Abad Mellizo realiza un acercamiento basado en las evidencias literarias de los autores cercanos a la época. El autor se pregunta “¿Quién comenzó el fuego? ¿Fue Nerón? ¿Fueron los cristianos? ¿Fue simplemente el azar unido a una serie de casualidades que lo expandieron? Posiblemente nunca podamos dar una respuesta definitiva, no al menos con las fuentes con las que contamos hoy en día” (Abad, 2015). La creencia popular es que el incendio dejó espacio para que Nerón reconstruyera la ciudad a su gusto. Otra creencia es que se le adjudicó la autoría del fuego a los cristianos. De esta manera, se presentaba el motivo para perseguirlos en los años siguientes.

Abad, en primer lugar, analiza las fuentes históricas que hablan del incendio. Para validar y tamizar las fuentes utilizadas, primero se basó en la vida de los escritores. Discernió entre los que eran muy jóvenes de los que ya eran escritores con experiencia al momento de la catástrofe. Otro punto a considerar fue el momento de la publicación. ¿El texto fue escrito cuando los hechos estaban frescos? O, por el contrario, fue escrito con muchos años de posteridad al evento. Conforme esta depuración, Abad reduce sus fuentes a tres: Tácito, Suetonio y Dion Casio. “Pues el resto de autores no hacen más

que seguir la estela de éstos y repetir y transmitir la información que estos escriben” (Abad, 2015).

El autor luego compara las versiones literarias de los tres escritores entre sí. Estas comparaciones se realizan en cada una de las distintas etapas de la catástrofe: causas, incendio y consecuencias. Un ejemplo: en el caso de la autoría del incendio, la literatura es contradictoria. Suetonio y Dión Casio aseguran que el emperador Nerón fue quien causó el flagelo. Por otro lado, Tácito no está seguro. Abad compara los dos testimonios.

En otros aspectos de la catástrofe, la información de los escritores coincide. Por ejemplo, en referencia a la duración del incendio de siete noches y siete días. Otras coincidencias halladas por Abad, son con respecto a las pérdidas resultantes del incendio o la consiguiente persecución de los cristianos.

Abad concluye que, a pesar de que hablan de un mismo hecho, parte de las versiones son contradictorias. “Pues ni siquiera un escritor como Tácito, que vivió y escribió a tan solo 55 años del fuego que destruyó gran parte de Roma, puede adjudicar un autor a tal acontecimiento” (Abad, 2015). En lugar de aclarar las interrogantes iniciales, Abad no llega a una narrativa concluyente. Más bien, utiliza las fuentes literarias del incendio como un medio. Lo hace para exponer las distintas visiones de los escritores sobre un mismo hecho.

En algunas ciudades los incendios han sido muy recurrentes. Prácticamente, el fuego ha sido el protagonista de su historia. Según los registros históricos del medioevo, Londres había sido presa de las llamas en múltiples ocasiones.² En 1666, la ciudad de Londres sería golpeada por un nuevo incendio. La catástrofe comenzó en una panadería. Cuatro días tardaría la destrucción de cuatro quintas partes de la ciudad. El impacto del incendio fue tal que se erigieron monumentos para recordarlo tiempo después. Uno de ellos es una columna dórica llamada *The Monument*, levantada cerca de donde inició el flagelo.

Durante la reconstrucción, Londres aprovechó la ocasión para realizar un proyecto inédito. Cristina del Río menciona al respecto:

² “Londres pereció en las llamas en los años: 764, 798, 852, 893, 961, 982, 1077, 1087, 1093, 1132, 1203, 1212, 1220 y 1227 (Ackroyd 2002).

Cuando se reconstruye, siempre hay una tendencia a reproducir lo anterior, pues la memoria del lugar, la historia está presente de igual modo en la ciudad como en sus ciudadanos. En este caso, el incendio de Londres supuso con cambio sustancial. Se olvidó la ciudad medieval para dar paso a una nueva ciudad (Del Río 2020, 72).

Julienne Hanson (1989) estudia el rediseño urbano posterior al gran incendio de la capital británica. Para ello, realiza una comparación del trazado de calles antes y después de la catástrofe. Algunos urbanistas de la época ofrecieron sus propuestas para la reconstrucción. Por tal motivo, la autora resalta la competencia de visiones del proyecto de ciudad a construir post-incendio. Hanson contrasta cinco propuestas³ para evidenciar que no había una sola visión de la ciudad. Sin embargo, algunos proyectos tenían puntos en común. “A second feature which differentiates the post-fire plans from their medieval predecessor is that all but one of the post-fire contains no dead end spaces or *culs-de-sac*⁴” (Hanson 1989, 29).

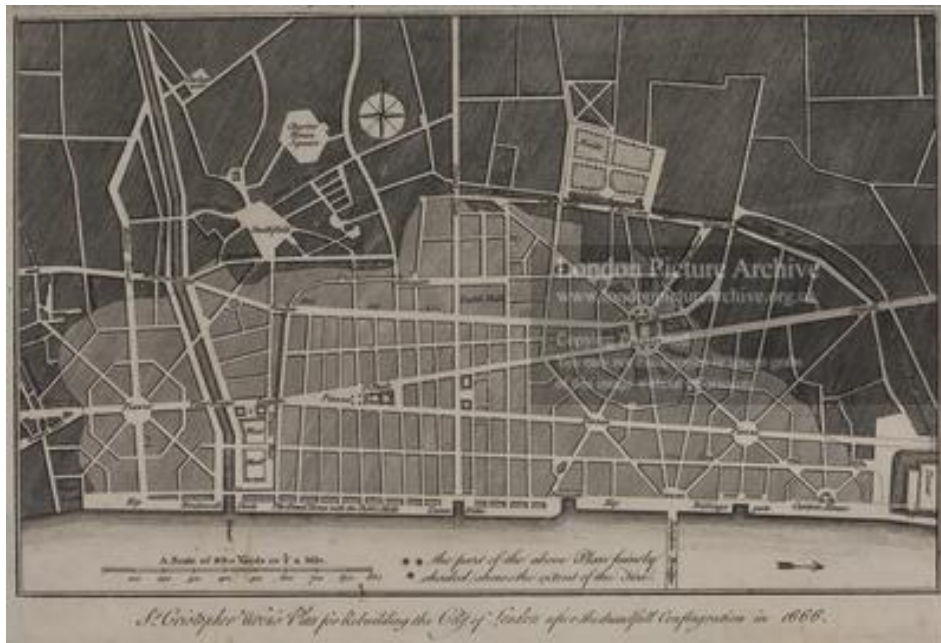
Nuevas ideas sobre el uso de las calles habían llegado a Londres de la mano del incendio. Todos ellos radicalmente diferentes de la ciudad medieval. Como se puede apreciar (mapa 1.1), el plan de Wren guardaba un carácter artístico: anchas avenidas, plazas, formas geométricas, etc. El proyecto de Evelyn era muy similar a este. Por su parte, los proyectos de Hooke, Knight y Newcourt se decantaron por la planificación: forma de rejilla, economía, funcionalidad etc. (mapa 1.2). Al final, ninguno de estos planes sería ejecutado. Wren estaría a cargo de la reconstrucción de algunos edificios.

Otra perspectiva interesante de la investigación de Hanson es la categorización de las calles según sus conexiones económicas e integración. En el caso de Londres, estableció que la integración local se posiciona en las calles del marketing cotidiano. Por otro lado, la integración global vinculó las zonas del mercado, con el centro de poder y las residencias de los grandes comerciantes. La autora también diferencia las zonas de segregación. Unas, al interior de la ciudad, son ocasionadas por la presencia de huertos e iglesias. Otras zonas de segregación en la periferia surgieron por la presencia de monasterios (Hanson 1989, 24).

³ Las propuestas presentadas por Christopher Wren, John Evelyn, Robert Hooke, Richard Newcourt y Valentine Knight para la reconstrucción post-incendio de Londres.

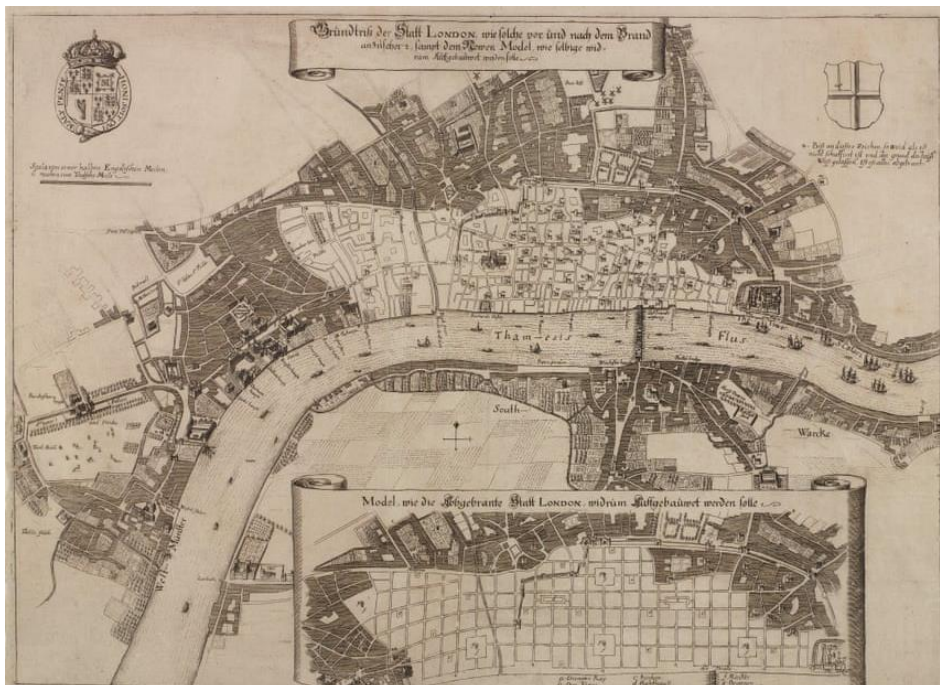
⁴ Culs-de-sac se traduce como callejón sin salida.

Mapa 1.1. El plan de Christopher Wren para la reconstrucción de Londres



Fuente: Sir Christopher Wren (1666) Royal Institute of British Architects.

Mapa 1.2. El plan de Robert Hooke's



Fuente: Atribuido a Robert Hooke's (aprox. 1670). London Metropolitan Archives.

El endeudamiento provocado por los daños y la reconstrucción “exigió una importante reacuñación del total de la moneda en 1669” (Borisonik 2021, 20). Parte de la reconstrucción se financió gravando impuestos al carbón (Del Río 2020, 73). Aparte de

la aparición de una nueva concepción de ciudad, ocurrieron otras consecuencias relevantes: Una de ellas fue la movilización de la población a otras áreas de la ciudad Hanson (1989), Del Río (2020) y Borisonick (2021). La aparición de las brigadas de bomberos relacionadas a las empresas de seguros contraincendios (Borisoncik 2021). También se proclama la regulación de las normas de construcción en la ciudad (Del Río 2020).

Las dinámicas en una urbe son desordenadas. Dentro de una ciudad conviven intereses muchas veces cruzados y contrapuestos. El interés, los planes y expectativas de unos ciudadanos no son compartidos por otros. Una visión diversa de la ciudad y la propiedad provoca que el espacio urbano cambie de forma heterogénea. Pero, ¿Cómo se ve reflejada esta situación en el espacio urbano? Mientras unas partes de la ciudad crecen aceleradamente, otras partes parecen no crecer nunca. Incluso hay lugares que se detienen y envejecen. En relación a los sectores de la ciudad que envejecen, nos preguntamos ¿La ciudad se entorpece así misma? ¿Porque algunos barrios se desarrollan y ganan interés en detrimento de otros?

¿Cuál es el impacto de un incendio frente a un sector urbano envejecido? Sobre este tema, Richard Hornbeck y Daniel Keniston analizan lo ocurrido en la ciudad de Boston.⁵ Mencionan que “this historical process of building construction, obsolescence, and reconstruction has in large part been managed by private landowners” (Hornbeck y Keniston 2017, 1365). Una ciudad en expansión necesita el reemplazo de edificios obsoletos. Si no se cumple este ciclo, la demanda de espacios urbanos no quedará cubierta. El resultado es la ralentización en el crecimiento de la ciudad. Ambos autores consideran que el Gran Incendio fue una oportunidad para Boston. La catástrofe destruyó muchos edificios vetustos, pero al mismo tiempo, las limitaciones que impedían el crecimiento urbano.

En este caso, el análisis histórico del impacto del flagelo parte desde una perspectiva económica. Por ello, sus fuentes clave provienen de los registros de tasación de impuestos y escrituras. Los autores mencionan al respecto: “City tax assessment records provide data on each plot’s land value, building value, land area, and occupant characteristics. Using supplemental data on plot sales from Boston’s Registry of Deeds” (Hornbeck y Keniston 2017, 1366). Para el estudio, la evaluación y comparación de los

⁵ “Creative Destruction: Barriers to Urban Growth and the Great Boston Fire of 1872”.

valores históricos de los terrenos y edificios, tanto quemados como no quemados, fue fundamental.

Hornbeck y Keniston concluyen que, en el caso de Boston, el incendio fue un factor unificador para inversiones en mejora. Gracias a la catástrofe, los propietarios iniciaron labores de reconstrucción urbana en zonas quemadas como no quemadas. “The Boston Fire of 1872 created an opportunity for widespread simultaneous reconstruction, initiating a virtuous circle in which building upgrades encouraged further upgrades of nearby buildings” (Hornbeck y Keniston 2017, 1365). No necesariamente, esto ocurre en todas las ciudades que sufren un incendio. Los autores dejan claro que los impactos dependerán del contexto de la ciudad. En una ciudad en declive, el incendio acelerará su decadencia. Afortunadamente, esto no ocurrió en Boston. Esto fue gracias a una externalidad positiva: la reconstrucción generalizada y coordinada.

En el caso de Guayaquil, el incendio ha sido trabajado por algunos investigadores. Julio Estrada Ycaza, Cecilia Estrada Solá y María Palacios Jara realizan una compilación histórica de los incendios desde la época colonial (2007). En esta revisión de todos los flagelos, analizan con especial atención el Incendio Grande de 1896. En sus investigaciones añaden detalles como el contexto histórico de la ciudad, testimonios y fuentes primarias de estas catástrofes.

1.2.2. Sobre Guayaquil

A continuación, se aborda el estado de la cuestión sobre los procesos urbanos en Guayaquil. Rojas y Villavicencio aportan con un estudio del proceso urbano desde su fundación hasta el siglo XIX. Incluyen algunos factores como el puerto, el *hinterland*, entre otros definieron la ciudad.

Sobre otros aportes en la historia urbana en Guayaquil, aparecen más nombres. Melvin Hoyos y Efrén Avilés ofrecen investigaciones en algunos ámbitos de la historia de la ciudad, pero con un claro favoritismo a las élites gobernantes. Una agenda política que Juan Paz y Miño llama “autonomismo oligárquico. Otros autores se han enfocado en describir los estilos arquitectónicos de la ciudad. Entre estos están Sophie Bock y Florencio Compte.

En lo referente a los incendios en Guayaquil, Julio Estrada Ycaza, Cecilia Estrada Solá y María Palacios Jara aportan con un compendio completo sobre estas catástrofes. Adicionalmente, María Palacios analiza la obra de Gastón Thoret, diseñador de la

reconstrucción posterior al incendio de 1896. En esta misma línea, otro aporte importante, nuevamente es el de Florencio Compte, quien presenta otros planes futuristas creados a inicios del siglo XX para el Guayaquil post-incendio.

1.2.2.1. Procesos urbanos

Milton Rojas y Gaitán Villavicencio (2018) realizaron una exhaustiva investigación sobre el proceso urbano de Guayaquil desde sus orígenes hasta el siglo XIX. Afirman que la condición de puerto, el espacio agrícola circundante y otros actores definieron las características de la ciudad. Acotan que la agencia del poder local no fue siempre la misma. Pasó por períodos de rebeldía, cooperación, sumisión, etc., según el contexto.

Resaltan que la plaza pública de la ciudad no era el único espacio de poder urbano. Este espacio era disputado por el puerto. Rojas y Villavicencio acotan “a diferencia de la plaza central construida desde arriba y controlada por las autoridades, las elites y la iglesia, el mundo portuario se hizo de manera inversa” (2018, 68). Describen el espacio guayaquileño como un universo dinámico y variado. Lugar donde conviven y se desarrollan actividades comerciales de diversa índole: astilleros, talleres, aduana, banqueros, etc. El puerto se convierte en el integrador urbano sociocultural de la ciudad. Finalmente, también concuerdan en que el “Gran incendio” de 1896 marca temporal y físicamente el final de un período de evolución urbana” (2018, 47).

1.2.2.2. Cartografía y narrativas

Melvin Hoyos y Efrén Avilés (2010) realizaron una amplia recopilación de planos de esta ciudad. Esta colección abarca un espacio temporal de dos siglos desde mediados del siglo XVIII hasta mediados del siglo XX. La colección de mapas es grande, pero son trabajos meramente descriptivos. Detallan algunos aspectos como las circunstancias de los autores de los planos, los motivos para su elaboración y su actual ubicación. A pesar de estos detalles, no existen interpretaciones sobre el uso o el contenido de este material como instrumento de poder. Intentan, sin mucho éxito, explicar el proceso urbano de la ciudad. El mérito de Hoyos y Avilés es haber compilado un amplio bagaje de fuentes históricas primordiales para esta investigación. En esto radica su importancia porque nos proveen de pistas para analizar el contexto histórico.

Lamentablemente, la perspectiva histórica de la ciudad de Guayaquil que ofrecen estos autores es sesgada. Teóricamente su aporte es nulo en referencia a los procesos urbanos de Guayaquil. Históricamente, su obra adolece de muchos prejuicios e ideas

preconcebidas. Enumeramos algunas: Los acontecimientos de la ciudad son presentados con un aire de grandeza. Se percibe un afán constante de construir una historia del Guayaquil glorioso. Una ciudad próspera que el Estado central siempre trata de reprimir, destruir o boicotear. Las élites locales son los únicos protagonistas de esta historia. Aquí no hay espacios para los subalternos. La proyección del poder de la ciudad sobre la región es sobredimensionada.

La perspectiva de Hoyos y Avilés se puede catalogar como parte de la historiografía positivista ecuatoriana. Sobre la visión positivista, Jorge Núñez (2000, 13) menciona algunos errores y limitaciones. Núñez observa en la historiografía tradicional las siguientes características: “desmesurado culto al héroe, estrecha vinculación con el Estado y las clases dirigentes, generalizado empirismo y ‘fetichismo documental’ y evidente pobreza temática”.

La producción histórica de Hoyos y Avilés apoya y responde, a lo que Juan Paz y Miño (2009) denomina “autonomismo oligárquico”. Esta estructura de poder, que beneficia a las élites locales, se proyecta en tres ámbitos:

1. ninguna sujeción a la autoridad del Estado, si es que ese Estado no coincide con la forma en que los grupos de poder guayaquileño llevan la administración, la economía y la política de su ciudad;
2. las elites del poder de Guayaquil deciden por sí y ante sí. De lo contrario, todo lo demás significa atentado a su “autonomismo”;
3. edificios, monumentos, servicios, instituciones, actividades, obras públicas de la ciudad, riqueza económica, valores, sentimientos, emociones, etc. pertenecen a las elites que dominan Guayaquil, son su patrimonio y no pertenecen a la nación ecuatoriana como entidad superior (Paz y Miño, 2009).

El mismo fetichismo documental de Hoyos y Avilés les ha permitido recabar gran cantidad de fuentes primarias. No obstante, presentan una historia guayaquileña conforme a la versión oficial del poder municipal actual. Al mismo tiempo, ofrecen una narrativa que apuntala los intereses de los gobernantes locales. Lo que pretende aportar esta investigación, es desmontar algunos mitos consecuencia de esta visión. De esta manera, ofrecer una alternativa contracorriente a la versión más difundida y predominante a nivel local.

1.2.2.3. Incendios y reconstrucción

Julio Estrada Ycaza, Cecilia Estrada Solá y María Palacios Jara se han especializado en la historia de Guayaquil. Han descrito la historia de la urbe desde diferentes temáticas. Una de ellas son los incendios. Sus investigaciones describen estas catástrofes en base a fuentes primarias detalladas como testimonios, listas de damnificados, artículos periodísticos, etc. También hay que añadir a quienes estudiaron los planes de reconstrucción post-incendio. En este marco, se encuentra nuevamente María Palacios quien realiza una exhaustiva investigación sobre Gastón Thoret.⁶ Florencio Compte también aborda la figura de Thoret, pero al mismo tiempo incluye otros planes futuristas para la reconstrucción de Guayaquil. Compte enlaza los programas de embellecimiento de la ciudad con el higienismo. Para ambos investigadores, la destrucción del incendio abrió una oportunidad para rediseñar Guayaquil. En un contexto económico favorable para las élites por las exportaciones de cacao, “se desarrollaron proyectos de modernización que se dirigieron tanto al embellecimiento como al saneamiento y se vislumbraron nuevos modelos urbanos utópicos” (Compte 2017, 161). Sin embargo, muchos de ellos no se concretaron en lo posterior.

⁶ Ingeniero francés a quien se encargó la planificación de la reconstrucción de Guayaquil posterior al incendio de 1896.

Capítulo 2. Metodología y fuentes: Interpretar los poderes de la ciudad a través de sus mapas y testimonios

El presente capítulo tratará la metodología aplicada en la presente investigación. Para ello, mencionaré algunas de las perspectivas más actuales para la interpretación cartográfica. Estos aportes proponen nuevas discusiones sobre el uso y la interpretación del material cartográfico. La cartografía, por un lado, es una herramienta que sirve al poder. Por otro, es una evidencia que muestra quién ejerce el poder.

Esta investigación propone rastrear las relaciones de poder en la ciudad a través de la interpretación de sus planos. Por ende, brindaremos una explicación de cómo se tratará cada una de las fuentes cartográficas. Guayaquil es una ciudad que, desde su fundación española, ha sido acosada por los incendios. Las relaciones de poder entre los grupos sociales de la ciudad son puestas en evidencia en su lucha contra el fuego. Por tal motivo, se espera rastrear la circulación del poder en los testimonios relacionados a los incendios como telón de fondo.

Para realizar la investigación se escogió dos hitos importantes de la larga lista de incendios de Guayaquil. Ambos corresponden a dos de los episodios más traumáticos para la ciudad en catástrofes de este tipo. El punto de partida es el llamado “Fuego Grande” de 1764. Para Laviana (2008, 90) es “el más terrible incendio de la historia moderna de Guayaquil”. El segundo episodio escogido es el “Incendio Grande” de 1896 porque destruyó dos tercios de la ciudad. Debido a que ambos eventos están separados por 132 años, en cada caso, utilizaremos fuentes de distinto tipo.

2.1.A continuación, se presentarán las fuentes primarias utilizadas. No podremos utilizar un mismo tipo de fuente para contextos distintos. Por ende, para el Fuego Grande de 1764, utilizaremos únicamente fuentes escritas. Debido a que, del período colonial, no hay fuentes de otro tipo. Para el Incendio Grande de 1896, el evento más reciente, presentaremos más variedad de fuentes: escritas, cartográficas y visuales. Sin embargo, predominarán las fuentes cartográficas. En este caso, realizaremos un análisis del contexto de cada una de las representaciones de la ciudad utilizadas: autor, técnica utilizada, etc. Finalmente, se mencionarán las otras fuentes primarias y las secundarias.**Metodología**

En el campo ontológico podemos afirmar que las proyecciones políticas están relacionadas con los fenómenos sociales y estos están representados en los planos. A

nivel epistemológico podemos citar a Vladimir Montoya (2007) quien, siguiendo las ideas de Harley define:

El mapa como una «construcción social», ubicando al cartógrafo en el contexto de su época, como un miembro de la sociedad en sentido amplio. El cartógrafo es un sujeto social, sumido en la red de intereses políticos que configuran la realidad social de su tiempo, su conocimiento no es neutro ni imparcial, está inserto en las tramas del poder y su conocimiento es instrumentalizado por aquel (Montoya 2007, 163).

Para el presente estudio, la ciudad hablará a través de fuentes escritas, visuales y cartográficas. Cada proceso histórico en cuestión merece ser investigado según las fuentes que proporciona. En base a las fuentes encontradas aplicaremos métodos distintos.

Podría decir que en las fuentes escritas encontramos la información de forma expresa. Contamos con información detallada sobre algunos incendios de la ciudad de Guayaquil. No sólo eso sino también muchos otros aspectos informativos están registrados: recursos naturales, medio ambiente, tipos de construcciones, normas legales, etc. El impacto de la catástrofe y las decisiones tomadas por los habitantes se encuentran claramente descritos en los testimonios.

Se realizó un acercamiento a los textos similar al que realizó Abad Mellizo (2015) con respecto al Incendio de Roma del 64. Sin embargo, no solo transmitiremos o contrastaremos el punto de vista de los cronistas. La idea es descubrir el impacto de los grandes incendios en la ciudad y en las relaciones de poder por medio de las fuentes textuales.

Con respecto a los planos, aplicaremos el concepto de deconstrucción cartográfica. El método “Deconstruccionista” fue planteado por Harley (2005: 187) para “romper el supuesto vínculo entre la realidad y la representación que ha dominado el pensamiento cartográfico, lo ha guiado en el camino de la “ciencia normal” desde la Ilustración y ha ofrecido una epistemología ya lista y “tomada por un hecho” para la historia de la cartografía”. Utilizando este método podríamos encontrar las estructuras de poder que propiciaron el fuego y las que reconstruyeron la ciudad.

También se aplicará el método de la aproximación. El mismo que el grupo de Hamburgo utilizó en los cuadros. Panofsky (1939) lo resume en tres niveles de interpretación. El primer nivel describe los objetos existentes en el cuadro, como los

árboles; y las acciones, como una guerra. El segundo nivel es relacionar el “significado convencional”. En otras palabras, identificar lo ilustrado con algún evento en específico, por ejemplo: la Última Cena. El tercer nivel se ocupa del “significado intrínseco” como la descripción de una época, una clase social, etc. (Burke, 2005: 45).

En el caso de los planos de Guayaquil de 1880 a 1918, se utilizaron varios niveles de interrogantes. A cada uno de los planos se aplicaron las mismas interrogantes. Un primer conjunto de preguntas versó sobre cuestiones informativas como autor, patrocinador, año de elaboración, etc. Un segundo conjunto de preguntas tuvo que ver con lo que está representado y no representado: símbolos, colores utilizados, tema, vacíos, técnicas empleadas, etc. El primer y segundo conjunto de preguntas fueron tratadas en el presente capítulo en el apartado de fuentes.

El último conjunto de interrogantes trató de encontrar las relaciones de poder representadas en los planos. Además, descubrir los propósitos de estas representaciones como herramienta del poder local y central. También se espera interpretar a la ciudad en el antes, durante y después del impacto de Incendio Grande y las reformas urbanas posteriores. El tratamiento de estos últimos puntos, será parte de los capítulos III y IV. Los grupos involucrados son el Gobierno municipal, comerciantes, cuerpo de bomberos, entre otros. Esta es la principal propuesta metodológica: contar la historia desde fuentes no convencionales y nuevos actores. Considero como un valioso aporte la interpretación de los planos para conocer las dinámicas del poder entre los grupos sociales internos y externos: gremios, gobierno central, redes extranjeras.

2.2. Fuentes seleccionadas

En ambos incendios, se trabajó con fuentes primarias y secundarias. Las fuentes primarias se encuentran divididas entre textuales, cartográficas y visuales. En la presente investigación, fuentes como los planos, testimonios, pinturas y fotografías nos ofrecen una perspectiva cualitativa. En cambio, los proyectos urbanos, estadísticas, informes de hacienda y el aporte de otras investigaciones consultadas, aportarán con una mirada cuantitativa.

2.2.1. Fuentes primarias textuales

Para analizar los procesos urbanos desencadenados por el Fuego Grande de 1764, acudiré únicamente a las fuentes escritas. Algunas fuentes provienen del Archivo General de Indias. Información de todo tipo fue recogida por la burocracia durante el

Imperio Español. Detalles sobre especies animales, productos agrícolas, enfermedades y hasta ataques piratas se encuentran registrados. Su misión, mantener informada a la metrópoli del estado en que se encontraban las colonias. Un punto importante que proveen estas fuentes son las decisiones que tomaron las autoridades coloniales posterior a los incendios. De la misma manera, presenta la reacción de los habitantes frente a estas decisiones.

Otra fuente del período colonial es el “Compendio Histórico de la Provincia, Partidos, Ciudades, Astilleros, Ríos, y Puerto de Guayaquil en las Costas de la Mar del Sur” (1741) de autoría no definida. El compendio fue escrito durante la presidencia colonial de Dionysio de Alcedo y Herrera, cuyo nombre consta en la portada del documento. Sobre la autoría de esta fuente, algunos estudiosos le atribuyen al escritor jesuita Jacinto Morán de Butrón (Hoyos y Avilés 2010). El documento es muy prolijo en las descripciones. No se limita a comentar sobre el puerto de Guayaquil. También habla sobre la situación del medio rural circundante guayaquileño. En su contenido incluye uno de los primeros mapas de Guayaquil obra de Paulus Minguet de 1741. Aquí se representa casi toda la región del golfo.

Otra fuente valiosa proviene del escritor guayaquileño Francisco Campos Coello. Entre estas obras constan el “Compendio Histórico de Guayaquil desde su fundación hasta el año de 1820” (1894). Esta descripción socioeconómica de la ciudad se basó en las actas del cabildo de la época colonial. Por otra parte, la “Crónica del Incendio Grande acaecido en Guayaquil” (1896) es una de las fuentes principales de esta investigación. Hay que aclarar que, la primera obra, constituye realmente una fuente secundaria. No obstante, la segunda si es una fuente primaria porque Coello fue testigo presencial del flagelo. Algunas de estas fuentes escritas están digitalizadas y se encuentran en el repositorio digital de la Casa de la Cultura Ecuatoriana.

Las fuentes personales que describen a la ciudad tales como relatos, diarios y cartas también fueron tomadas en cuenta. Impresiones dejadas por los propios habitantes y los viajeros de la época. Uno de ellos es el testimonio de Franz Theodor Wolf cuando visitó Guayaquil a fines del siglo XIX. Otros de esos testimonios son el de Joseph Kolberg (1871) y Enrico Festa (1895). Ninguno de ellos narra los pormenores del incendio. No obstante, nos ayudan a comprender el contexto de la ciudad antes y después del desastre.

Otros testimonios escritos son los de carácter oficial que provienen del Gobierno Nacional como los decretos impositivos sobre el Incendio Grande. Se añaden documentos oficiales municipales como la “Colección de decretos, ordenanzas, resoluciones y contratos” de los años 1895 y 1896. El “Reglamento general del Cuerpo de Bomberos para la ciudad de Guayaquil”. Informes de gestión como el “Informe del directorio de la Sociedad Protectora del Cuerpo de Bomberos” y el “Informe del Presidente del Concejo Cantonal de Guayaquil”. También los proyectos urbanos planteados post-incendio como el de la Junta de Canalización y Proveedora de agua. Finalmente, los artículos de prensa escrita de los diarios “El Telégrafo” y “El Grito del Pueblo”. Todos estos documentos para efectos de triangulación de fuentes. La mayoría de estos documentos también se encuentran en el repositorio de la Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión. Los artículos de prensa se encuentran en la Biblioteca de FLACSO.

2.2.2. Fuentes cartográficas

Entre las fuentes gráficas se encuentran los planos de la ciudad realizados en el período comprendido entre 1880 a 1918. Son doce planos en total. La colección del Archivo Histórico del Guayas es el principal repositorio de documentos. Algunos planos ya están digitalizados como el de Teodoro Wolf (1887). Otros están en proceso de digitalización. Algunos planos debieron ser fotografiados para esta investigación. Otro repositorio de apoyo fue la mapoteca de la Biblioteca Municipal de Guayaquil. Aquí se encuentran planos originales como el del diario “El Grito del Pueblo” (1896) y el tridimensional de Higley y Slater (1900). También debemos mencionar al Centro Cultural Biblioteca Aurelio Espinoza Pólit y New York Public Library.

Los planos ayudaron a comprender visualmente la pugna por el control del espacio urbano. Sin embargo, pinturas y fotografías, correspondientes a la misma época, también se utilizaron para complementar la información. Esperamos que ambas fuentes aporten de forma completa a la narrativa. En cada uno de ellos, se aplicaron las interrogantes planteadas en la metodología. Es menester conocer la interpretación de los signos representados en la cartografía de la ciudad. Por medio de la deconstrucción, esperamos ayudar a comprender mejor el contexto de las fuentes. Los planos, en orden cronológico de elaboración, se muestran a continuación:

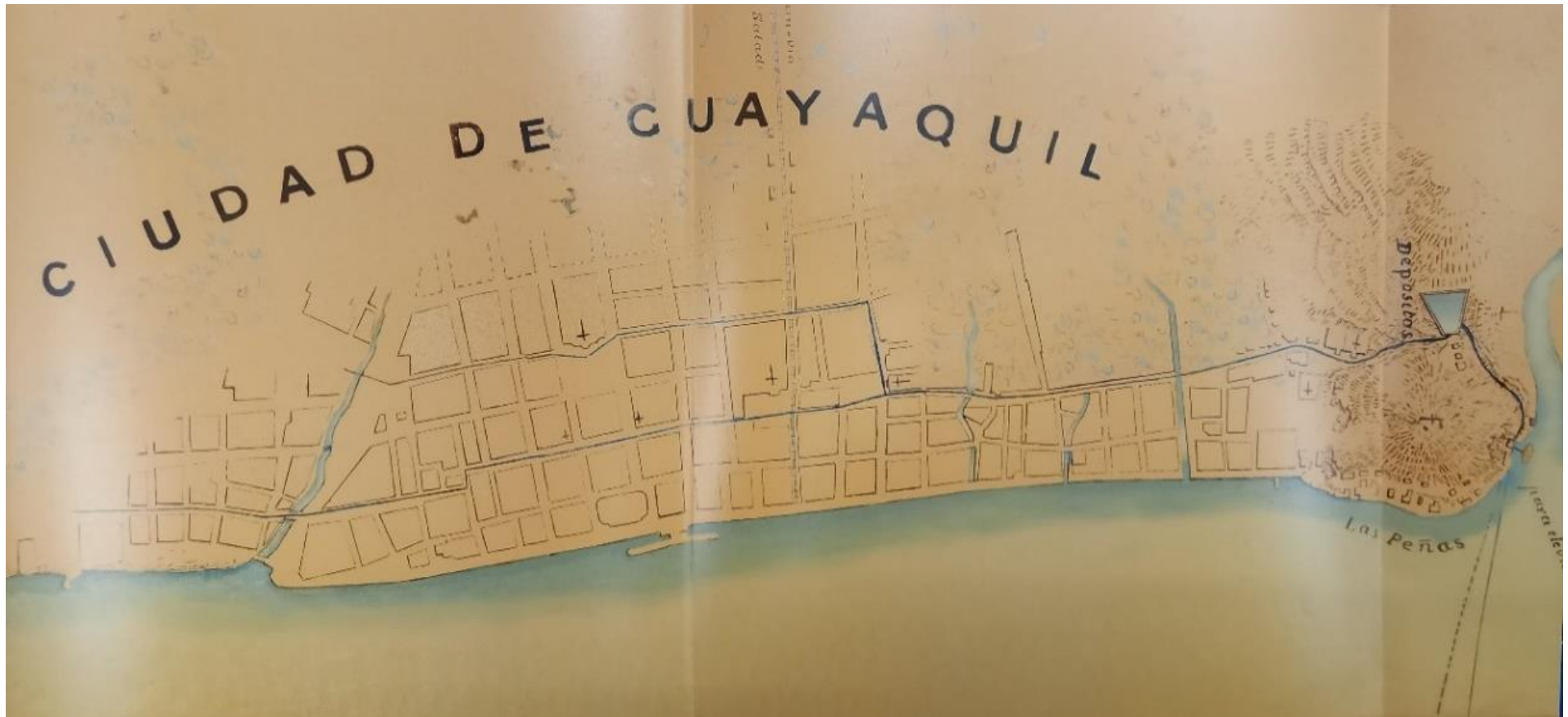
2.2.2.1. A. Millet, los incipientes proyectos de mejoramiento

Podemos afirmar que este es el primer plano elaborado con fines de planificación urbana (mapa 2.1). “El Cabildo porteño contrató al ingeniero A. Millet para realizar la planimetría de la ciudad” (Hoyos y Avilés 2010, 81). El motivo de esta representación fue proyectar un sistema de distribución de agua potable desde los reservorios ubicados en los cerros Santa Ana y del Carmen hacia lo largo de la urbe. Por tal motivo, era menester resaltar los niveles de terreno de la ciudad. Por ejemplo, para resaltar la altitud de estos cerros, se utilizó una sucesión de líneas cortas. En conjunto, son similares a las curvas de nivel que se usan en la actualidad. De esta manera, se escogió el mejor camino para canalizar el líquido vital. Según Wolf, el plano fue realizado en escala 1:600 (Wolf 1881).

Otro aspecto importante, es la demarcación de los espacios acuáticos existentes hasta la fecha sobre la ribera del río Guayas. El autor utiliza color celeste para resaltar el río y los esteros. El antiguo estero de la Atarazana, ubicado al norte de los cerros Santa Ana y del Carmen. Dentro del área urbana, podemos apreciar que aún existen tres de los cinco esteros originales del Barrio del Bajo. Hacia el sur, el estero de Saraguro en la actual avenida Olmedo, aún permanece sin rellenar. Todos estos espacios desaparecerían en los próximos veinte años.

A simple vista, el plano es escueto en información. Si bien, muestra el trazado de las calles, no aparece ningún nombre referencial con excepción del camino hacia el estero Salado. El Barrio de las Peñas es el único sector urbano mencionado por Millet. Como dato adicional, enumera y localiza siete templos cristianos. La ubicación de algún otro edificio, sea cual fuere su función: administrativo, comercial, etc. parece no interesar al autor. La técnica para colorear utilizada fue plantillas con tintas de pigmentos vegetales.

Mapa 2.1. Guayaquil en 1880, según Aimé Millet, fragmento.



Fuente: Millet (1880). Ciudad de Guayaquil. Archivo Biblioteca Municipal de Guayaquil.

Sobre el trabajo de canalización proyectado, observamos que la obra de sanidad no sería integral. El cabildo guayaquileño solo se ocuparía de transportar el agua potable, pero todavía quedaba pendiente la evacuación de las aguas negras. Según el plano, la canalización saldría del depósito de los cerros. Tomaría la calle Rocafuerte, paralelo al río Guayas, rumbo hacia el sur por Ciudad Vieja y el Barrio del bajo. A la altura de la plaza de la Merced, la canalización se dividiría en dos. La otra línea tomaría la calle Chimborazo. Ambas tuberías seguirían paralelas hacia el sur hasta el Barrio del Astillero.

Por otro lado, la distribución del agua potable también sería incompleta. No está claro cómo llegaría el agua a los domicilios. De todas formas, los canales de distribución solo cruzan los barrios ubicados al pie del Guayas. Podríamos afirmar que, por ese motivo, no toda la ciudad estaba representada en el plano. El nuevo borde marginal del oeste, ubicado más allá de la calle Boyacá, seguiría sin agua. O por lo menos, esas 22 cuadras excluidas, deberían tomarla desde los canales proyectados.

2.2.2.2. Las ampliaciones informativas de Franz Theodor Wolf

En sus visitas por Guayaquil, Franz Theodor Wolf elaboró tres planos de la ciudad. Las primeras dos representaciones se basaron en el plano de Millet. Sobre la primera, el propio geólogo reconoce “Este plano está fundado sobre el plano grande que levantó el Ingeniero Señor A. Millet en escala de 1:600, para la Municipalidad de Guayaquil” (Wolf 1881). En el caso de Wolf, la escala utilizada fue de 1:1800. También demarca el punto del norte magnético como referencia.

De forma gráfica, en su primer plano (mapa 2.2), Wolf reproduce casi íntegramente el diseño de su predecesor. No obstante, amplía el espacio geográfico representado. Incluye el borde marginal, delimitado por la avenida Boyacá, olvidado por Millet. Incluso, avanza más allá del perímetro urbano hasta La Sabana. Sin embargo, los espacios naturales como los manglares y los salitrales no son representados. Utiliza colores para resaltar elementos como las cuadras y el río. El color marrón pudo haber sido obtenida de especies vegetales como el café. Parte de los cerros son ilustrados por medio de tramados que asemejan a las curvas de nivel.

El autor no sólo representa a la ciudad de una forma más completa. También, amplía la información contenida en el plano. Sobre los elementos urbanos, Wolf asigna algunos nombres de barrios como Las Peñas, El Astillero, Ciudad Vieja, etc. Realiza una

minuciosa numeración de las cuadras del trazado urbano desde el sur hacia el norte. Incluye todos los sectores, hasta los del borde marginal. Contabiliza 156 manzanas, ya sean cuadras consolidadas o incompletas.

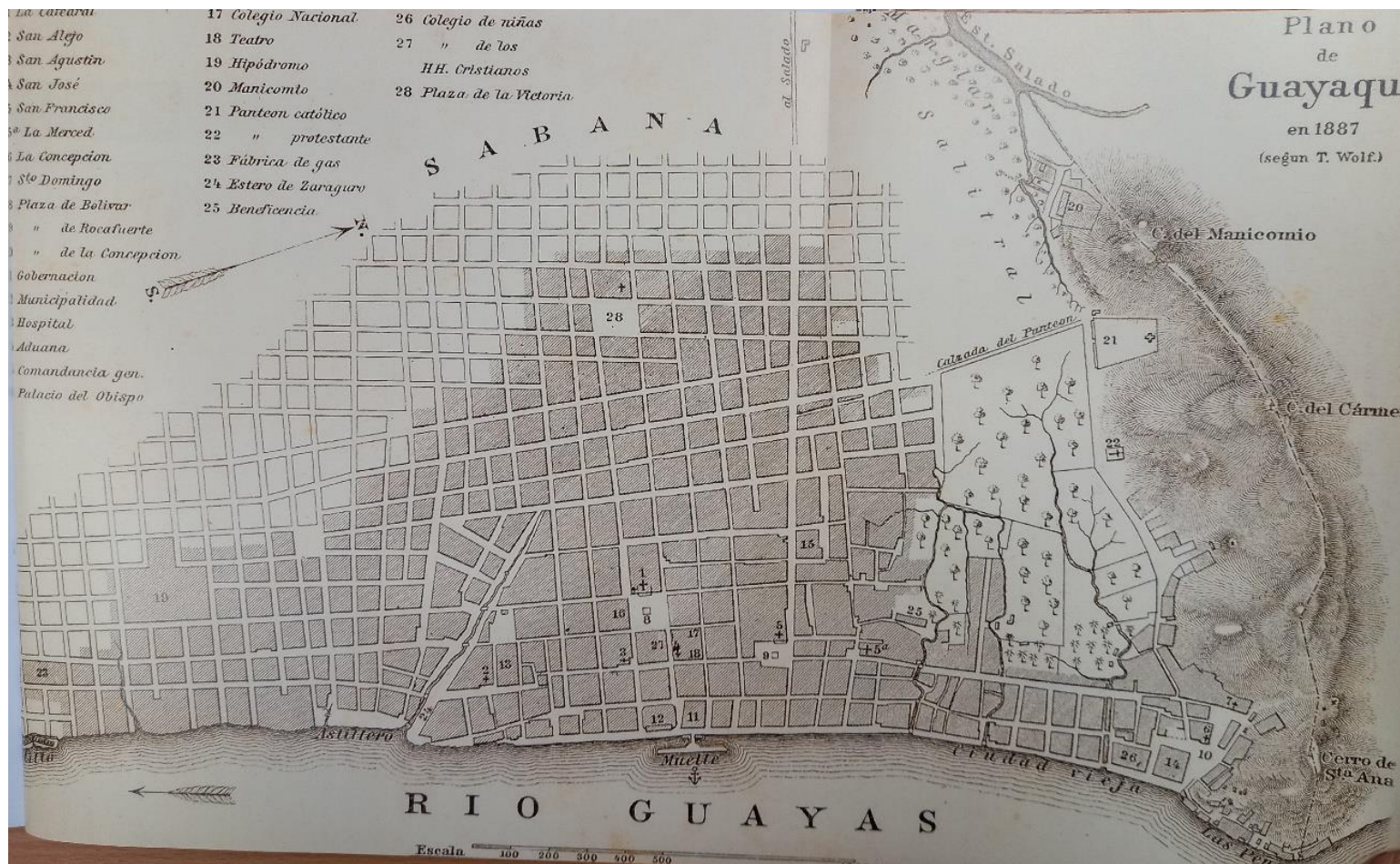
Por medio de símbolos, marca la localización de bombas contra incendio, los pozos de agua para el uso de las bombas, iglesias entre otros. Colocando los mismos nombres, en el lugar preciso de su ubicación, presenta plazas, colegios, mercados, dependencias públicas, etc. Todas las calles cuentan con su nomenclatura. Los textos fueron colocados en el plano por impresión de tintas por medio de sellos.

En 1884, Wolf elabora un nuevo plano de la ciudad. Gráficamente es casi idéntico al anterior. La única diferencia visual es el mayor uso del tramado. A través de esta técnica diferencia las manzanas urbanas, el río y parte de los cerros. Por medio de símbolos, representa a las iglesias y la vegetación de las haciendas cercanas. Con respecto a la información, no aporta nada nuevo.

Wolf confeccionó un último plano en 1887 (mapa 2.3) a una escala de 1:4800. A diferencia del plano de 1884, representa un espacio geográfico mucho más amplio. Utiliza las mismas técnicas empleadas en el plano anterior. El tramado para diferenciar áreas como manzanas, cerros y río. El uso de símbolos convencionales para las iglesias y la vegetación.

Con respecto a la información, repite el índice explicativo de los edificios. En esta ocasión, utiliza solo números. Están numeradas en este orden: primero las iglesias, luego las plazas y; finalmente los edificios públicos. El último punto del índice, señala la nueva plaza de La Victoria. Precisamente, este lugar es el centro de la nueva expansión de la ciudad hacia el oeste. Está ubicado más allá del antiguo borde formado por la calle Boyacá. Este nuevo sector urbano consolidado, incluso es más grande que la misma Ciudad Nueva.

Mapa 2.3. Fragmento del plano de Theodor Wolf de 1887



Fuente: Hoyos y Avilés (2010).

Wolf pone de manifiesto que la expansión urbana también toma dirección hacia el sur. El antiguo borde, formado por el estero de Saraguro y el Barrio del Astillero es sobrepasado. Este crecimiento consolidado llega hasta el punto de defensa del sur de la ciudad: el Castillo de las Cruces. El nuevo espacio urbano también posee el mismo tamaño de la Ciudad Nueva. Por otro lado, tampoco existen muestras de que el crecimiento se va a detener. Alrededor de las expansiones del sur y el oeste, emerge un nuevo borde suburbano, representado por cuadras en blanco.

Incluso, en el norte, aunque en menor medida que en otras direcciones, Wolf también representa las señales del crecimiento urbano. El sector de las quintas, al oeste del antiguo Barrio del Bajo, ya está lotizada. A pesar de que aún permanecen los esteros sin rellenar, la zona es repartida. Parece que la rápida y continua expansión genera en Wolf el interés por representar lo que hay más allá de la ciudad. Se pueden apreciar las zonas naturales contiguas como la sabana, el manglar, el salitral, algunos ramales del estero Salado y la totalidad de los cerros Santa Ana y del Carmen.

2.2.2.3. “El Grito del Pueblo” retrata el antes y después del incendio

Se desconoce al autor de los planos. Fueron publicados por el diario “El Grito del Pueblo”⁷ en 1896. El motivo principal de la elaboración de los dos planos fue comparar el antes y después del “Incendio Grande” de los días 5, 6 y 7 de octubre, aunque también representa el área afectada por un incendio ocurrido en febrero del mismo año. El primer plano, de antes del incendio, fue realizado a escala 1:9600. El segundo, posterior a la catástrofe, fue realizado a escala 1:9800. La técnica utilizada en ambas representaciones fue el trazado con plumilla con tinta vegetal negra.

El primer plano posee detalles informativos pormenorizados (mapa 2.4). Enumera y ubica 57 edificios de diversa índole y función entre hospitales, fábricas, iglesias, escuelas, bombas contra incendios, etc. Explica la subdivisión en las cinco parroquias

⁷ El diario Grito del Pueblo “fue el órgano informativo de los liberales radicales y nació en Guayaquil, el 22 de enero de 1895. Se imprimió bajo la supervisión de sus dueños originales, hasta el número 6.102, el 30 de junio de 1911” (Ángel Emilio Hidalgo. “El Grito del Pueblo, diario de la revolución”. *El Telégrafo*, 21 de mayo de 2016, <https://www.eltelegrafo.com.ec/noticias/guayaquil/1/el-periodico-de-la-revolucion>).

Mapa 2.4. Guayaquil antes del “Incendio Grande” de 1896



Fuente: Diario El Grito del Pueblo (1896). Plano de Guayaquil. Archivo Biblioteca Municipal de Guayaquil.

urbanas. También su delimitación por medio de las calles. Fija el número de habitantes en 45 000 y suma 3 800 casas.

Ofrece información de distancias geográficas como la declinación de la aguja de la brújula. Las magnitudes de latitud, con respecto al Ecuador y longitud fijada con relación a París. Con respecto a la geografía física, coloca la temperatura media en 26 grados. Estima la altitud de la ciudad en 3 metros sobre el nivel del mar. Finalmente, a través de símbolos se representan los espacios naturales tales como cerros, esteros, manglares y salitrales. De la misma manera, se utilizan símbolos para ubicar los espacios construidos por el hombre como los muelles y balsas, vías de los tranvías, potreros, etc. Todas las calles están representadas con sus nombres.

El segundo plano se reproduce de manera similar al anterior (mapa 2.5). Sin embargo, contiene algunas diferencias derivadas del impacto del incendio. Con respecto a la información, en la lista de edificios especifica cuáles resultaron devorados por las llamas. También incluye en la lista la ubicación de las instalaciones del diario patrocinador de la publicación del plano. Muestra que “El Grito del Pueblo” se salvó por poco de las llamas.

En las explicaciones, aparte de la información geográfica detallada en el primer plano, incluye los lugares donde se refugió la gente que se quedó sin albergue. Estima que la cantidad de habitantes disminuyó a 35 000 personas. Las casas se redujeron a 1600. El área afectada por el “Incendio Grande”, aproximadamente más de 80 cuadras, está coloreada en negro. Pero, no solo brinda información del incendio del 5 octubre de 1896. La zona destruida por el fuego del 12 de febrero del mismo año, es representada por unas líneas diagonales. Un área que correspondió a casi siete cuadras. También presenta el sitio de un tercer incendio más pequeño y alejado del centro ocurrido el 7 de octubre.

2.2.2.4. El proyecto de reconstrucción de Gastón Thoret

Meses después del incendio de 1896, se conforma una junta de reconstrucción. La Junta organiza un concurso para escoger al encargado de la reconstrucción. El ingeniero francés Gastón Thoret Jager es el ganador. La escala utilizada fue de 1:4800 (mapa 2.6). Para diferenciar las cuadras arrasadas de las que no, empleó el tramado en diferentes

Mapa 2.6. Plan de reconstrucción de Guayaquil de 1896



Fuente: María Antonieta Palacios (2014).

sentidos. Los únicos espacios naturales representados son los cerros por medio de curvas de nivel y los esteros del Barrio del Bajo.

Más bien, Thoret se concentra en el espacio urbano. Sobre todo, en redefinir calles y cuadras y urbanizar el sector de las quintas. Las cuadras proyectadas se dibujan por encima de las antiguas. Proyecta la reubicación de algunos edificios públicos como la aduana y el cuartel. Otros edificios, como los cementerios, mantienen su ubicación original. También proyecta la desaparición de los esteros.

En cuanto a la información, presenta los nombres de calles, plazas y algunas dependencias referenciales. A diferencia de los otros planos vistos anteriormente, el plano de Thoret no nos presenta una realidad, sino un ideal. Representa lo que la ciudad puede llegar a ser, si el cabildo toma en consideración su idea. Por un lado, representa la realidad del daño del incendio, pero al mismo tiempo proyecta un plan futuro.

2.2.2.5. La perspectiva de la reconstrucción de Higle y Slater

En 1900, cuatro años después del incendio, se confeccionó otra representación de la ciudad (mapa 2.7). “Fue trabajado por los cartógrafos Higley⁸ & Slater por orden de la Municipalidad de Guayaquil” (Hoyos y Avilés 2009, 122). Parece ser que el propósito de este trabajo fue mostrar la nueva ciudad. Podemos apreciar el Guayaquil post-incendio en franca reconstrucción. La técnica que se utilizó fue una perspectiva artística tridimensional. Al ser una producción artística, no específica, ni necesita determinar una escala. Se reprodujo por medio de litografía en la imprenta de H. Braeunlich de la ciudad de Nueva York.

La litografía trata de representar a la urbe de forma real. Pretende resaltar las características y diferencias particulares de cada edificación y espacio: casas, plazas, iglesias, etc. Se distinguen las grandes casonas y edificios gubernamentales del centro y los pequeños domicilios de la periferia. Detalla los muelles y las diferentes embarcaciones que surcaban el río Guayas. De igual manera, son representados los

⁸ “Los pocos mapas originales que aparecieron durante la primera década del siglo fueron producidos por extranjeros, de los cuales se destaca la obra del ingeniero estadounidense H.G. Higley, quien participó en la construcción ferroviaria y también levantó un plano poco detallado de Guayaquil y una vista panorámica de la capital” (Capelo 2010, 98).

Mapa 2.7. Ilustración de Guayaquil en 1900 por Higley y Slater



Fuente: Higley y Slater (1900). Guayaquil en 1900. Imprenta H. Braeunlich. Archivo Biblioteca Municipal de Guayaquil.

espacios naturales: cerros, esteros y la vegetación. Por estas características, el plano de Higley y Slater deja de ser un plano abstracto. Más bien, se convierte en una representación artística panorámica.

A pesar del carácter artístico de la representación, este plano ofrece información de la ciudad. Divide a la urbe en dos secciones. Cada sección se divide en cuarteles: franjas formadas por cuadras que van de oeste a este. También realiza un recuento de edificios públicos e iglesias. Incluso, de algunos comercios particulares.

2.2.2.6. Otto von Buchwald, el espacio circundante representado

Otto von Buchwald se desempeñó como Director General de Obras Públicas. Realizó este plano (mapa 2.8) para la Junta proveedora de Agua y Alcantarillado de Guayaquil (Hoyos y Avilés 2010, 126). La escala utilizada fue de 1:5000. Utiliza una técnica de distribución de sombras a base de grafitos para diferenciar las manzanas, el río y los esteros. Además, emplea símbolos y curvas de nivel para diferenciar áreas con vegetación y cerros. Incluso, grafica la planta de algunas edificaciones como el manicomio, el hospital civil, los muelles entre otros. Detalla las líneas de los carros urbano y el ferrocarril de la Aduana.

Un aspecto importante del trabajo de Von Buchwald es que es el primero en utilizar un mapa de localización. Aquí grafica el emplazamiento de la ciudad en el golfo de Guayaquil. En el recuadro superior derecho, representa prácticamente parte del hinterland guayaquileño. En este, se puede apreciar el canal de Jambelí, una de las rutas de navegación del golfo.

En relación a la información, contiene un índice explicativo de los edificios. Están separados en este orden: gobierno y Municipalidad; iglesias y conventos; y edificios e instituciones.

2.2.2.7. Luis Carbo y el trabajo de las juntas guayaquileñas

A inicios del siglo XX, Luis Carbo fue un reconocido ingeniero en la ciudad. Miembro de la Junta de Canalización y Proveedora de Agua de la Ciudad de Guayaquil, dibujó un conjunto de diversos planos (mapas 2.9 y 2.10). La colección fue realizada en el año de 1907 para proyectar la implementación de tuberías subterráneas. El plano principal, que abarca toda la ciudad, fue realizado a escala 0.0002 P.M. Es un plano que, después de elaborado, pasó por la imprenta.

Mapa 2.8. Fragmento del plano de Otto von Buchwald (1903). En la parte superior derecha, el golfo de Guayaquil



Fuente: Von Buchwald (1903). Archivo digital The New York Public Library.

Mapa 2.9. Guayaquil, principal plano del conjunto de Luis Carbo 1909



Fuente: Carbo (1909). Proyecto de Saneamiento de la Ciudad de Guayaquil.

En las referencias, Luis Carbo presenta la cantidad de 100 000 habitantes. En esta representación ya no se contabilizan casas como en los planos de “El grito del pueblo”, sino manzanas o cuadras. Realiza un cálculo simple y aproximado de la superficie urbana de la ciudad: dentro del perímetro contabiliza 380 manzanas. A cada manzana, independientemente de su tamaño real, le asigna un tamaño promedio de una hectárea. Por lo tanto, el resultado del área urbana en ese año se fija en 380 hectáreas. El factor que facilitó el cálculo fue el trazado regular que tomaron las manzanas después del incendio de 1896. Sobre todo, las del antiguo sector del “Barrio del Bajo”. Por medio del color, realiza una distinción entre manzanas con y sin casas. La longitud de todas las calles la calcula en unos 70 kilómetros aproximadamente.

Mapa 2.10. Fragmento de uno de los planos para la canalización



Fuente: Carbo (1909). Proyecto de Saneamiento de la Ciudad de Guayaquil.

Para estimar la altitud de toda el área urbana, Carbo utilizó un punto de referencia⁹ cercano a la plaza central¹⁰ de la antigua “Ciudad Nueva”. El lugar escogido se encontraba justo en el centro de la ciudad de norte a sur. Finalmente, a través de tramados se representan los espacios naturales tales como cerros, esteros, manglares y salitrales. De la misma manera, se utilizan símbolos para ubicar los espacios construidos por el hombre como los muelles y balsas, vías de los tranvías, potreros, etc. Todas las calles están representadas con sus nombres.

Cabe recalcar que, dentro del plano principal, Carbo también realiza un mapa de localización. Añadido en la parte superior izquierda, presenta la ubicación de la ciudad con respecto al río Guayas y la isla Santay. Similar a una carta náutica, marca las profundidades de la margen derecha del río con números y líneas.

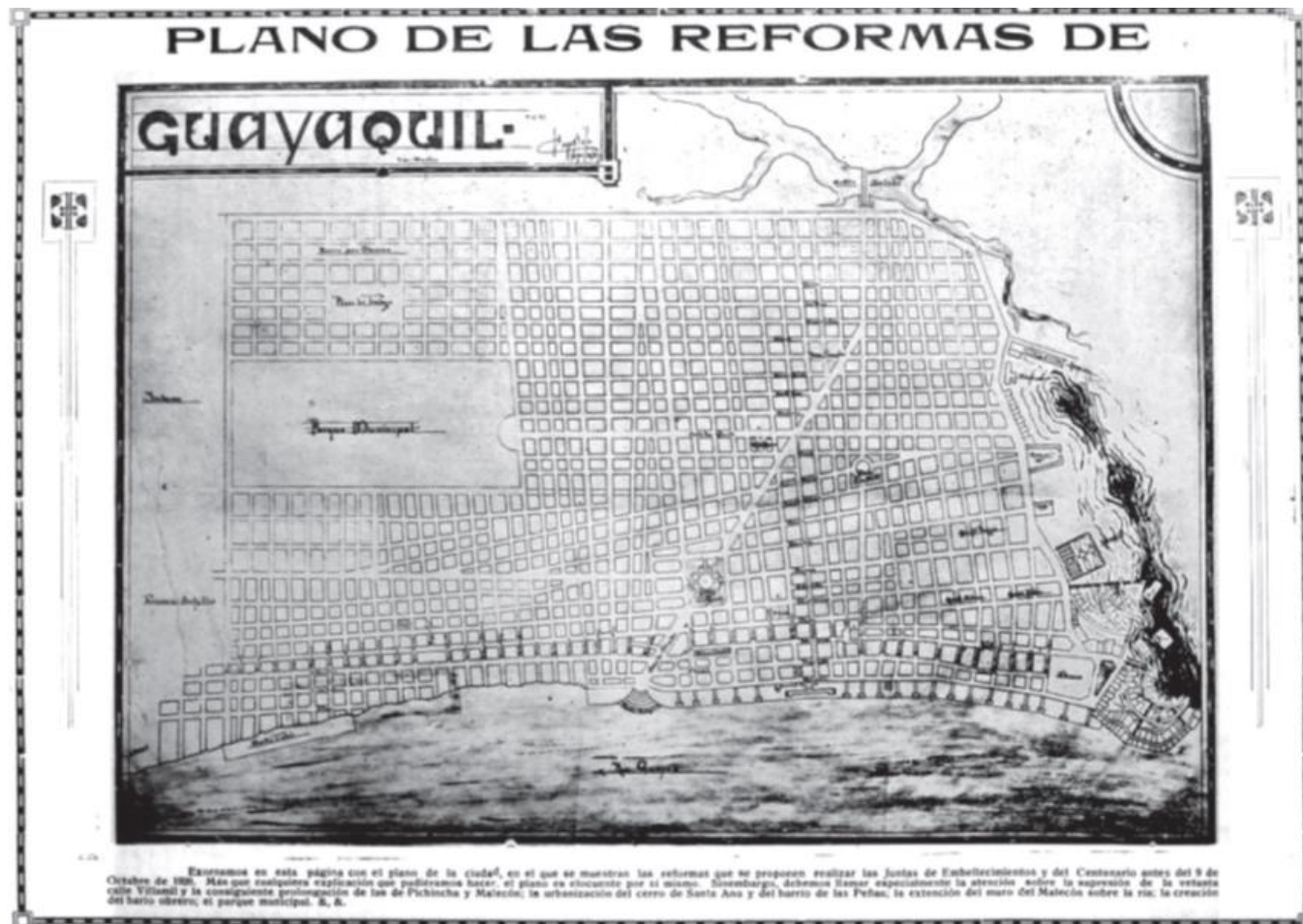
Carbo también colaboró con la Junta Patriótica para la celebración del Centenario del Nueve de Octubre. La junta “debía encargarse de la generación de proyectos urbanos de mejoramiento de la infraestructura sanitaria y de propuestas de estética urbana” (Compte 2017, 168). Para llevar a cabo la proyección, Carbo trabajó junto al venezolano Francisco Manrique. El plano (mapa 2.11) fue denominado “Plano de las Reformas de Guayaquil” y publicado por la revista Patria en 1918.

El plano reproduce casi en su totalidad el área en el que se encuentra emplazada la ciudad. Representa los espacios naturales como los cuerpos de agua y los cerros. Por medio de nombres y símbolos, menciona algunas pocas edificaciones. La característica de este plano radica en el nuevo trazado de algunas calles y la aparición de nuevos espacios urbanos. La intención del plano no es representar fidedignamente la realidad. Lo que Carbo y Manrique logran plasmar es un proyecto de ciudad. Estos detalles los profundizaremos en el capítulo cuatro.

⁹ “Los grados de altitud indicados en el plano, en los que se ha basado todo el proyecto, han sido calculados del grado 10 (punto hipotético, situado en el Malecón, frente a la calle de la Municipalidad). Los niveles han sido tomados sobre los rieles de la empresa de tranvías urbanos” (Carbo 1909, 1).

¹⁰ Parque del Seminario o Bolívar.

Mapa 2.11. Plan de reforma de Luis Carbo y Francisco Manrique



Fuente: Florencio Compte Guerrero, 2017. "Guayaquil 1897-1950. Entre la utopía y el desencanto".

2.2.2.8. La nueva denominación de calles de Francisco Landín

El Concejo Cantonal de Guayaquil acuerda renombrar las calles en 1909. Para el efecto, encarga al agrimensor municipal Francisco Landín trazar un plano para definir la nueva nomenclatura de las avenidas y calles de la ciudad (mapa 2.12).

En 1904, Landín había realizado un plano más grande a escala 1: 2500. El nuevo trabajo se efectuó sobre una copia reducida de este primer plano a escala 1: 5000.

Prácticamente el espacio natural ha desaparecido en la representación de la ciudad. A pesar de ello, el autor ubica con nombres la sabana y los manglares. Como algunos de sus antecesores, emplea el tramado para definir las curvas de nivel de los cerros. En el plano original, con color celeste representa el río Guayas, el estero Salado y los esteros residuales del antiguo Barrio del Bajo. También utiliza otros tonos de colores cálidos para distinguir las cinco parroquias existentes en la ciudad.

Mapa 2.12. Fragmento del plano de Francisco Landín (1909) un revelado en colores inversos



Fuente: Landín (1909). Plano de la ciudad de Guayaquil. Archivo Biblioteca Municipal de Guayaquil.

A pesar de haber sido lotizadas, Landín todavía señala la ubicación de las antiguas quintas al pie de los cerros. Detalla las plazas, dependencias públicas como hospitales, aduana, etc. y los muelles. Hacia el suroeste de la ciudad se extiende una nueva expansión urbana con cuadras sin colorear. Dentro de ese nuevo sector se proyecta un enorme parque municipal de siete por quince cuadras de extensión.

Con respecto a la información, coloca una numeración para todas las cuadras existentes y proyectadas. La nueva denominación de calles está basada en los números ordinales. Sin embargo, con color gris tenue, aún coloca los nombres antiguos de las calles.

Landín también elabora una copia del plano en blueprint,¹¹ en cuyo recuadro superior derecho, coloca el acuerdo del Concejo Cantonal sobre la nueva denominación de avenidas y calles. Cabe destacar que, en las calles del plano blueprint, ya no existe la antigua nomenclatura.

Según el análisis realizado en base a los dos primeros niveles de interpretación, podemos subdividir a los planos de esta investigación en tres grupos. El primero, de 1880 a 1887, son los planos previos a la catástrofe como el de Millet y los de Wolf. En el caso de Millet, se retrata una realidad y al mismo tiempo un ideal. De forma escueta presenta a la ciudad, pero también el proyecto futuro del agua. En cambio, los planos de Wolf parecen ser una radiografía de lo que es la ciudad por esos años.

El segundo grupo lo conforman los planos relacionados al incendio. Estos son los del diario “El Grito del Pueblo” y el de Gastón Thoret, todos de 1896. Los planos del diario se esmeran en contrastar el antes y después de la catástrofe. El plano de Thoret también presenta los daños, basándose en los planos del mismo diario.

Finalmente, están los planos post-incendio o de la reconstrucción, desde 1896 hasta 1918. La mayoría de estos planos no solo retrata la “realidad”, sino también un propósito, un ideal y una voluntad para el futuro. Dentro de este grupo podemos incluir también el plano de Thoret. Pues, al mismo tiempo que muestra la ciudad devastada, proyecta el nuevo diseño de la ciudad. La ilustración de Higley y Slater presenta de forma artística el avance la reconstrucción. Los planos de von Buchwald y Carbo se elaboraron para planificar las obras de saneamiento y embellecimiento. El plano de Landín expresa la orden del Municipio de cambiar el nombre de las calles. Algunos de

¹¹ Impresión en color azul, se utiliza para copiar planos.

estos proyectos urbanos se concretarán como veremos en el capítulo IV. Pero otros, por el juego de poderes en la ciudad, no se cumplieron del todo.

2.2.3. Fuentes secundarias

Entre las fuentes secundarias, se encuentran las interpretaciones de historiadores realizadas con posteridad a los hechos. Una de ellas la mencionamos en el apartado anterior: El “Compendio Histórico de Guayaquil desde su fundación hasta el año de 1820” (1894) de Francisco Campo Coello”. La intención es complementar, contrastar o triangular la información contenida en los planos y mapas con los testimonios escritos. De esta forma, logramos una aproximación a la comprensión de los procesos urbanos.

Una fuente secundaria importante con testimonios sobre los incendios proviene de la Guía histórica de Guayaquil de Julio Estrada Ycaza, Cecilia Estrada Solá y María Antonieta Palacios. Con respecto a los proyectos de reconstrucción post-incendio debemos mencionar a Florencio Compte (2017) y María Palacios (2014). Esta última, también realizó investigaciones sobre los planes de Gastón Thoret para el rediseño de la ciudad.

También es de mencionar el aporte de los autores Efrén Avilés y Melvin Hoyos (2010) con respecto a algunos planos de la ciudad y los testimonios de los viajeros extranjeros. Juan Manguashca (2012) aporta con estadísticas del segundo boom cacaotero.

Otras fuentes son las entrevistas: María Palacios, arquitecta y miembro de la Academia Nacional de Historia, investigadora sobre los incendios de Guayaquil; y Paolo Urgilés, quien ofreció su opinión técnico-artística sobre los planos.

Capítulo 3. Las estructuras de poder que alimentaron los fuegos

En la primera parte del presente capítulo, se realizó una breve aproximación de los incendios ocurridos en Guayaquil desde su fundación hasta el siglo XIX. Me basaré en las narraciones de las fuentes primarias y secundarias. Es importante presentar una visión panorámica de los antecedentes históricos en materia de incendios. También mostrar los diversos puntos de vista de los autores al momento de contabilizar estas catástrofes.

En el segundo apartado, se describió los esfuerzos para minimizar el riesgo de fuego. También los métodos utilizados para atajar este peligro una vez desencadenado. Sobre esta temática, realicé una comparación con los medios utilizados en el Gran Incendio de Londres de 1666 porque es uno de los mejor documentados.

También, se detallan los motivos por los cuales el fuego debe ser considerado como uno de los promotores de la expansión urbana de Guayaquil. De la misma manera, se explica el impacto del “Fuego Grande” en la ciudad. El enfoque radica en los cambios producidos en materia de prevención y combate contra el fuego, los intentos de las autoridades por prevenir este peligro latente y la reacción o comportamiento de la población.

En el último punto explico los factores en común que tuvieron estos incendios. Más allá de una mirada superficial, se descubren las estructuras de poder dentro del espacio urbano que incrementaron la frecuencia y voracidad de estos flagelos. También, la posición de las redes de poderes externos coloniales con respecto a este problema.

3.1. Incendios entre los siglos XVI y XIX: una breve aproximación

Desde la fundación española, Guayaquil padeció en numerosas ocasiones el azote de las llamas. A pesar de que en algunas ocasiones fueron documentadas, entre los autores no hay coincidencias sobre la cantidad de los llamados “incendios generales”. Antonio de Alsedo menciona: “Ha padecido mucho con la desgracia de diez incendios, y en los años de 1692, 1707 y 1764 quedó casi reducida a cenizas” (De Alcedo 1787, 332). Del mismo modo, imposible sería contabilizar los pequeños incendios. Lo que si es cierto es que eran muy frecuentes. “Los incendios particulares de todos los años, pues apenas se contará alguno en que no hayan ardidido varias casas” (Laviana 2008, 89).

Una de las primeras recopilaciones sobre el historial de incendios la realizó el escritor Francisco Campos Coello. En su “Compendio histórico de Guayaquil desde su fundación hasta el año de 1820”, sobre los incendios menciona:

Las crónicas del siglo XVII, son de invasiones é incendios. En 1620, un incendio devora ochenta y cuatro casas, y aún no repuesta la ciudad de este grave accidente aparecen en 1624, simultáneamente, el azote del incendio y el azote de la invasión que en esta vez, causó grandes males en la ciudad, aún cuando quedó vencedora” (Campos 1894, 62).

Los incendios fueron tan frecuentes que ocupan gran parte de las crónicas del cabildo colonial. Campos continúa en su relato:

En 1632, ataca al centro principal de la población; desaparece la gran plaza del mercado y el puerto de la marina Real; extiende su acción devastadora y en poco más de seis horas consume más de cien casas particulares, de las más valiosas que existían. Tal desastre cuyos efectos pudieron calcularse en 600,000 pesos, hizo retroceder á la población cincuenta años (Campos 1894, 68).

La ciudad aún no se recuperaba de este siniestro cuando, “en 1636, vuelve el terrible elemento y entonces es el reciente Hospital de San Juan de Dios y otro centenar de casas el que queda reducido á cenizas” (Campos 1984, 68).

Campos agrega otros incendios ocurridos en el siglo XVIII. Sobre el primero menciona: “Mas él año de 1707, vuelve á aparecer el fantasma aterrador del incendio, envolviendo á la ciudad en su manto de llamas y en solo dos horas, quemáronse ciento treinta casas, valiosísimas muchas de ellas y sumergiendo á la ciudad en el estupor de tan espantosa, como inexperada catástrofe” (Campos 1894, 92). Sobre el segundo “Nuevo incendio el 8 de Noviembre de 1741, consume varias casas, pero pudo ser dominado” (Campos 1894, 113).

Es difícil contabilizar los incendios. Una de las razones es por la clasificación ambigua que se daba a algunos de ellos. No había una medida para distinguir entre los incendios grandes de los pequeños. Es obvio que los incendios grandes llamados “generales” fueron documentados. Pero, algunas dudas quedan con respecto a los incendios pequeños: ¿Cuántos de ellos se consideraron grandes? ¿Cuántos realmente fueron conatos? ¿Cuántos incendios por ser pequeños no se registraron? La perspectiva de cada uno de ellos quedó en la subjetividad del testigo.

En el período colonial no existen registros gráficos para apreciar la magnitud de estas catástrofes. Lo única información con la que contamos en algunos casos es el número de casas afectadas, lugares arrasados, cálculos aproximados en pesos perdidos o testimonios de testigos o cronistas. Por ejemplo, con motivo del incendio de 1896, Campos realiza una nueva revisión histórica sobre anteriores flagelos. Para tal efecto, recurrió a los archivos municipales. Hasta 1756, Campos contabiliza cinco “incendios generales”. Los detalla así:

El primero ocurrió en 1624. El segundo en 1632, que comenzó en la plaza y puerto de la “Marina”, abrazando la porción más valiosa de la población. El tercero en 1636, que principió a media noche y se desarrolló con tal voracidad que según la relación textual tomada de datos oficiales que tenemos a la vista “muchas madres no se acordaron de sus hijos, pereciendo en las llamas algunos niños, y muchas personas salieron medio abrazadas, porque el fuego las sorprendió en sus lechos”. El cuarto fue en 1678, quemándose todas las casas del barrio de ‘Las Peñas’. Este siniestro fue obra del crimen y el incendiario se conoce con el nombre de Mantelillos. El quinto incendio tuvo lugar en 1707, el 27 de agosto a las 7 de la noche, durante el cual se vio caer en escombros 130 casas en menos de dos horas (Campos 1896, 4).

Adicionalmente, ofrece un estimado de la destrucción de casas en el espacio de dos siglos. Al mismo tiempo que cuestiona los métodos para aplacar las llamas: “No nos sorprenda pues, que en esa época anterior, empleando el sistema de traslación del agua por baldes ó capachos de cuero, sin una sola bomba, haya habido tan devoradores incendios que en dos siglos podemos asegurar sin exageración han consumido más de seis mil casas” (Campos 1894, 70).

Jorge Juan y Antonio de Ulloa en su visita a Guayaquil mencionaron sobre los incendios que “los cuales ha experimentado ya en nueve ocasiones; y en ellas ha sido toda funesto estrago del Fuego” (Juan y Ulloa 1748, 222). Andrés Baleato menciona que hasta 1820 “Tuvo Guayaquil desde su fundación once incendios grandes; en los de 1692, 1707 y 1764 quedó la ciudad casi reducida á cenizas y en el de 1812 ardieron cuatro cuadras” (Baleato 1820, 60).

Por su parte, María Laviana Cuetos contabiliza nueve grandes flagelos en dos siglos: “Baste decir que en los siglos XVI y XVII, Guayaquil padeció nueve incendios generales, siendo el último en 1692, que será el que acabó de decidir a las autoridades locales a solicitar el traslado de la ciudad desde el primitivo emplazamiento en el cerro

de Santa Ana hasta la planicie situada al sur, traslado que se inicia oficialmente en 1693” (Laviana 2008, 89). Solo para contrastar y comparar las fuentes, desde su fundación: Laviana considera nueve grandes incendios hasta 1692, Juan y de Ulloa contabilizan nueve grandes incendios hasta mediados del siglo XVIII y Baleato suma once hasta 1820.

Es necesario mencionar el origen del fuego. No todos los incendios tuvieron su génesis por los descuidos “inintencionados” de los mismos pobladores. Otros fueron ocasionados por las incursiones de los piratas extranjeros. En 1624, ocurre un incendio provocado por los piratas al mando del corsario inglés Jacques l’ Hermite Clerk. Las iglesias de Santo Domingo, San Agustín y varias casas resultaron destruidas (Palacios 2014). Es importante señalar este punto porque desconocemos si los historiadores añadieron estos fuegos provocados a la larga lista de flagelos, debido a la naturaleza de ser intencionales y provocados por personas ajenas a la ciudad.

En otras ocasiones, la ciudad pudo evitar la catástrofe intencional. En 1687, la ciudad se salvó de las llamas, al pagar un cuantioso rescate. Campos señala: “ofreciéndole cuarenta mil pesos, porque no la incendiase, aceptado por parte del enemigo enviaron los vecinos comisionados por la Jurisdicción á que recogiesen la cantidad estipulada pidiendo término para ello, el que fué á esperaren la isla de Puná llevándose el pillage lo más lucido de los prisioneros” (Campos 1894, 79).

En el año de 1708, la ciudad nuevamente se libra de un incendio por dinero. “Entonces las tripulaciones saltaron á tierra, atacaron la ciudad y se apoderaron de ella. Para evitar mayores desastres, se convino en que se pagaría la suma de treinta pesos fuertes. De esta manera, se libró la ciudad de una destrucción total” (Campos 1894, 94).

Los fuegos intencionales no solo provinieron de los extranjeros. Otros incendios fueron producidos por los sirvientes de las casas. Jorge Juan y Antonio de Ulloa exponen una muestra de los conflictos internos entre amos y esclavos:

Para evitar los Incendios; los quales ha experimentado ya en nueve ocasiones; y en ellas ha sido toda funesto estrago del Fuego. En las mas fueron sus Autores los Negros, y Gente baxa, quando deseosos de tomar propia venganza del castigo, que en ellos han executado sus Amos, lo han conseguido con la facilidad de echar algunas Asquas¹² en sus Techos, favorecidos del silencio, y quietud de la Noche; y con ello no solo la ruina

¹² Material combustible como carbón o madera que arde sin llama.

de aquellos, contra quienes se encaminaba su ira; sino el que por ella la padezca universalmente toda la Ciudad (Juan y Ulloa 1748, 221).

Para las personas esclavizadas los incendios se utilizaron como medio de venganza contra algunos amos crueles. Prácticamente, el fuego se convirtió en una válvula de escape para las tensiones sociales generadas al interior de la ciudad y los domicilios. Si no podían cambiar la dinámica del poder, al menos podían infligir un daño enorme a las propiedades de la clase dominante. Por otra parte, los viajeros españoles en sus documentos oficiales no dudan en mencionar como responsables de la mayoría de los incendios a los sirvientes afrodescendientes.

También hay que mencionar el estigma resultado de la confluencia de algunas condiciones sociales. Eran sirvientes o gente baja por ser negros y al mismo tiempo sospechosos de incendio en caso de haberlo. Incluso, de ser cómplices de los filibusteros. Sobre esto, los españoles tampoco dudan en culpar a un mulato de cooperar con los piratas durante una invasión. El móvil del crimen, como en el caso anterior, será la venganza:

Antes que se huviesse fortificado esta Ciudad fue tomada, y saqueada en dos ocasiones por Pyratas, que entraron en la Mar del Sùr en los años de 1686. y 1709: en esta ultima no lo hubieran conseguido según las providencias, que se habían dispuesto con su anticipado aviso, si la malicia de un Mulato queriendo vengarse de algunos de la Ciudad, no los huviera introducido industriosamente por Caminos ocultos (Juan y Ulloa 1748, 225).

No se encuentran evidencias de que algún ciudadano blanco haya sido responsabilizado de algún incendio. Esto también da cuenta del estigma existente contra las personas esclavizadas. Tal parecería que todos los incendios causados por los blancos son accidentes o inintencionados. En el caso de los negros, todos los incendios son producto de la venganza. Observamos que algunas personas afrodescendientes fueron culpadas de incendiarias solo por su color de piel.

Finalmente, hay que añadir que lo que se sabe de incendios no solo proviene de las crónicas oficiales. Un ejemplo es este caso: Campos comenta que, en 1876, en la localidad de Posorja habló con un anciano habitante del cercano pueblo del Morro, cuyo abuelo había sido testigo presencial del incendio de 1707:

Y aquel hombre le contó que había estado en Guayaquil hácia el año 1800 y había visto levantar casi todos los edificios de la ciudad moderna.

Mas no es esto lo notable. Aquel hombre le dijo, que había conocido á su abuelo cuando era también centenario, mientras el que lo refería contaba solo diez años y este abuelo centenario refería la historia del incendio que tuvo lugar el año de 1707, que consumió en dos horas 130 casas de las más notables de Guayaquil. La distancia de 169 años entre la fecha del incendio y la fecha en que el centenario refería esto: esa distancia que hace la mitad de la existencia de Guayaquil, había sido salvada, y por el intermedio de un solo hombre, oía el que esto refiere, la historia de aquel incendio contada por uno, que la oyó á un testigo ocular. Ese abuelo centenario, que contaba á su nieto, lo que éste, centenario á su vez contaba al viajero, vió poner los primeros postes del famoso puente del de 800 varas, que duró muchos años, que se derribó hace tal vez un siglo y cuya existencia solo se sabe por tradición (Campos 1894, 69).

La relación de Guayaquil con los habitantes de su área rural circundante y la tradición oral se combinaron para proveer esta información. Este relato da cuenta que las noticias de los incendios de la ciudad también viajaban por la región y se transmitían de generación en generación. También quedan otras dudas ¿Existieron flagelos que no se documentaron por escrito? Y, de éstos ¿Cuántos se perdieron en la tradición oral?

3.2. Las formas para acabar con el fuego

Desde el siglo XVI, existieron directrices para primero, prevenir el fuego y; segundo, combatirlo después de iniciado. Las ordenanzas más antiguas para evitar incendios datan de 1590. Estas ordenanzas normaban algunos aspectos de la vida al interior de los domicilios: “Se ordena, por ejemplo, que nadie tenga lumbre encendida después del toque de queda, que no se construyan casas con rancho de paja, que en cada casa haya siempre doce botijas con agua” (Laviana 2008, 88). Al parecer, la idea de un inminente incendio estaba siempre presente en la mente de los guayaquileños.

En los siglos siguientes, los incendios continúan frecuentemente, no sin antes haber intentado muchas cosas para evitarlos. Para el siglo XVIII, las autoridades de la ciudad continuaron emitiendo nuevas ordenanzas. Estas ordenanzas tenían el propósito de modificar el tipo de construcción de las casas:

Después de haver discurrido diversos medios para evitarlos. Acordó el cabildo el año de 1732 que cualquiera que hiciesse casa, ú otro genero de edificio, le cubriese precisamente de texa, para quitar la ocasión de los techos, por donde ordinariamente prendía el fuego; y para mayor precaución de sus contingencias, se introduxo algún tiempo antes la fabrica de Quinchas y Bahareques (De Alcedo y Herrera 1741, 11).

Otra forma de minimizar el riesgo de incendio al interior de las casas fue por medio de la distribución espacial de la cocina. La ubicación de los fogones se fundamentaba en base al temor de un incendio. Por tal razón, la cocina se ubicaba distante del resto de la casa:

El justo recelo, que deben allí tener, de que algún descuido en las Cozinas con el Fuego, pueda salirles muy costoso, ha providenciado separarlas de las Casas; y assi distante de estas como 12. à 15. passos hacen su fabrica en alto, y por medio de un Passadizo descubierta à manera de Puente queda la comunicación de uno à otro: este, siendo tan ligero, con brevedad se corta, luego que se enciende la Cozina, y queda libre la Casa de participar del daño (Juan y Ulloa 1748, 223).

Era de esperarse que las medidas de prevención no dieran resultado o no fueran acatadas. Por tal razón, había otras acciones a tomar después de iniciadas las llamas. El incendio en una casa podía significar el incendio de una cuadra o más. Esto implicaba la movilización de gran parte de la población para combatir el peligro. Campos relata cómo se combatía el fuego durante el siglo XVI. Añade, según su opinión, la poca efectividad de estos métodos. Es más, se sorprendía de si realmente servían para contener las llamas. No obstante, estos métodos no debieron variar mucho en los siglos siguientes:

El sistema primitivo, de atacar los incendios era tan elemental, que lo que nos sorprende, no es que no haya habido incendios, sino que hayan podido cortarse. Una cadena de cincuenta, ciento ó doscientos hombres, provistos de capachos de cuero, formaban una línea desde el lugar del incendio, hasta la orilla. Esta línea era doble y recorría desde la orilla hasta el incendio, los, capachos llenos de agua, los cuales desocupados volvían á la orilla por la segunda línea formándose una no interrumpida traslación de los capachos. Esto, como se ve, era poco menos que inútil y creemos que los incendios de consideración debieron de haber sido cortados con el hacha de los carpinteros. Los capachos suponemos prestarían sus servicios para apagar las ruinas humeantes (Campos 1894, 63).

Al igual que en el incendio de Londres, en Guayaquil los voluntarios utilizaban bolsas de cuero para transportar el agua. De la misma forma que en la capital británica, en el puerto, los carpinteros también ayudaban a detener el fuego. Este es el precedente de la futura “brigada de hacheros”, encargados de dismantelar las estructuras adyacentes para cortar paso a las llamas. Campos refiere que, por el uso de estos métodos rudimentarios, el fuego era frecuente y difícil de extinguir.

Para no ser víctimas del fuego y perder sus pertenencias, algunos propietarios preferían desbaratar sus casas. Esta era una medida desesperada, pero después de pasado el peligro, podían reconstruir sus edificios sin mayores pérdidas. En el combate contra las llamas, los guayaquileños utilizaban todos los medios que estaban a su alcance, incluso la intervención divina. Por esto último, debemos enunciar una anécdota a la que se atribuyó un carácter milagroso. A finales de la época colonial, en 1804, se desató otro incendio que arrasó el Hospital San Juan de Dios. Cuando el peligro se acercaba amenazante hacia las demás casas sucedió el hecho sobrenatural:

Dícese que en el momento en que el incendio amenazaba tomar proporciones colosales: cuando la inflamada casa, arrojaba torrentes de llamas, hacia el Sur y hacia el Norte, lamiendo las manzanas vecinas, un sacerdote ó un lego de la Iglesia de Santo Domingo, salió á la plaza, y allí, en medio de la población aterrada y confundida, lanzó este grito, cayendo de rodillas, y mirando al Cielo

¡Agua ! Dios mío!

Inmediatamente las nubes se agrupan, cubren el horizonte, suben, y en pocos momentos, torrentes de agua combatieron con los torrentes de llamas venció el agua al fuego, y desapareció el peligro (Campos 1894, 168).

3.3. Los incendios como primeros gestores de la expansión urbana ordenada

Estos incendios precipitaron los primeros antecedentes para el análisis de las causas y extensión de estas catástrofes. Del mismo modo impulsaron la toma de decisiones para minimizar los riesgos de incendios en Guayaquil. Dionisio de Alsedo y Herrera, Presidente de la Real Audiencia de Quito en ese entonces, escribió en el Compendio Histórico de Guayaquil de 1741 lo siguiente:

La ruina de los incendios, experimentada por nueve repetidas ocasiones, en diferentes tiempos, y los dos de ellos tan generales, que en los años de 1692 y 1707 redujeron la población a ceniza, obligaron al Cabildo, y a la vecindad, a discurrir los medios más adecuados a su preservación; y aprendiendo, que la estrechez del terreno, donde se hizo la planta de la primera fundación, podía ser la causa, de que la desgracia de uno, comprendiere a todos en los accidentes del descuido, o de la casualidad, propusieron al Virrey Don Melchor Portocarrero Lasso de la Vega, Conde de la Monclova,¹³ la

¹³ Virrey, primero de la Nueva España entre 1686 y 1688 y luego del Perú entre 1689 y 1705. Autorizó la expansión en el momento en que Guayaquil perteneció al Virreinato del Perú.

mutación de la Ciudad primera al paraje más capaz, y extendido,¹⁴ donde hoy fundada la segunda; y habiendo obtenido la licencia para ello, se dio principio a su traslación el año de 1693 (De Alsedo y Herrera 1741, 15).

También existieron otros motivos para el traslado. Estos estaban relacionados con la cantidad de habitantes y el reducido espacio urbano. “Debido al constante crecimiento poblacional y del territorio, las autoridades identificaron viable el trasladar la ciudad hacia el sur” (Rojas Mosquera y Villavicencio 2018, 58). Incluso, se realizaron las gestiones con el virreinato desde 1688 (Avilés Pino y Hoyos 2006: 18). Sin embargo, el motivo detonante fue el temor general que quedó posterior al incendio de 1692. La búsqueda de una solución contra estas desgracias ocasionó una primera expansión de Guayaquil¹⁵. No podríamos considerar esto como un “ensanche” urbano. Aunque a la larga, por la resistencia de la población, Ciudad Nueva terminaría convirtiéndose en un pequeño ensanche primitivo sin querer. El traslado no significó que la Ciudad Vieja desapareciera. Por el contrario, los dos sectores empezaron a interactuar entre sí.

La “Ciudad Nueva”, como se llamó a la incorporación de este nuevo suelo, se extendió hacia el Sur de la “Ciudad Vieja”. Sin embargo, las dos “ciudades” no estaban contiguas. Entre ambas se encontraba el “Barrio del Bajo”. Este sector estaba conformado por tierras irregulares y anegadizas atravesadas por cinco esteros: Lázaro, Morillo, Campos, Junco y Villamar. Antes del traslado urbanístico, esta barrera natural de suelos pantanosos se había convertido en el límite sur de la ciudad. A pesar de lo difícil del terreno, este espacio estaba habitado y constituía un borde marginal. Las personas cruzaban estos esteros con ayuda de cinco puentes.

A pesar de la comunicación de los puentes, la sensación en la población era que existían dos ciudades separadas. Incluso los nombres “Ciudad Vieja y Ciudad Nueva” denotan tal situación. Por ello, era necesario salvar este obstáculo pantanoso y enlazar de mejor forma a los dos sectores. Para tal efecto, en 1710, las autoridades decidieron unificar todos los puentes en un solo entramado. Esta nueva estructura fue conocida como el puente de las “Ochocientas varas”. En su construcción, se utilizó madera de guayacán y guachapelí (De Alcedo y Herrera 1741, 16). Casi cien años después de la expansión

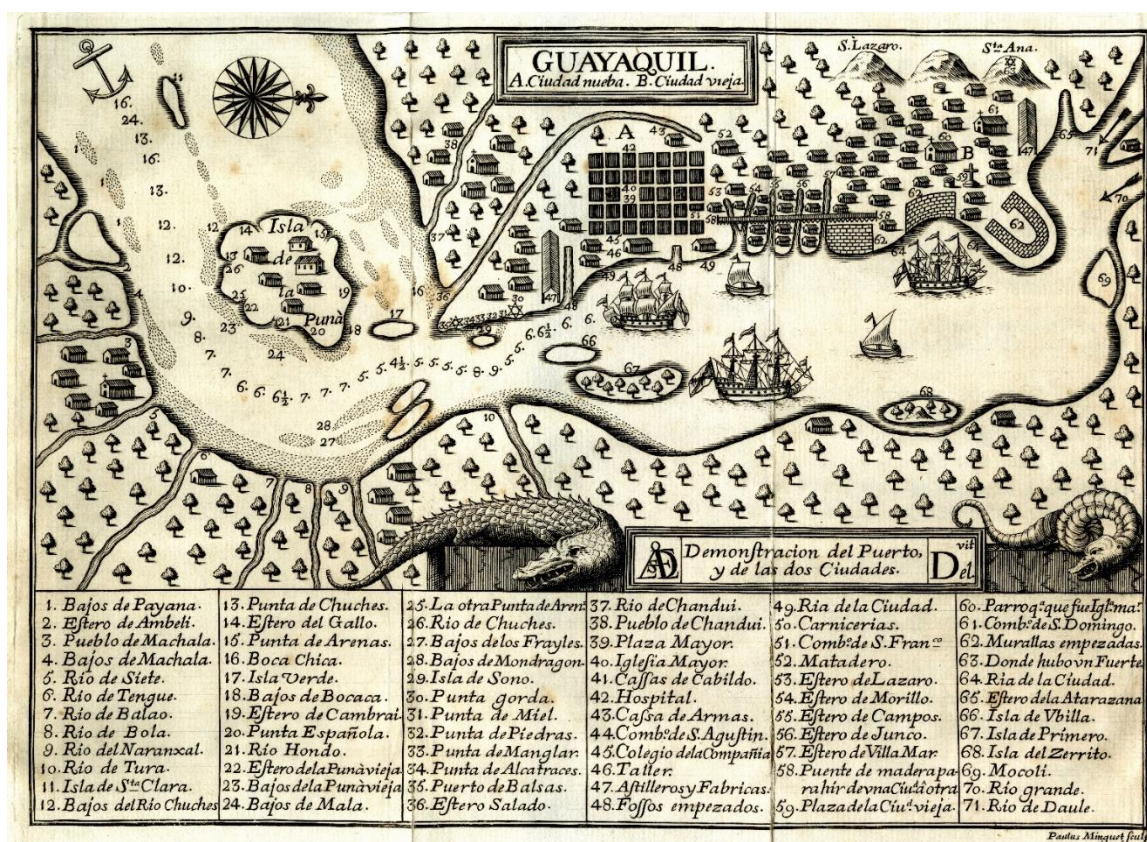
¹⁴ Este paraje se llamaba “La Sabaneta” y se ubicaba al sur del cerro de Santa Ana.

¹⁵ La traslación provocó que en la ciudad existan dos sectores. La “Ciudad Vieja”, más antigua y primer asentamiento definitivo de la ciudad, se encontraba en los alrededores del cerro Santa Ana. Sus calles eran estrechas y de trazado irregular. La “Ciudad Nueva” en cambio, fue planificada en base al tablero de damero de las ciudades españolas.

hacia Sabaneta, en 1787, Don Antonio de Alcedo¹⁶ mencionaba al respecto de las dos ciudades: “Que son como barrios separados, comunicándose por un puente de madera de 800 varas de largo, para salvar los esteros de que está inundada por su terreno bajo” (De Alcedo 1787, 331).

En el mapa de la ciudad de Guayaquil de Paulus Minguet de 1741 podemos apreciar el puente de las “Ochocientas varas” (Mapa 3.1). También, a pesar de lo inexactas de sus proporciones, se muestra la diferencia entre las dos ciudades. Siguiendo de Norte a Sur: a los pies de los cerros, una Ciudad Vieja desordenada y sin calles claramente definidas. A continuación, el espacio intermedio del Barrio del Bajo. Este espacio intermedio eran esteros que pasaron de ser el borde marginal a ser el nexo entre los dos sectores. Por último, la Ciudad Nueva, de calles anchas, definidas y que fue concebida como un cuadrilátero de cinco por siete manzanas.

Mapa 3.1. Guayaquil en 1741 por Paulus Minguet



Fuente: De Alcedo y Herrera (1741).

¹⁶ Hijo del presidente de la Real Audiencia de Quito Dionisio de Alcedo y Herrera, fue capitán de las Reales Guardias Españolas, geógrafo, historiador y autor del “Diccionario Geográfico-Histórico de las Indias Occidentales”.

Entre las dos ciudades había un kilómetro de distancia. Este espacio separaba a los movilizados del peligro y estrechez de la antigua ciudad. También, les daba una sensación de orden y seguridad. Para 1707, la Ciudad Nueva respiraba tranquila mientras más de 130 casas de la Ciudad Vieja se reducían a cenizas (Laviana 2008,89). La separación de las calles mantuvo alejadas y seguras del fuego a las casas de la Ciudad Nueva. La expansión hacia las tierras de la Sabaneta parecía haber funcionado en la prevención contra los incendios.

Sin embargo, en 1764, un nuevo incendio comenzó en el interior de una cocina. Los fuertes vientos extendieron el fuego a las casas vecinas. En cuatro horas, el espacio comprendido entre el inicio del puente que unía a las dos ciudades hasta la iglesia de la Compañía quedó consumido por las llamas. La Ciudad Nueva acababa de perder 151 casas. La mitad de la población fue afectada. El fuego se extendió “desde el principio del puente que va para la Ciudad Vieja, hasta la misma iglesia de la Compañía” (Laviana 2008, 90). Por lo gigantesco de sus proporciones que lo hizo diferente de otros eventos anteriores, este incendio fue el primero en tener un nombre en la historia de Guayaquil: el “Fuego Grande”.

3.4. Los “cambios” producidos por el Fuego Grande

El Fuego Grande de 1764 se inició al pie del puente del estero de Lázaro. Al parecer no se dirigió hacia el norte por los obstáculos que representaban los cuatro esteros restantes. Entonces, tomó rumbo hacia el sur. Por tal motivo, la parte más afectada o mejor dicho la única devastada por el desastre fue la Ciudad Nueva. "Los principales vecinos de mayor posibilidad, pares de la república por el ejercicio de los empleos en que sirven a V. M. y por las limosnas que distribuían según sus facultades a los pobres, han quedado en estado de mendigarla para sostener sus obligaciones, porque en sus casas y bienes apuró su crueldad el estrago" (Laviana 2008, 91). Precisamente, este era el sector más pudiente de la ciudad. Sitio al que la gente se trasladó huyendo de la falta de espacio y orden. Al mismo tiempo, bajo la creencia de estar libre de los peligros de incendio de la Ciudad Vieja.

El Fuego Grande no se extinguió totalmente por acción de los habitantes de la ciudad. Los últimos restos del incendio fueron apagados por una gran lluvia. Algunas de las víctimas habían sacado sus pertenencias a la calle para evitar que sean consumidas por las llamas. Lamentablemente, la lluvia que ayudó a apagar el fuego también echó a

perder sus pertenencias. Este incendio arrasó con 151 casas, entre las devoradas por el fuego y las demolidas. Pero, a estos daños debemos sumar el de otros incendios de menor proporción cercanos a este evento. En total la ciudad había perdido alrededor de doscientas casas en un espacio de dos años (Laviana 2008, 93). Lo más grave es que gran parte del sector afectado pertenecía a los más acomodados. La clase más pudiente tuvo que ser víctima de las llamas, la lluvia y perder sus pertenencias para que el cabildo se movilizara a dictar ordenanzas contundentes. Esta catástrofe también había demostrado que, en materia de incendios, Ciudad Nueva era igual de insegura que la Ciudad Vieja.

Se dictaron medidas que afectaron la vida tanto en el espacio urbano de las calles como al interior de los domicilios. Algunas de estas medidas estaban relacionadas al trazado urbano: “delinear de forma regular las calles”. Otras medidas guardaban relación con el tipo de construcción de los edificios: “prohibir que se construyan en el centro de la ciudad casas de madera y tablazón exclusivamente, debiendo hacerse de quincha, bajareque, adobes o ladrillos; fomentar en lo posible la construcción de edificios de cal y piedra” (Laviana 2008, 93). Finalmente, medidas con respecto a la distribución espacial al interior de las viviendas: se prohibió la construcción de cocinas en la parte posterior de las casas.¹⁷

Las nuevas medidas fueron aprobadas por el rey de España. Al mismo tiempo, reforzadas por las autoridades coloniales de la Real Audiencia de Quito y el Virreinato de Nueva Granada. La alineación de los poderes coloniales locales, regionales y centrales tuvo un efecto limitado. En algunos casos parece que la insistencia en estas disposiciones tuvo un resultado temporal positivo. Sobre una nueva disposición ocurrida dos años después del Fuego Grande, Campos menciona: “Á causa del incendio de que hemos hablado, volvió el Cabildo á dictar nueva y enérgica disposición, para que no se construyeran casas de paja en el interior de la ciudad, y parece que esta vez se cumplió con ella, pues por muchos años no se presentó incendio notable” (Campos 1894, 128). Sin embargo, en otros casos, la población se negó o resistió a cumplir en su totalidad las disposiciones.

¹⁷ Este tipo de cocina había sido descrito en 1748 por Jorge Juan y Antonio de Ulloa. Se revisó en el segundo apartado de este capítulo.

3.5. Las contradicciones de los grupos urbanos: entre la resistencia y la reconstrucción

Campos afirma que, la población sabía con certeza las causas de la expansión del fuego desde inicios del siglo XVIII:

Es un hecho demostrado, que las cubiertas de paja de los edificios ha sido la causa principal de los incendios devoradores que ha padecido Guayaquil. La dilatación y espesibilidad de las capas atmosféricas, debidas al mismo foco del incendio, producen vientos fuertes, que se convierten en conductores de millares de chispas, las que á su vez originan nuevos incendios en barrios remotos. Esto se sabía en 1707, como se sabe hoy y sin embargo al terminar el siglo XIX, aún se toleran las casas con tejados de paja casi en el centro de la población (Campos 1894, 70).

Lamentablemente, a pesar del conocimiento de las causas, en numerosas ocasiones la población se resistía a acatar las ordenanzas para prevenir los incendios. Tal como mencionamos en el segundo apartado de este capítulo, muchos años antes del Fuego Grande, el Cabildo porteño había dispuesto nuevas normas de construcción. La abundancia de árboles maderables en los alrededores de la ciudad hacía más atractiva la construcción de casas con este material.

El desacato era generalizado en todos los sectores sociales. En el caso del poder militar, de los tres fuertes existentes en la ciudad, dos eran de madera: “La construcción de los primeros es toda de Estacadas de una Madera muy fuerte, y que se mantiene incorruptible debaxo del Agua no menos que en el lodo.” (Juan y Ulloa 1748, 224). La excepción era el fuerte de piedra de la Ciudad Vieja.

Incluso las órdenes religiosas hacían caso omiso a estas disposiciones. Juan y Ulloa continúan: “Las Iglesias, y Conventos son igualmente de Madera à excepción del de Santo Domingo, que se conserva en la Ciudad Vieja, y es de Piedra”. Aunque, al mismo tiempo, añaden una explicación “porque la mayor solidèz del Terreno tiene resistencia para mantener edificios de esta materia” (Juan y Ulloa 1748, 225). Explicación que al final resulta vaga. No existe justificación alguna porque años antes del incendio se dispuso la construcción en base a quincha y bahareque, materiales que son mucho más ligeros que la piedra. Por su parte, Dionysio de Alsedo y Herrera también justifica el uso de la madera. Sobre Ciudad Vieja menciona que “se fundó en un suelo de tierra sólida, y maciza, capaz de los edificios de mayor peso de piedra, ladrillo, y adobe, como

se reconoce de la fabrica antigua del Convento de Santo Domingo y de unos pedazos de muralla”. Sobre la Ciudad Nueva, de Alsedo explica que:

Se asienta sobre un plan deleznable de tierra movediza, muy floja, incapaz de cimentarse con profundidad, porque a la caba de tres pies geométricos encuentran con el agua el pico, y el hazadon; cuyo impedimento supera también el advitrio de hacer las casas de quincha, venciendo, en la parte que pueden, el inconveniente, que es en qualquier fabrica lo frágil del terreno, para lo estable de la duración (De Alcedo y Herrera 1741, 18).

Aunque se explica el uso de la madera en Ciudad Nueva, no hay justificación para el uso de este material en Ciudad Vieja. Otra explicación de Juan y Ulloa sobre la construcción de casas de madera es de carácter económico: “sus Casas no se componen, como tengo dicho, de otro material, que Madera, y el costo de esta se reduce solo a cortarla, y conducirla por la abundancia, que hay en aquellos Montes (Juan y Ulloa 1748, 229).

La negativa constante a obedecer las ordenanzas provocó que las autoridades insistan en su cumplimiento frecuentemente. Lo que siguió a continuación fue un ciclo de ordenanzas por parte de las autoridades y de resistencia por parte de la población. Dos años después del Fuego Grande, se recuerda la obligación de reemplazar las cubiertas de paja con teja. También se pide desarmar las viviendas provisionales construidas a causa del incendio. Para cumplir ambas disposiciones se dan tres meses de plazo.¹⁸ Ante la indiferencia de los habitantes, se amplía el plazo para dismantelar los ranchos.¹⁹

La escasa o nula colaboración de los guayaquileños “provocará la intervención de la Audiencia, que en mayo de 1767 dicta una real provisión prohibiendo bajo severas penas construir casas de paja y madera en Guayaquil”. Tres años después, la desesperación de algunos vecinos conscientes les llevará a pedir a las autoridades “que se destruyan todas las casas de paja y madera en un plazo de 15 días” (Laviana 2008, 94). Por un lado, las penas y los castigos se endurecen. Entre estos se encuentran: el destierro, los azotes, la vergüenza pública, etc. Por otro lado, algunas autoridades actúan de forma benevolente. La mencionada petición de los desesperados es negada por el

¹⁸ Acta del Cabildo de Guayaquil del 12 de septiembre de 1766, vol. XVIII, pp. 57-58

¹⁹ Acta del Cabildo de Guayaquil del 10 de febrero de 1767, vol. XVIII, p. 82

procurador del cabildo. El motivo es que el 75 por ciento de las casas de la ciudad tiene techo de paja. Lo que vuelve inviable la ejecución de la petición (Laviana 2008, 95).

Los recursos del medio geográfico forzaban a los habitantes a construir siempre en madera, paja, caña, etc. Más que la negativa en base al capricho de los guayaquileños, la economía y la práctica en el terreno era lo que mandaba durante la construcción. Era impracticable utilizar materiales más costosos y ajenos a los que abundaban en la naturaleza. Esta actitud se reforzaba por la desobediencia proveniente de los poderes políticos, religiosos y militares. Ante esta situación, las órdenes emitidas desde el poder regional colonial surtieron efecto de forma parcial.

La resistencia de la población tuvo otras consecuencias en el ámbito urbanístico. Años antes del Fuego Grande, la negativa de los vecinos de abandonar Ciudad Vieja provocó la primera expansión urbana involuntaria. “Muchos pobladores de la ciudad inicial en el cerro se opusieron al traslado, motivados por los frailes dominicos que se oponían por el convento e iglesia que habían reconstruido, como por la excelente ubicación de las mencionadas construcciones” (Rojas Mosquera y Villavicencio 2018, 58). Como resultado, la ciudad entera no se trasladó, sino que una parte de ella se expandió hacia el sur.

En contraposición, Campos resalta la rápida recuperación de la ciudad después de estos terribles sucesos: “Lo que debe asombrarnos es, la energía y valor moral de sus habitantes y ver que después de accidentes tan terribles; Guayaquil renacía con el fénix de sus cenizas y reaparecía gallarda siempre, destinada á ser en el porvenir una ciudad de primer orden en el Pacífico” (Campos 1894, 70). La contradicción radica en que la ciudad resurgía para un tiempo después volver a caer en desgracia. Todos los esfuerzos se canalizaban en tareas de combate contra el fuego o en tareas de reconstrucción. No obstante, a pesar de la frecuencia de los flagelos, poco o nada se hacía en temas de prevención.

3.6. Guayaquil a fines del siglo XIX

En este apartado se presenta el contexto de la ciudad antes del Incendio Grande de 1896. Abordaremos aspectos geográficos, recursos económicos y la población en los años cercanos al flagelo. Para el efecto, servirán las descripciones de la ciudad realizadas por los viajeros que visitaron la ciudad. Estos visitantes aportarán desde una visión externa a la descripción de la ciudad. También tomaremos en cuenta las investigaciones

realizadas por otros historiadores relacionados al tema central. La teoría de “las redes de poder” de una ciudad ayudarán a explicar el proceso por el que atravesaba la urbe en los años del incendio de 1896.

La extensión y emplazamiento de la ciudad previa al incendio puede apreciarse en el plano de Theodor Wolf (plano mapa 2.3). El testimonio del naturalista italiano Enrico Festa de 1895 nos ofrece una descripción panorámica de su geografía (foto 3.1).

La ciudad se encuentra en la orilla derecha del Guayas, y se extiende a lo largo del río por más de tres kilómetros. Una parte de la ciudad se encuentra en terreno plano, y otra parte, en cambio, se encuentra en las laderas de un cerro, llamado Cerro de Santa Ana, en círculo. La ciudad vista desde el río tiene un aspecto muy pintoresco que me gustó mucho, sobre todo porque muchas personas me habían descrito Guayaquil como un lugar siniestro y feo (Hoyos y Avilés 2010, 103).

Foto 3.1. Guayaquil de norte a sur. A la izquierda, los muelles y las instalaciones de la Aduana. En el centro, la iglesia de Santo Domingo; a la derecha, la vegetación de los potreros.



Cop. de una fotografía.

GUAYAQUIL, VISTO DESDE LA FALDA DEL CERRO DE ST^A ANA.

Fuente: Wolf (1892).

Como se puede apreciar en varios planos del capítulo dos como los de Millet, Wolf y otros, la ciudad se encontraba delimitada por algunos accidentes geográficos naturales.

Los cerros Santa Ana y el Carmen eran el límite norte. Al noreste, los ríos Daule y Babahoyo se unen para formar el río Guayas que discurre en sentido norte sur. Finalmente, un intrincado sistema de esteros y bosques de manglares rodeaba la urbe por el suroeste (figura 3.1).

Figura 3.1. Uno de los muchos esteros que rodean Guayaquil

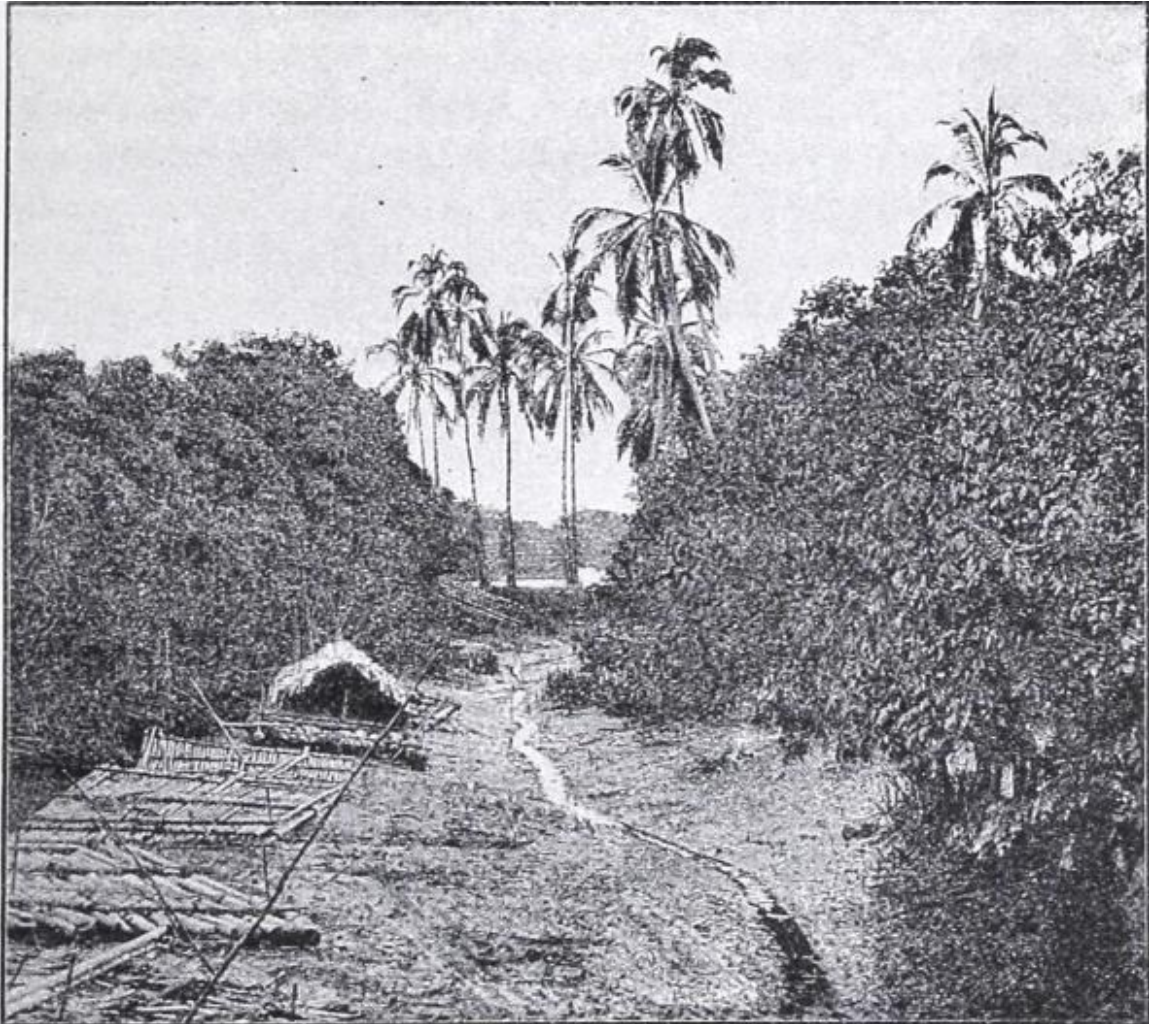


Fig. 23. Un estero cerca de Guayaquil, en tiempo de marea baja.

Fuente: Wolf (1892).

A mediados del siglo XIX (figura 3.2), España fue el principal receptor de las exportaciones de cacao del Ecuador. Para 1856, “le compra las 5/6 partes de su cacao y deja en sus arcas 600 mil pesos anuales” (Lopez-Ocon y Puig-Samper 1987, 676). Esta situación cambiará a finales del mismo siglo. Francia y Alemania se convirtieron en los nuevos mercados para la producción cacaotera (Maignashca 2012, 79). Entre 1890 y 1910, las exportaciones cacaoteras alcanzan su cúspide, tanto en precios como en cantidad de exportaciones. Un período que Juan Maignashca denomina como

“incorporación periférica” porque el cacao llega directamente a los centros de los mercados mundiales.

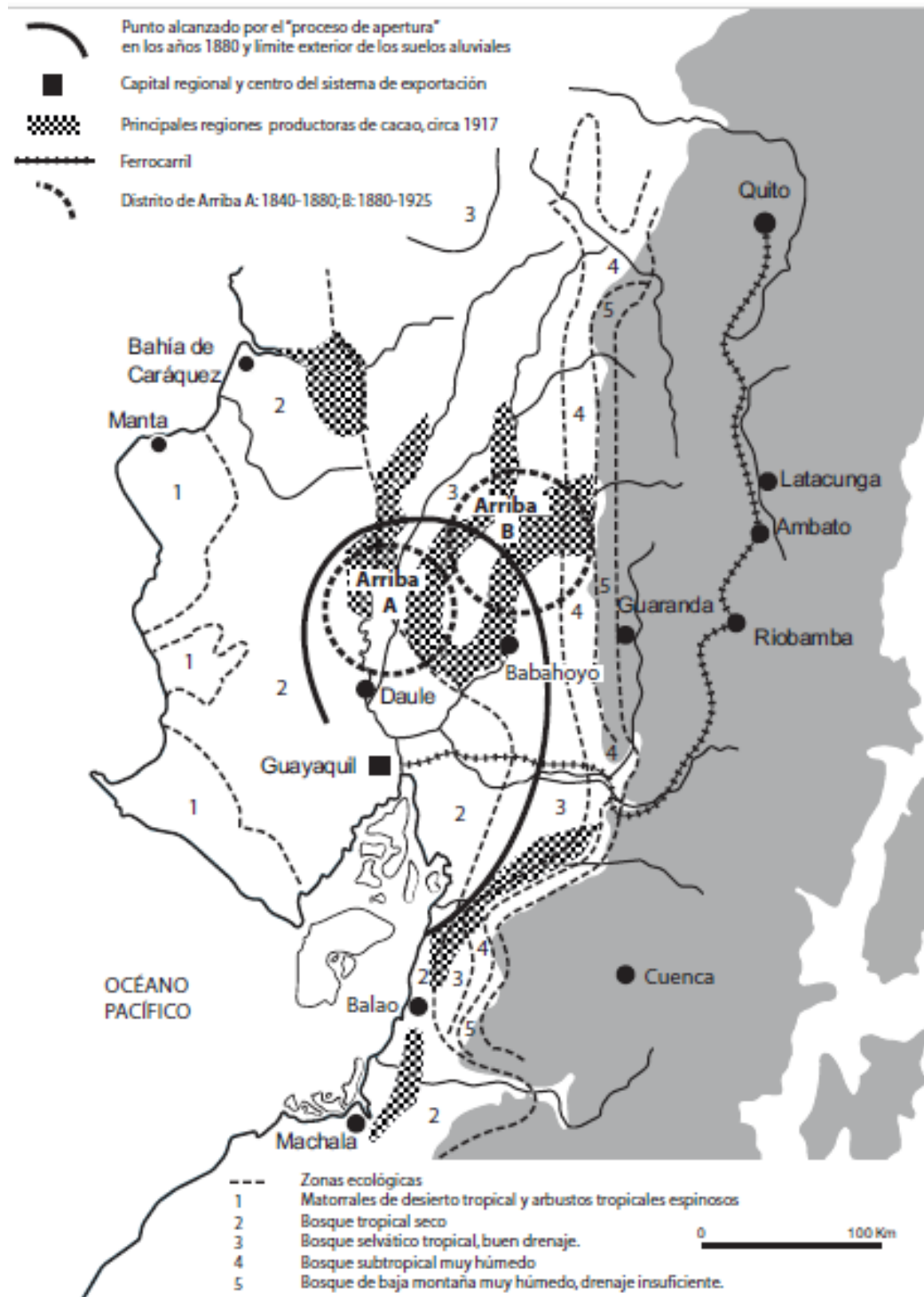
Figura 3.2. Guayaquil en 1847. A la izquierda, la calle de la orilla de sur a norte. Se aprecia la torre del reloj de la Casa Consistorial; a la izquierda, el río Guayas y al fondo los cerros de Santa Ana y el Carmen.



Fuente: Ernest Charton (1847). Colección privada.

La teoría del “poder de las redes” (Cronon, 1991 y Gunn 2013) nos ayuda a entender el impacto de esta bonanza en Guayaquil. Como centro de las operaciones cacaoteras, la ciudad fue el punto de enlace en donde las redes internas o zonas productoras se conectaban con las externas o zonas de mercados. Por ende, “los flamantes hacendados-comerciantes-banqueros acumularon cuantiosas fortunas” (Maignashca 2012, 80). El *hinterland* cacaotero produce la fruta. Las semillas se secan y se trasladan a Guayaquil. Incluso hay quienes secan las semillas en las calles de la misma ciudad. Finalmente, el cacao se embarca en el puerto para su exportación. La zona cacaotera circundante se expande hacia el bosque selvático tropical (mapa 3.2) para satisfacer el incremento de la demanda internacional. Al mismo tiempo, la posición de poder de la ciudad se expandió hacia el norte producto del favorable medio ambiente cacaotero.

Mapa 3.2. Zonas de producción cacaotera entre 1880 y 1920



Fuente: Juan Manguashca (2012, 77).

La población de la ciudad y de la región aumentó por el auge comercial. Entre 1896 y 1909, “El boom del cacao incrementó la demanda del trabajo asalariado en las plantaciones costaneras y las funciones asalariadas auxiliares de la ciudad” (Swyngedouw y Bovarnick 1994, 31) (foto 3.2). También las relaciones de poder con el gobierno central cambiaron. El Estado ecuatoriano, al recibir dinero de los bancos cacaoteros, dependió políticamente de la burguesía agroexportadora. Finalmente, la Revolución Liberal de 1895 desplaza del poder central a las clases terratenientes de la sierra.

Foto 3.2. Establecimiento de cacao en Guayaquil entre 1898 y 1908



Fuente: John Horgan, Archivo Leibniz-Institut für Länderkunde. Leipzig, Alemania.

Sin embargo, las rentas del cacao no se invirtieron en mejorar las conexiones internas. Las élites prefirieron los bienes de consumo del exterior, pequeñas inversiones en otras industrias de la costa o financieras en la sierra.

Joseph Kolberg realizó una descripción del tipo de construcción de las viviendas de la ciudad en 1871 (Hoyos y Avilés 2010). Al viajero le llama la atención como el tipo de construcción de las viviendas incide en la frecuencia con que los incendios golpearon la

ciudad. Interpreta que la gran cantidad de incendios es responsabilidad de los propios habitantes. Sin embargo, también nota un cambio en la conciencia de los habitantes con respecto al combate de estos flagelos.

Por cierto, esta clase de construcción conlleva otro gran peligro: los incendios han reducido a cenizas ya muchas veces una gran parte de la ciudad, y su frecuencia tiene suficiente explicación en la habitual negligencia de los habitantes. El peligro de un incendio, no obstante, no puede compararse ni de lejos con el de un terremoto, que de un golpe acaba con miles de vidas humanas, y para Guayaquil los incendios han tenido incluso un efecto benéfico. Se ha superado la antigua dejadez y se han organizado muchas compañías de bomberos que saben manejar muy bien las bombas de incendio; los diversos métodos empleados para ellos han suscitado viva emulación sobre cuál resulta bueno para la nación y debe ser acreedor a la gratificación (Hoyos y Avilés 2010, 83).

En el contexto del Fuego Grande de 1764, las redes del poder colonial español consistieron en un entramado de autoridades como el cabildo porteño, la Real Audiencia de Quito y el Virreinato de Nueva Granada. Estas aplicaron una serie de ordenanzas para evitar nuevos incendios en Guayaquil. Incluso el rey de España aprobó algunas medidas. A pesar de que los poderes políticos locales y regionales estaban alineados, los efectos en la prevención fueron limitados.

Como contraparte a la presión ejercida por las autoridades a través de sus ordenanzas, la población también ejercía un poder que neutralizaba el efecto de la ley. De manera consciente e inconsciente los guayaquileños no acataban las órdenes en su totalidad. Otros poderes de la ciudad como la iglesia y el ejército tampoco obedecían las disposiciones de la autoridad civil con respecto a los materiales de construcción. Esta situación se manifestaba con la aparición de nuevos incendios.

Otro ejemplo que evidencia la resistencia de la población frente a la autoridad colonial se observa en la negativa de algunos pobladores y religiosos de abandonar la Ciudad Vieja. El cabildo pretendía trasladar la ciudad a otro sitio más amplio y seguro. No obstante, Guayaquil no se trasladó de lugar, sino que se expandió hacia el sur.

El puerto y el cacao unirán económicamente el *hinterland* o espacio circundante de la ciudad con el exterior. Guayaquil se convierte en el punto donde confluyen las redes internas procedentes de las haciendas productoras del cacao con los países hacia donde se exporta. Desde la época colonial hasta mediados del siglo XIX el cacao es exportado

hacia España. Posteriormente, a fines del mismo siglo, el cacao es enviado hacia Francia y Alemania. De esta manera, las redes del cacao servirán de camino para que la élite de la ciudad entre en contacto con los estilos arquitectónicos europeos.

Las actividades portuarias generarán gran parte de los recursos con los que disponía el Estado ecuatoriano en los años previos y posteriores al Incendio Grande de 1896. La posición económica favorable de la ciudad motivará que la élite costeña alcance el poder político nacional. De esta manera, hubo una alineación entre los poderes locales y centrales cobijados bajo la Revolución Liberal.

Capítulo 4. El Incendio Grande de 1896: ¿El fuego que apagó todos los fuegos?

El último capítulo se enfoca en evidenciar, las dinámicas del poder que reconstruyeron la ciudad. En la primera parte, se presentan los intentos de parte del poder político local por prevenir un nuevo incendio. Estas ordenanzas trataban de controlar la vida y actividades de los ciudadanos. A continuación, observaremos como se ejercía resistencia a estos intentos ordenadores. Al momento de la catástrofe, pocos actuaron acorde a lo dispuesto por las autoridades. La mayoría actuó según sus intereses, agravando la desgracia.

Algunos factores que facilitaron el paso del fuego fueron el trazado urbano, la dirección del viento, etc. Estos y otros aspectos urbanísticos se tomaron en cuenta para los planes de reconstrucción. De esta forma, se rompería el ciclo de autodestrucción-reconstrucción. Aparte de la reedificación general, veremos cómo se incluyeron otras agendas como la de saneamiento y el embellecimiento de la ciudad. Estos planes se propusieron en un contexto económico favorable producto de las redes del cacao.²⁰ También debido a la gestión urbana por medio de juntas ciudadanas formadas por los poderes locales.

Observaremos el interés por parte de la élite local de proyectar el futuro de la ciudad en reconstrucción. El Incendio Grande de 1896 se convierte en un parteaguas temporal para la ciudad. Por medio de los planos y otras fuentes, se describió los cambios provocados por este siniestro. Al mismo tiempo, se analizó los otros poderes que se movilizaron para la reconstrucción. Adentrándonos en el siglo XX, presento al incendio de 1896 como un catalizador de cambios. Estos cambios de principios de siglo tienen como punto final la construcción del Barrio del Centenario. El primer sector residencial segregado en la urbe.

Finalmente, me enfoqué en el problema de la escasez de agua y su relación con los bomberos. El fuego ayudó a evidenciar las falencias del viejo sistema y obligó a buscar soluciones efectivas. Esta condición mantuvo al Cuerpo de Bomberos en una situación

²⁰ Con el término “redes del cacao” me refiero a un conjunto articulado formado por el territorio rural circundante productor; la ciudad de Guayaquil, que canaliza el producto y los sitios extranjeros hacia donde se exportaba. Para el efecto, me baso en el estudio del “poder de las redes” de Simon Gunn (2013). Un caso del cambio teórico de William Cronon (1991) sobre el impacto de las redes externas en una ciudad.

de lucha perdida, obligando a dicha institución a combatir el fuego con métodos rudimentarios.

4.1. Los esfuerzos por evitar la catástrofe: entre ordenanzas y resistencias

El puerto había sido presa de un largo historial de incendios siglos atrás. Esta situación había provocado algunas iniciativas para frenar el peligro constante del fuego. Sin embargo, como revisamos en el capítulo III, estas iniciativas no dieron el resultado esperado. Hacia siglos que la ciudad se encontraba en un ciclo continuo de construcción-incendio-reconstrucción. En 1835, Vicente Rocafuerte²¹ crea el Cuerpo de Bomberos de Guayaquil.

Para la última década del siglo XIX, aún continuaban emitiéndose diversas disposiciones para reducir el riesgo de incendio. Algunos reglamentos procuraban regularizar el manejo del fuego en los negocios. También en controlar la existencia y ubicación de los establecimientos con peligro potencial:

Art. 123. Nadie podrá establecer fondas, cafés, panaderías, destilaciones, herrerías u otros establecimientos o talleres en que sea necesario el fuego, sin conocimiento del Jefe del Cuerpo ó del Intendente de Policía, a fin de que éstos se cercioren de que los fogones, fraguas, etc., estén contruidos con las precauciones convenientes, bajo las penas detalladas en los artículos 591 y 593 del Código Penal (Cuerpo de Bomberos de Guayaquil 1893, 36).

El establecimiento de este tipo de negocios sin conocimiento, ni control de las autoridades, significaba un riesgo enorme. Sobre todo, en una ciudad construida completamente a base de madera y caña guadua. No obstante, algunos habitantes se resistían a acatar las disposiciones municipales. Michel de Certeau (2000) menciona sobre esta resistencia a la autoridad, llamándola “escamoteo”. Las prohibiciones no se acataban de inmediato. Al parecer, más peso tenían los intereses económicos de sus negocios particulares que el sentido común y la seguridad general.

Después de las ordenanzas de 1893, se establecieron nuevas medidas para minimizar el peligro de un nuevo incendio. En agosto de 1895, se prohibió el uso de fogones en la plaza del mercado. Sin embargo, “se suspendieron sus efectos por la reclamación interpuesta por algunos interesados” (Ilustre Concejo Cantonal 1896, 73). Aquí

²¹ Durante el período de 1834 a 1839, Presidente del Ecuador. Después sería nombrado Gobernador del Guayas durante el segundo gobierno de Juan José Flores.

observamos el poder y agencia de los dueños de los establecimientos afectados. Durante ocho meses lograron frenar la prohibición propuesta por Concejo Cantonal. Cinco meses antes del Incendio Grande de 1896, las autoridades de la ciudad prohíben definitivamente el uso de fogones en la plaza del mercado: “Mantener la determinación adicional al Reglamento de Plaza, por la cual se prohibió el uso de fogones en las tiendas situadas bajo la casa Municipal y alrededor del Mercado” (Ilustre Concejo Cantonal 1896, 73).

Otras disposiciones previas trataban de prohibir el almacenamiento de sustancias inflamables dentro del perímetro urbano:

Art. 124. Se prohíbe absolutamente, que se tenga dentro del poblado, depósitos de kerosene, lana de ceiba, éter, alcohol, fósforos y otras materias fácilmente inflamables. La multa impuesta en este caso se repetirá cada diez días, después de notificado el camino de depósito si no se verificase de acuerdo con los artículos 602 y 603 del Código Penal (Cuerpo de Bomberos de Guayaquil 1893, 36).

Con respecto a la vida de los ciudadanos, también había reglamentos. Sobre todo, para quienes habitaban cerca de donde ocurriese un incendio. Estas disposiciones obligaban a los habitantes a tener un papel pasivo o activo durante el siniestro. Esta decisión dependía del Cuerpo de Bomberos. Con estas medidas se pretendía tener a toda la población movilizadada para contener algún flagelo futuro:

Art. 120. Mientras duren los trabajos en un incendio, los espectadores permanecerán en orden y silencio; y dejarán enteramente despejado el lugar donde maniobren los bomberos. El Jefe y más oficiales del cuerpo, harán arrestar por la policía, á todo el que dé una orden que no sea de su incumbencia.

Art. 121. Todos están obligados á prestar sus servicios en un incendio, cuando les sea indicado por el Jefe y oficiales del cuerpo, ó por la policía; el que se resista sin causa justificada ó para prestar sus auxilios impusiere condiciones ó exigiere remuneración, ó de palabra ú obra, impidiese ó tratase de impedir que una ó más personas presten dichos auxilios, será arrestado inmediatamente y sufrirá la pena de uno á cuatro sures de multa ó prisión de conformidad con los artículos 595 y 597 del Código Penal (Cuerpo de Bomberos de Guayaquil 1893, 36).

Estas disposiciones también prohibían la venta de licor y controlaban la movilización de los habitantes:

Art. 127. Durante un incendio, nadie absolutamente podrá salir de la ciudad, ni vender licores en el barrio en que tenga lugar el siniestro, debiendo los contraventores ser castigados de conformidad con las disposiciones del Reglamento de Policía ó de la Gobernación de la Provincia (Cuerpo de Bomberos de Guayaquil 1893, 37).

Poco tiempo después de la colocación del primer acueducto en 1892, se evidenció la insuficiencia del sistema. La ciudad solo podía abastecerse de agua en un horario limitado. Era necesario ampliar la capacidad de captación y reserva. Por otra parte, alguna interrupción en el único acueducto por cualquier motivo, dejaría a la ciudad sin el líquido vital. Por ello, también era menester una vía alterna, que supla cualquier interrupción que ocurra en el primer acueducto. Los poderes locales políticos y bancarios centraron sus esfuerzos y esperanzas en concretar “la adquisición y colocación de la nueva tubería subfluvial que asegurará el éxito definitivo de la obra del Agua Potable” (Municipalidad de Guayaquil 1896, 111).

Para construir la nueva vía, en mayo de 1896, el Municipio gestionó un préstamo con el Banco Comercial y Agrícola por 80 000 sucres. La primera cláusula contempla: “El Banco comercial y Agrícola concede en préstamo á la Ilustre Municipalidad Cantonal de Guayaquil, hasta la suma de ochenta mil sucres, al ocho por ciento de interés anual, con dos años de plazo para la nueva cañería subfluvial, que requiere el buen servicio de provisión de agua potable” (Municipalidad de Guayaquil 1896, 102).

No se sabe con exactitud cuántos pozos había en la ciudad al momento de la catástrofe. Las fuentes difieren, según el Cuerpo de Bomberos había 88 pozos. En el plano levantado por Wolf (mapa 2.2) constan 77 pozos. Uno de los artículos del Reglamento de 1893 expresa que el Cuerpo de Bomberos tenía uso exclusivo del agua de algunos pozos: “Art. 125. Es enteramente prohibido, sacar agua de los pozos del cuerpo, por pequeña que sea la cantidad, y arrojar en ellos basuras é inmundicias. El que infringiere esta disposición sufrirá la multa de cuatro sucres” (Cuerpo de Bomberos de Guayaquil 1893, 36). Sin embargo, del total de pozos de toda la ciudad, tampoco se sabe cuántos eran de uso del Cuerpo.

De acuerdo con las fuentes, no se percibe a todos los habitantes de la ciudad como heroicos, desinteresados y valientes. Más bien algunos reglamentos dan cuenta de la negligencia de los habitantes. Algunos propietarios de negocios trabajaban con fuego y se resistían a acatar las disposiciones. A quienes había que disciplinar con multas y penas de cárcel. Esto con el afán de regular el uso del fuego y minimizar el riesgo de

incendio. De la misma manera, los habitantes en general estaban obligados a luchar contra el fuego. Caso contrario, eran sujetos a recibir castigo por parte de las autoridades.

4.2. En medio de la catástrofe: cuando las ordenanzas son presa del fuego

Las ordenanzas expresaban claramente que los habitantes debían permanecer dentro de la ciudad en caso de incendio general. La intención de las autoridades fue que toda la población ofreciera una respuesta coordinada ante el fuego. Sin embargo, al momento de la catástrofe (figura 4.1) las actitudes fueron muy dispares. Algunas personas sacaban sus pertenencias a la calle o a las plazas. Creyeron que de esa forma sus pertenencias permanecerían a buen recaudo.

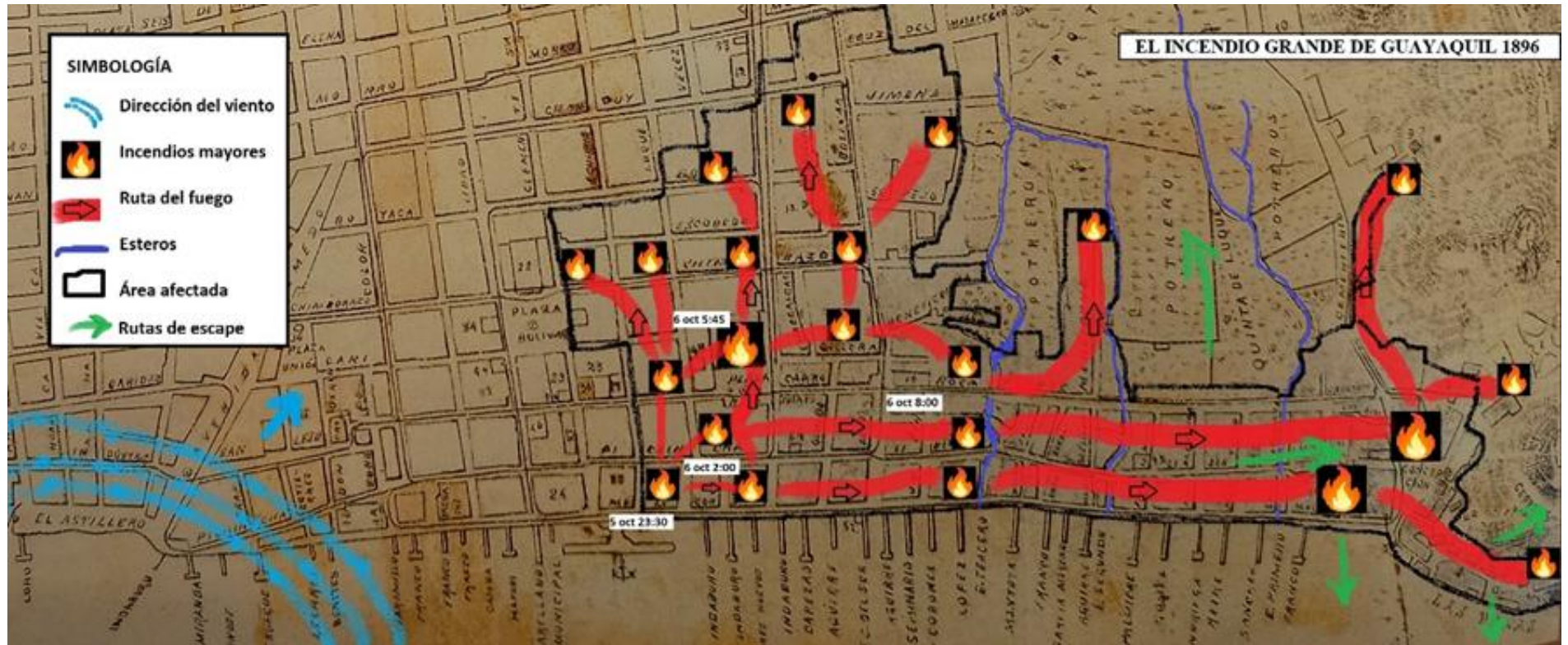
Al contrario de lo que se esperaba, los bienes muebles de madera en plena calle provocaron un efecto de puente para las llamas. De esta forma, el fuego en algunas ocasiones pasó de una cuadra a otra. Tal como ocurrió en el Gran Incendio de Londres, cuando en los alrededores de la catedral de San Pablo, los londinenses apilaban cosas creyendo que así se salvarían de las llamas.

En Guayaquil, las plazas de Rocafuerte y de La Concepción se convirtieron en verdaderos depósitos de combustible por la cantidad de cosas apiladas. Sobre la plaza Rocafuerte, en pleno centro de la urbe, Campos afirma:

Allí se reunieron las tres bocas de fuego que venían por las tres primeras calles y produjeron un torbellino imponderable, que calcinaba hasta las piedras de la plaza y parecía cebarse con furor inaudito en los inmensos rimeros de mercaderías, muebles y objetos de valor que habían aglomerados allí procedentes de las casas y almacenes incendiados (Campos 1896, 11). Las únicas estructuras que se mantuvieron en pie en la plaza fueron la estatua de Vicente Rocafuerte y la fuente de agua (foto 4.1). Después del paso de las llamas, la base de granito de la escultura de bronce quedó inestable. Posteriormente, se la apuntaló con cañas para evitar su colapso.

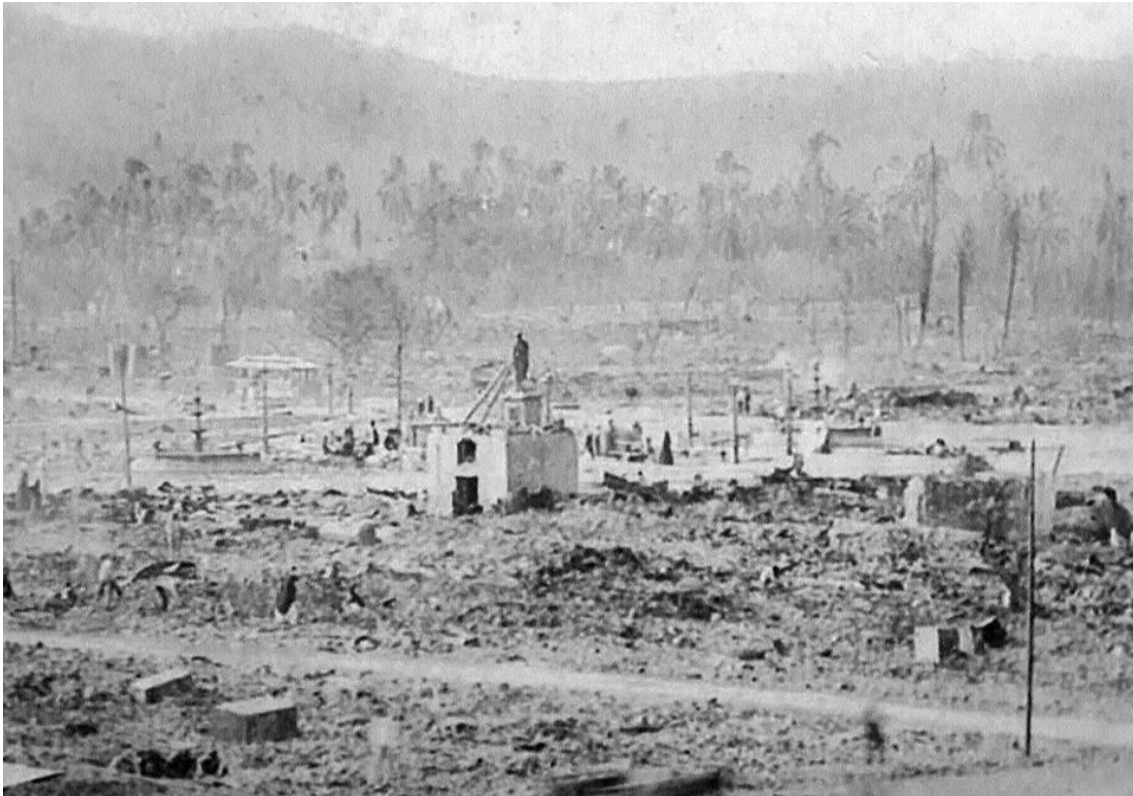
Sobre la plaza de La Concepción, al norte de la ciudad, Campos añade: “En este punto volvió el fuego á tomar proporciones inmensas, debido al enorme rimero de trastes que habían aglomerado en la plaza y al incendio de la iglesia de La Concepción” (Campos 1986, 22).

Figura 4.1. Avance del fuego durante el Incendio Grande de 1896



Fuente: elaboración propia en base al testimonio de Francisco Campos Coello (1896) sobre un fragmento del plano del diario “El Grito del Pueblo” (1896).

Foto 4.1. Detalle de la plaza de Rocafuerte, a la izquierda la fuente y en el centro la estatua



Fuente: Colección Melvin Hoyos (2022).

El aviso por parte de las iglesias fue inconfundible. Algunos campanarios tocaron incluso hasta el mismo final de las iglesias. Sobre el templo de la Merced, Campos menciona: “Las campanas de la iglesia, cual voz clamorosa que demandara auxilio en la agonía, hicieron oír su lúgubre tañido hasta el momento mismo en que los broncec cayeron caldeados por el fuego” (Campos 1896, 20). A pesar del aviso y del lento avance del fuego, muchos ciudadanos perecieron. El diario “El Grito del Pueblo” presenta detalles estremecedores de algunos de ellos:

El día 7 por la mañana, á la hora en que el que esto escribe bajaba del Hospital Militar, vio y lo vieron todos, el cadáver de un negro, carbonizado por el fuego, que yacía abandonado en el suelo con la cara ya desfigurada.

Entre los escombros de una de las casas contiguas á la bajada del Hospital Militar, había, según informes que nos comunicaron en el lugar, los cadáveres de dos mujeres quemadas.

En el callejón de “Mendiburu” dentro de una botija con agua se han encontrado los restos reducidos ya á puro huesos, de una persona carbonizada.

En la calle de “Boyacá”, cerca donde estuvo el cuartel de la Artillería, se ha hallado el tronco carbonizado de una mujer, sin brazos ni pernas (“Eco de la catástrofe”. El Grito del Pueblo, 9 de octubre de 1896, 2).

Resulta improbable que estas personas desconociesen lo que estaba ocurriendo. Hasta que el fuego alcance estos sitios, debieron pasar mínimo dos horas desde iniciado el incendio dependiendo del lugar exacto donde se encontraban. El incendio inició en la cuadra comprendida entre las calles Malecón, Pichincha, Aguirre y Luque. Desde este punto: hacia el Hospital Militar son aproximadamente diecisiete cuadras y tres esteros; hacia el callejón Mendiburu son ocho cuadras y un estero; y hacia la calle Boyacá son cinco cuadras. Por tanto, estas muertes resultan inexplicables y plantean más interrogantes: ¿Fueron sorprendidas por el fuego mientras dormían? ¿No salieron de sus domicilios para evitar los saqueos? ¿Padecían de algún impedimento de movilidad por vejez, movilidad reducida, etc.? Una razón que podría explicar, aunque no del todo, era la disposición del cabildo de no abandonar la ciudad en caso de incendio general. Es probable que algunos, por obedecer esta orden, murieran.

Una razón por la que algunos se expusieron al peligro e incluso perdieron la vida fue el rescate de posesiones materiales:

Pero fatalmente el fuego hizo presa en la ropa que había en la lancha, tomando cada vez mayor incremento.

Una criada del señor Jácome se arrojó al agua, pero se salvó asiéndose de una canoa de montaña. Una de las madres se echó asimismo al agua para librarse de las llamas que ya casi la envolvían, encontrando la muerte en el río.

Según informes de los que presenciaron esta desgracia, cinco personas perecieron quemadas en la lancha y se carbonizaron.

Santos Cortés se quemó las manos y la cara en momentos en que se hallaba ocupado en salvar los muebles del señor Tesorero Pedro J. Córdova (“Eco de la catástrofe”. El Grito del Pueblo, 9 de octubre de 1896, 2).

En estos casos, la gran mayoría, simplemente ignoró la ordenanza. Hicieron lo que les pareció conveniente con distintos resultados. Cuando la ciudad quedó dividida en dos por el fuego, algunos huyeron hacia los potreros que rodeaban el Barrio del Bajo (foto 4.2): “Otra mujer, durante el incendio, cayó de su casa recibiendo graves lesiones. La trasladaron varios italianos al potrero, donde ha fallecido” (“Eco de la catástrofe”. El Grito del Pueblo, 9 de octubre de 1896, 2). Muchos huyeron hacia los cerros hasta llegar

a la Atarazana en el límite norte. Otros decidieron evacuar por el río. Presas del pánico generalizado, algunos de ellos perecieron en la precipitada huida. Sobre el escape a través del río Guayas, Campos detalla:

Lanchas, botes y canoas se llenaban al instante de personas; pero apenas repuestas de la zozobra en que el fuego las pusiera, echaban de ver que las embarcaciones eran juguetes de las olas, y que á cada momento se abría un abismo amenazante, los rostros volvían á palidecer, en presencia del nuevo peligro y varias veces en espacio cortísimo de tiempo, viéronse volcar súbitamente varias canoas y botes de los que luchaban con la marejada.

Imposible era prestar socorro á los náufragos en aquellos momentos de mortal ansiedad y de general tribulación.

La verdad es que muchas personas hallaron su tumba en el río, pereciendo después de la más espantosa y cruel agonía (Campos 1896, 25).

No faltaron las agresiones entre los mismos habitantes. Incluso se observaron actos de violencia e insubordinación de parte de quienes debían proteger a los ciudadanos.

Una mujer cuyo nombre no hemos podido averiguar, fue herida en la oreja y parietal izquierdo con un machete por un soldado del batallón “Esmeraldas”.

El señor Comandante señor don Jorge Chamber Vivero, disparó dos tiros de revólver contra un bombero dejándolo muerto, para librarse de la agresión de que iba á ser víctima de parte del último (“Eco de la catástrofe”. El Grito del Pueblo, 9 de octubre de 1896, 2).

Fueron contadas las anécdotas en el que los pobladores actuaron de forma coordinada o sin dejarse llevar por la desesperación. Un ejemplo de ello fueron los miembros de la brigada de artillería. A pesar de los obstáculos en las calles, los artilleros lograron evacuar la mayor parte del material bélico. De lo contrario, la desgracia hubiese sido mayor:

Los artilleros se ocupaban activamente en la extracción del parque para evitar la formidable explosión que hubiera tenido lugar al incendiarse el cuartel.

Más de cuarenta carretas se arrastraban penosamente entre la aterrada multitud y los rimeros de muebles que atestaban las calles, conduciendo armas y municiones de la Artillería.

Cuando el fuego llegó a este edificio se había sacado ya una gran cantidad de explosivos (Campos 1896, 15).

Foto 4.2. Norte de la ciudad después del incendio. A la derecha, los muros de piedra de la iglesia de Santo Domingo. Detrás, la vegetación de los potreros.



Fuente: Estudio fotográfico Nadar (1896). Centro Cultural Biblioteca Ecuatoriana Aurelio Espinosa Pólit.

Es indudable que, en el momento en que se desató la desgracia, las ordenanzas fueron letra muerta. Las acciones coordinadas fueron contadas. La mayoría se dejó llevar por lo que creía conveniente. Desde preocuparse por los objetos materiales hasta escapar de forma insegura.

4.3. Calles, urbanismo y renovación urbana

Fue evidente que el fuego se propagó velozmente debido a la estrechez de las calles. También a otros factores que revisaremos a continuación. La cercanía de unas casas con otras permitió la transmisión inmediata del calor. En su crónica, Campos menciona como una manzana se salvó de llamas por la anchura de la calle adyacente:

Contigua á la manzana en donde el fuego tuvo origen, estaba el Palacio de Gobierno, en el que iba á reunirse pocos días después la Convención Nacional, pero, como aquel edificio estaba separado hacia el Sur, por la anchura de la calle de “Aguirre” y el incendio no avanzó un palmo en ese sentido, se salvaron las oficinas públicas; en tanto que la hoguera se lanzaba hacia el Norte y al Oeste con rapidez vertiginosa (Campos 1896, 9).

A pesar de estar ubicado en un sitio cercano donde inició el fuego, el Palacio de Gobierno se salvó de las llamas. Sucedió todo lo contrario en sectores donde las casas estaban separadas por calles estrechas. Sobre esta situación, el cronista relata:

A las dos de la mañana saltaba el fuego sobre la calle de “Illingworth” que está paralela á la de “Aguirre” y termina en el “Malecón”, arrojando un torrente de chispas que fueron alojadas por los miradores de la casa de Norverto Osa y Ca. y los del club de la “Unión”. La conflagración fue instantánea en esas construcciones tan altas y de madera resinosa. (Campos 1896, 10).

Campos ofrece otro caso, ocurrido en el centro de la ciudad: “Allí estaban el “Hotel Europa”, la Tipografía Pedro Carbo, la magnífica “Fotografía Alemana”, la “Pastelería Italiana” y otros establecimientos de importancia. Una lluvia de fuego caía sobre los edificios de esta manzana y pronto fueron invadidos todos por las llamas” (Campos 1896, 11). Finalmente, otro ejemplo en el norte de la urbe:

Había en el principio de la calle del “Malecón” dos grandes, importantes y valiosos edificios: la Aduana y el Colegio de los “Sagrados Corazones”. Ambos estaban separados por una estrecha bocacalle y ocupaban cada uno una cuadra cuadrada de superficie. El incendio de estos grandes edificios produjo una conflagración espantosa, aumentada por la gran cantidad de efectos que había en los depósitos de Aduana (Campos 1896, 21).

En los primeros casos, “un torrente de chispas” o “una lluvia de fuego” cercanos bastaron para que estas edificaciones sean presa de las llamas por completo.

En la parte norte de la ciudad, los esteros que atravesaban el antiguo Barrio del Bajo tampoco fueron obstáculo para el avance del fuego. En un principio, la población creyó que esta parte de la ciudad era segura: “La extensión amenazada desde la calle de ‘Bolívar’ hacia arriba, por las tres vías longitudinales enunciadas, está cortada por tres esteros, de regular anchura, y á la sazón bastante crecidos, que podían ofrecer otros tantos obstáculos á los avances del fuego” (Campos 1896, 20). Lamentablemente, esta previsión resultó equivocada: “Cuando la hoguera invadió el segundo estero y siguió su curso devastador, el pánico se apoderó de los habitantes que iban yendo en retirada hacia el cerro” (Campos 1896, 21).

Cuestión aparte es como el tipo de construcción de las edificaciones fue un factor determinante. En la mayoría de los casos, la ciudad de madera y caña fue pasto fácil de las llamas. En menor cantidad, también existieron ejemplos como el de los edificios de

los alrededores de la Plaza Bolívar. Su tipo de construcción evitó que se afectaran en gran medida: “Hubo un momento en que las llamas azotaban las paredes del Colegio Seminario, pero al ser éstas de adobe impidió la combustión inmediata y dio largo tiempo para defenderlo” (Campos 1896, 17). El ancho de la calle Aguirre y el tipo de construcción de algunos edificios permitieron que el fuego no se desplazara hacia el sur. A pesar de que cerca de allí tuvo su origen el fuego, solo afectó a tres manzanas de la parroquia (mapa 2.6). Un último factor importante de tomar en consideración es el viento. Según Campos, la brisa corría de sur a norte, sin duda esto facilitó que las llamas se desplazaran hacia ese sentido.

Independientemente del tipo de construcción, no cabe duda de que el trazado urbano de la ciudad también había contribuido a propagar el fuego. Cuadras de forma asimétrica, bordeadas por callejones estrechos e irregulares habían allanado el camino para la catástrofe. En el antiguo Barrio del Bajo, donde parecía que el fuego iba a menguar, más bien se extendió. Al contrario, edificios construidos completamente en madera se salvaron por el ancho de calles como Aguirre, Boyacá, Chanduy, etc. Una reforma urbanística post-incendio tendría que aumentar el ancho de las calles. Al mismo tiempo, redefinir su trazado, no solo para evitar la propagación del fuego, sino para mejorar la circulación de las personas, bombas contra-incendio, etc.

Estos aspectos se consideraron en las reuniones del cabildo posteriores al incendio. Se determinó que se debe “emprender lo antes posible en la formación de un nuevo plano de la parte incendiada de la ciudad de Guayaquil que corrija los defectos del anterior y la ponga al cubierto de un nuevo desastre” (Estrada 2007, 451). Florencio Compte también añade que “el cabildo aprobó la Ordenanza de rectificación del plano de la ciudad y fábrica de los nuevos edificios que establecía el trazado de nuevas calles “rectas y amplias”, de veinte metros de ancho y la desaparición de los callejones a fin de evitar la propagación del fuego” (Compte 2017, 157).

Posterior a la catástrofe, no faltaron los planes para la reconstrucción de la ciudad. Se presentaron cuatro proyectos. Se escogió como ganador el presentado por Gastón Thoret Jäger²² (mapa 2.7.). Según Compte, citando las actas del cabildo porteño:

²² Antes de arribar al Ecuador, Thoret estuvo en Panamá. Trabajó en la Compañía encargada de la construcción del canal del istmo.

En el informe presentado por la comisión se indicaba que la decisión se había tomado debido a que la propuesta de Thoret era de mayor conformidad "...con la facilidad de poderle llevar a cabo tanto por la corrección y delineación de las calles, como por el costo relativamente pequeño de expropiaciones; puesto que por el sistema de compensación se salvan los más notables inconvenientes", así, se desecharon las propuestas de Lizardo Reyes y de J. A. Cucalón por incompletos, así como la del ingeniero italiano Américo Cassara porque requería "... extensas expropiaciones, y por consiguiente tiene el inconveniente insuperable de su excesivo costo" (Compte 2017, 158).

La rectificación de las calles demandaba expropiar algunas propiedades particulares, lo cual requería dinero para las consiguientes compensaciones. Un mes después del incendio, la Asamblea Nacional redactó un decreto legislativo para recaudar los fondos necesarios para el efecto. Para financiar el costo de las expropiaciones se gravaron con impuestos a una variedad de transacciones: estanco de naipes, importación de fósforos, artículos de exportación con excepción de la tagua y terrenos (Municipalidad de Guayaquil 1897, 15).

Adicionalmente, la Asamblea decide traspasar a la Municipalidad las calles del área afectada. La finalidad es obtener más recursos para el proyecto de ensanche de estas: "Art. 1°. - Cédese á la Municipalidad de Guayaquil la propiedad de las calles comprendidas en la zona incendiada, para que pueda compensar con ellas, los predios de propiedad particular que fuere necesario expropiar para el ensanche y rectificación de las nuevas calles" (Municipalidad de Guayaquil 1897, 15).

La Asamblea también autoriza al presidente Eloy Alfaro el uso de terrenos particulares incendiados para la reconstrucción de algunos edificios públicos destruidos:

Art. 8°. - Autorízase al Poder Ejecutivo para que, de conformidad con la ley, expropie los solares de propiedad particular que hubiese en el área comprendida de Sur á Norte y de Este á Oeste, desde el tercer estero de la antigua ciudad, hasta las plazas de la Concepción y Santo Domingo, y desde el malecón hasta a calle de Rocafuerte, con el fin de que se redifiquen convenientemente los almacenes de Aduana, el Cuartel y los demás edificios fiscales destruidos (Municipalidad de Guayaquil 1896, 16).

En base a esta disposición, Thoret ya había proyectado reconstruir y ampliar la aduana en los terrenos de las antiguas quintas (mapa 2.7). No obstante, a pesar de contar con este poder, el ejecutivo procuró no afectar las propiedades privadas víctimas del

desastre. Por ejemplo, se procedió a reconstruir la Aduana en el mismo lugar que ocupaba antes del incendio.

Para planificar la reconstrucción, en noviembre de 1896, las autoridades de la ciudad aprueban el plano presentado por Gastón Thoret (mapa 2.7), no sin antes realizar algunas objeciones a su plan original. Por una parte, la propuesta urbanística del ingeniero francés varió según el sector afectado. En el área de la Ciudad Nueva, conservó el tablero de damero. En el sector del Barrio del Bajo, decidió acabar con las calles irregulares y estrechas. Finalmente, en el sector de las antiguas quintas, extendió las líneas proyectadas desde Ciudad Nueva y el reformado barrio de los puentes. Por otro lado, en todos los sectores afectados, Thoret proyectó redefinir, abrir o cerrar calles. Era un paso necesario para llevar a cabo su proyecto. Con respecto al ancho, mantuvo la medida original o amplió las calles. De esta forma, categorizó las calles en las de tipo ancho y tipo angosto (figura 4.3).

En líneas generales, el plan de Thoret consistió en uniformar toda la ciudad. El factor unificador fue un trazado regular de calles. Antes del Incendio Grande, había tres sectores muy diferenciados: Ciudad Vieja, Barrio del Bajo y Ciudad Nueva. Cada uno de ellos con trazados urbanos incompatibles. El fuego logra borrar los dos primeros sectores y parte del tercero (Figura 4.1), lo que permite un rediseño casi completo e interconectado en su totalidad. El plan Thoret tiene gran similitud con el plan de reconstrucción presentado por Robert Hooke's (mapa 1.2) posterior al Gran Incendio de Londres. Ambos, Thoret y Hooke's buscan la economía y la funcionalidad. A pesar de los cambios proyectados, Thoret procuró afectar lo menos posible las propiedades privadas. El ingeniero menciona acerca de su proyecto: "Resulta pues, que la mayor parte de los solares no sufrirán más que un pequeño aumento o disminución; unos pocos cambiarán de sitio, pero guardan su misma orientación" (Thoret, 1896).

Las autoridades locales apresuran los planes de reconstrucción. En diciembre de 1896, la Ilustre Municipalidad de Guayaquil contrata al ingeniero Thoret para la delineación de la ciudad post-incendio. Para enero del año siguiente, en menos de un mes, la nueva delineación debía estar terminada. Entre las condiciones del contrato están las siguientes:

Primera---El Señor Thoret se obliga á hacer la delineación material de las calles y manzanas de toda la zona destruída de la ciudad por el incendio del cinco y seis de Octubre próximo pasado, colocando las estaquillas respectivas. =Segunda. - Dicha

delineación se sujetará al plano levantado por el mismo Señor Thoret y á las indicaciones que haga la Comisión de Ornato y Fábricas ó el Concejo Municipal (Municipalidad de Guayaquil 1897, 114).

La prensa estuvo a la expectativa de los planes proyectados. En enero de 1897, el diario “El Grito del Pueblo” publicó en primera plana el plano de Thoret (figura 4.2). Al mismo tiempo que defendía la decisión del cabildo en su elección. Sobre el ingeniero francés el diario expresaba:

El arte con que el hábil dibujo del Sr. Thoret ha logrado realzar la situación de la antigua ciudad, con sus callejones, encrucijadas y calles estrechas y tortuosas, al lado del nuevo plano, dispuestas de modo que la reforma sea económica, por el sistema de compensaciones y con el menor gravamen posible para el Municipio, que está en el deber de pagar de contado las expropiaciones forzadas, por causa de utilidad pública; hacer palpar el acierto con que el Municipio supo elegir, con el sistema de concurso de planos, provocado con no menos acierto y previsión, él llena por completo las aspiraciones del vecindario de Guayaquil (“El plano Thoret”. *El Grito del Pueblo*, 16 de enero de 1897).

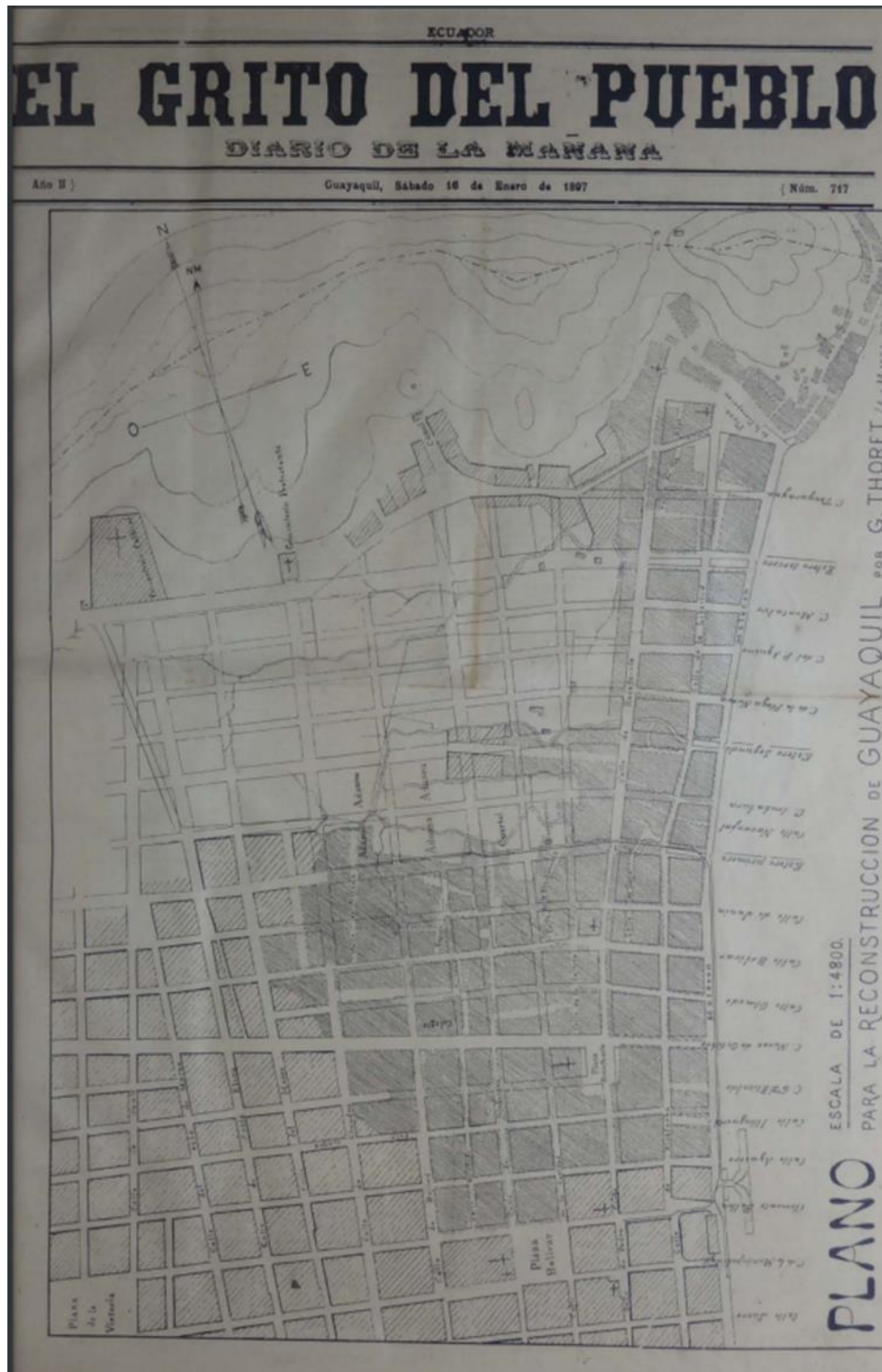
En la misma edición, el diario publicó el nuevo esquema de las calles a reconstruir según Thoret (figura 4.3). Determinaba, según el tipo de calle, las medidas de la calzada, el parterre central, la vegetación, la acera y los soportales. También representaba las normas a seguir para la altura de las casas. De la misma manera, la altura de la casa dependía del tipo de calle en la que se encontraba (figura 4.3). Todos debían reconstruir sus casas en base a estas normas. Por esa razón, se difundieron estos reglamentos de forma gráfica en los medios de prensa.

Con ello se cumplía con lo dispuesto por el cabildo al inicio de la reconstrucción: “los edificios serían sólo de dos pisos y de máximo nueve metros de altura, que no podía utilizarse para su construcción maderas resinosas y que en las paredes colindantes sería obligatorio el uso de cortafuegos” (Compte 2017, 157). Adicionalmente, Thoret también diseñó el sistema de abastecimiento de agua para los bomberos. Como se puede apreciar, el nuevo esquema de reconstrucción proyectado se basó en la prevención de futuros incendios.

Las ordenanzas propuestas en la época colonial se enfocaban más en el uso de los materiales de construcción. En cambio, las ordenanzas posteriores al Incendio Grande

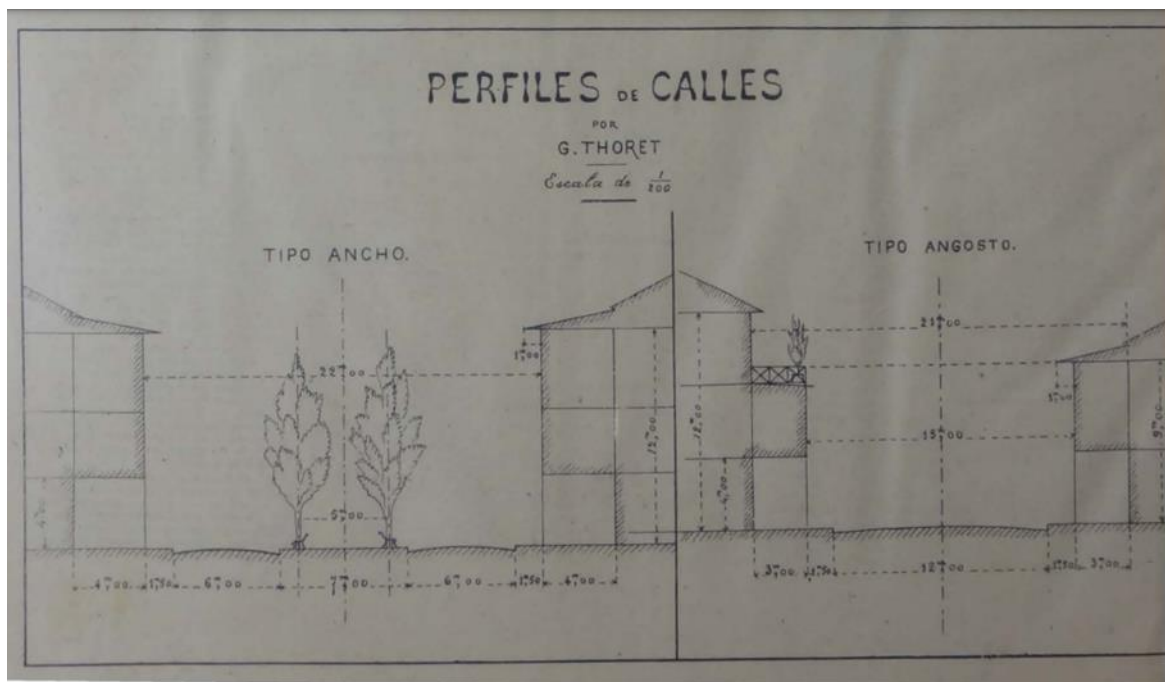
permitían las construcciones en madera. Más bien, se concentraban en las medidas de las casas y trazado de calles.

Figura 4.2. Primera plana del diario “El Grito del Pueblo” con el plan de Thoret



Fuente: Thoret (1897). Plano para la reconstrucción de Guayaquil. Publicado por el diario “El Grito del Pueblo”. Archivo Biblioteca Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión.

Figura 4.3. Imagen del diario “El Grito del Pueblo” con los perfiles de calles diseñados por Thoret



Fuente: Thoret (1897). Publicado por el diario “El Grito del Pueblo”. Archivo Biblioteca Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión.

Tal como detallé en el marco teórico, las obras en el París del Segundo Imperio estaban impulsadas para: primero, embellecer la ciudad; y segundo, controlar los levantamientos de la población (Benjamin, 1972). El París haussmanniano y el Londres victoriano fueron lo que conocieron las clases pudientes guayaquileñas en sus viajes por Europa. Como añade Maiguashca sobre las élites cacaoteras: “Estos grupos gastaron grandes cantidades de sus ingresos en el consumo de bienes de lujo dentro del país y en el envío de remesas a sus familiares en Europa” (Maiguashca 2012, 79).

El cacao había forjado redes de mercado que conectaban a las élites locales con las ciudades europeas. Al mismo tiempo, estas élites estuvieron en contacto con los estilos arquitectónicos extranjeros. La red del cacao no aportó con el dinero necesario para la reconstrucción, pero abrió el modelo cultural en el que se basaron las élites guayaquileñas para la reconstrucción de Guayaquil. También era necesario rehabilitar el puerto para que las exportaciones continúen. Por lo que el contexto del cacao tuvo un ligero impacto económico-artístico post-incendio.

A diferencia de lo que ocurrió en el París de Haussmann, Guayaquil no tuvo que destruir para rediseñar la urbe. Su caso es más parecido al del Gran Incendio de Londres

de 1666. El poder destructivo del fuego fue aprovechado para reformar la ciudad y mejorarla en algunos aspectos. La agenda principal de las autoridades fue evitar que en la ciudad se repita un evento similar. En torno a este plan principal se ejecutaron otras iniciativas. A diferencia de los incendios del pasado, ya no se volvió a reconstruir como antes. Si bien se siguió construyendo en madera, el ancho de las calles fue la clave. También entró el hormigón como nuevo material de construcción. De esta forma se rompió el ciclo ordenanza, resistencia y reconstrucción. Al mismo tiempo que se concretaban estos trabajos también se incluyeron las otras agendas. Estos proyectos de ciudad respondían a distintos grupos de poderes e intereses. Tal como lo mencionan Rojas y Villavicencio:

Las obras públicas de la ciudad responden a dos demandas diferenciadas: la una, que priorizaba el saneamiento de la ciudad (agua potable, canalización, relleno, etc.); y la otra, que exigía el embellecimiento y ornato del puerto con miras a la celebración del centenario de la Independencia (Rojas y Villavicencio 1988, 85).

Después del incendio, la ciudad tenía dos agendas integradas en la reconstrucción. Las élites económicas quisieron aprovechar el contexto post-incendio para implantar en Guayaquil un estilo arquitectónico similar al de París (Compte 2017, 161). Su agenda para la reconstrucción se basaba en la estética, calles anchas, monumentos, etc. Podríamos decir que el poder político estaba mayormente enfocado en los servicios básicos: saneamiento principalmente y reconstrucción de los edificios fiscales. Aunque la obra pública aliviase un poco la tensión social, ambos poderes no tenían ideas de contención popular ni de prevención de movilizaciones como en el París haussmanniano. Al fin y al cabo, parecía no ser necesario, la ciudad estaba atravesando por un período económico próspero. A fines del siglo XIX, la bonanza cacaotera era innegable. “Los productores ecuatorianos, muchos de ellos gente nueva, aprovecharon esta oportunidad y por más de dos décadas fueron los principales exportadores mundiales de la pepa de oro” (Maignashca 2012, 79).

En este contexto, un ambiente de creación de proyectos urbanísticos estéticos se apoderó de la ciudad. La ilustración de Higley y Slater (mapa 2.8), de 1900, da cuenta del ambiente de reconstrucción y renovación del puerto. Mientras la mayoría de los solares assolados por el incendio permanecen vacíos, las casonas de los sectores más pudientes como el malecón y el centro ya se han reconstruido.

En 1905, se concreta uno de los hitos de la obra del agua potable: la planta proveedora de agua. En período económico favorable, las autoridades ya no se enfocaron únicamente en la supervivencia de la urbe: prevenir el fuego y el saneamiento básico. Había ocurrido un salto en las ambiciones urbanísticas. Ahora planificaban la remodelación, el embellecimiento y el ensanche de la ciudad.

Siguiendo el modelo de juntas, en 1912 se crea la “Junta de Embellecimiento de la Ciudad”. El objetivo fue “la conservación, mejora y administración de los paseos, plazas, alamedas, parques y vías públicas en general, existentes o que en adelante se establecieren” (Municipio de Guayaquil, 1912). Este ideal se reforzaría en 1915 con la creación por parte del legislativo de la “Junta Patriótica para la celebración del Centenario del Nueve de Octubre”. Esta junta se encargaría de proponer mejoras urbanas. Las celebraciones por el centenario de la revolución del 9 de octubre de 1820 se habían convertido en un motivo para reafirmar la agenda urbano-estética.

La junta delegó a Luis Carbo y Francisco Manrique la reforma de la ciudad. El proyecto consistió en dar el salto definitivo hacia la ansiada belleza urbana. Abandonar de una vez por todas el Guayaquil colonial y estar a la altura, al menos estéticamente, de las urbes europeas. La proyección no se limitó a ensanchar y rectificar calles como en el plan de Thoret. Si seguimos el plano de Carbo y Manrique (mapa 2.11) la operación era ambiciosa. Se puede distinguir que el plan tuvo algunos ejes de operación: ensanche y creación de espacios urbanos segregados, apertura de espacios públicos y áreas verdes, ampliación y extensión de avenidas; y reurbanización de viejos espacios.

Algunas de esas ideas se visualizan en el plano. La creación de un barrio obrero, en un área de 80 cuadras, en cuyo centro se proyectó la “Plaza del Trabajo”. El Parque Municipal de similar extensión, sería el área verde más grande trazada. La avenida Olmedo se prolongaría hasta converger con la avenida 9 de octubre. Además de estas avenidas, los principales ejes viales serían las avenidas Malecón, Boyacá y Quito. Estas avenidas remataban o atravesaban grandes plazas. La ciudad quedaría enmarcada por medio de una vía perimetral. Esta seguiría el borde formado por el estero Salado y los cerros. También se aprecia la ampliación del malecón y la reurbanización del Barrio de las Peñas, etc.

Podemos establecer la similitud entre el plan de Carbo y Manrique con el de Wren de Londres (mapa 1.1). Es indudable que detrás de estas iniciativas estaban los intereses de

la élite. En el plano observamos algunos como: la aspiración estética parisina de calles y avenidas, el desplazamiento de las clases populares del centro a la periferia y la proyección de plazas con monumentos clásicos dedicados a los héroes de la independencia. El ambicioso plan nunca llegó a ejecutarse. La caída de las exportaciones de cacao provocó una crisis económica que dejó en el olvido todos los planes embellecedores.

En 1909, el Concejo Cantonal de Guayaquil acuerda una nueva nomenclatura para las calles de la ciudad (mapa 2.12). Un modelo numérico similar al de la ciudad de Nueva York. Las vías fueron categorizadas en: avenidas, con orientación norte-sur; y calles, con orientación este-oeste. Hasta antes del incendio de 1896, la única vía con categoría de avenida fue la Olmedo. Su ancho considerable se debió a la existencia del antiguo estero de Saraguro (mapa 2.2). Diez años después de las disposiciones del Concejo Cantonal, los habitantes siguen llamando a las calles como lo hacían antes. A inicios del siglo XXI, se realizaron esfuerzos para que la ciudadanía nombre las calles según la nomenclatura de 1909. Estas iniciativas incluyeron: cambio de rótulos, difusión de planos, etc.²³ A pesar de ello, la resistencia de la población a utilizar los nuevos nombres dura hasta el siglo XXI.

4.4. Agua potable y saneamiento: el fuego como medida de coerción

Las primeras ideas para mejorar el abastecimiento de agua potable datan de 1880. En ese año, la ciudad encarga al ingeniero A. Millet la elaboración de un plano para proyectar la distribución de agua (mapa 2.1). Como observamos en el plano de Millet, el agua potable sale del depósito rumbo a la ciudad. No obstante, este plan de manejo de aguas estuvo incompleto. Los acueductos proyectados no abarcaban la totalidad de la superficie urbana. Tampoco existió un plan para la evacuación de aguas negras. No hay ningún símbolo, información o representación que indique o evidencie dónde evacuarán

²³ En diciembre de 1999, el entonces alcalde León Febres-Cordero aprobó la Ordenanza sobre Nomenclatura Urbana de Guayaquil. En octubre del 2000, Jaime Nebot firmó el contrato para la instalación de letreros con la empresa Emetasa y Asociados, y en diciembre se inició la colocación. El 30 de abril del 2001 se terminó de aplicar el nuevo sistema de identificación de las calles de la urbe, dispuesto por la Municipalidad.

Luego de tres años, la mayoría de los guayaquileños no se adapta a los nombres actuales de las calles y usa las denominaciones antiguas “Nueva nomenclatura de las calles de esta ciudad aún no se usa”. *Diario El Universo*, 11 de febrero de 2004, <https://www.eluniverso.com/2004/02/11/0001/18/C4D3434DD49043C69957F8D5ED3F973E.html/>

estas aguas. Aparte del plano realizado, no se proporciona información detallada de este proyecto.

El proyecto no se llevó a cabo. El agua para apagar los incendios seguía extrayéndose de pozos. Tal como se aprecia en el plano de Wolf, el temor a un incendio de enormes proporciones es grande (mapa 2.2). Lo reflejan los 77 pozos repartidos en las intersecciones de las calles por toda la ciudad. Sin contar con el agua que se extraía directamente del río cuando ocurrían estas desgracias. De la misma manera, lo evidencia la necesidad de mantener localizadas en el plano todas las bombas contra incendio.

Durante más de 20 años, ningún proyecto de manejo de aguas integral fue concretado, a pesar de la favorable situación económica de la ciudad. En 1880, la primera compañía de Agua Potable “fracasó debido al poco apoyo que tuvo por parte de los inversionistas” (Martínez 2019, 41). Entre 1892 y 1893, se lograron algunos avances sobre todo en el tema de la captación del líquido. Estas obras fueron impulsadas por Francisco Campos Coello, presidente del Concejo Cantonal.

El 6 de julio de 1892, se inauguró el reservorio del Cerro del Carmen y al día siguiente se lo llenó con agua de tubería proveniente del río Agua Clara.²⁴ El agua es transportada desde un punto de captación de 88 kilómetros al Este de la ciudad.²⁵ En 1893. La primera red de distribución fue colocada y las primeras 150 casas pudieron gozar del lujo de tener agua potable (Swyngedouw & Bovarnick 1994, 35).

Según el plano de “El Grito del Pueblo”, para 1896 la ciudad contaba con 3800 casas (mapa 2.6). Por ello, una mínima cantidad de domicilios contaba con agua por tubería. A pesar del esfuerzo de canalizar agua desde una vertiente de la cordillera, los trabajos de Campos resultaron insuficientes para la cantidad de habitantes. Sin embargo, sentó la base para la captación del agua hasta los reservorios. Solo faltaba ampliar su distribución.

Meses antes del Incendio Grande de 1896, las falencias en la red de distribución obligaron que el agua sea entregada de todas las formas posibles. Esta situación es recogida por el “Reglamento del agua potable” del Concejo Cantonal de Guayaquil: “Art. 1. ° - El agua que se reciba en los aljibes del Santa Ana, será entregada al consumo

²⁴ Agua Clara es una vertiente de la cordillera andina cercana a la localidad de Bucay.

²⁵ El agua debía captarse desde el punto de Agua Clara porque era considerada pura. Las aguas del río Guayas son inutilizables por su condición de ría. Por otro lado, las aguas del río Daule se consideraban muy contaminadas.

público en las pilas, puestos de agua y guía a domicilio” (1897). También existían limitaciones en el horario de servicio. El artículo 2 del reglamento del agua menciona: “El servicio público se hará desde las 6 a.m. hasta la 1 p.m.; pero en caso de incendio o cuando haya sobrante de agua, se hará también por la noche” (1897). Por lo antes mencionado, las horas de servicio estaban subordinadas a la cantidad de agua existente en los reservorios.

Los campanarios de las iglesias daban el aviso a todos los sectores de la ciudad en caso de incendio. Francisco Campos, sobre el tañido de campanas por el fuego menciona: “al escuchar este toque, no hay hijo de Guayaquil que no salte de su lecho y corra a darse cuenta de la magnitud el peligro” (Campos 1896, 8). Por lo cual, la ciudad tuvo menor capacidad de reacción ante un incendio durante la noche. Primero, se debía dar aviso a la iglesia más cercana y acto seguido reconectar el servicio de agua. A esto debemos sumar el hecho de que una mínima parte de la ciudad recibía agua por tubería. Por tal motivo, las bombas contra incendio continuaban abasteciéndose con el agua de los pozos.

Campos narra cómo las antiguas formas de acabar con el fuego se estaban volviendo obsoletas e inútiles ante la magnitud del Incendio Grande de 1896:

En estos momentos se agotaba el agua del pozo en donde funcionaba la bomba “Salamandra”, y vino en su auxilio el vapor fluvial “Bolívar”, situándose en el muelle vecino y proveyendo con su *donkey*²⁶ el depósito agotado. La acción combinada de la bomba y el vapor hubo de cesar, desgraciadamente, porque el fuego llegó a donde estaba la primera y la obligó a retroceder, como a todas las demás (Campos 1896, 11).

El uso de pozos obligaba a las máquinas contra incendio a quedarse en un mismo sitio por largo tiempo. Debían luchar atados a un punto para aprovechar al máximo el agua de los pozos. Esta condición les restó capacidad de maniobra y movilización ante cualquier avance imprevisto o sorpresivo del fuego. Situación que permitió que la velocidad del fuego las rodeara y consumiera. Campos relata cómo caía una bomba tras otra presa de las llamas durante el incendio de 1896:

Cuando llegó a su mayor altura la columna de fuego y ensanchó su base a tal extremo que fue barriendo toda la parte inmediata del “Malecón”, hasta envolver en su torbellino las bombas “Intrépida” y “Aspiazú”, dejándolas inutilizadas, sin que pudieran evitarlo el

²⁶ También conocido como burro de vapor, es un motor de vapor utilizado para remolcar grandes pesos.

primer Jefe del Cuerpo de Bomberos que con un Comandante y varios particulares, había acudido oportunamente en defensa de las máquinas.

Suerte igual había cabido momentos antes a la bomba “Unión”, en la calle de “Rocafuerte”, y poco después las llamas inutilizaban también las máquinas “Independencia”, “Guayas” y “Sucre”, en la plaza de la Concepción (Campos 1896, 22).

El sistema de bombas contra incendio que funcionaban con el agua de los pozos y el abastecimiento auxiliar por parte del agua del río habían fracasado contra el Incendio Grande.

Para el Cuerpo de Bomberos, una planta proveedora de agua era el anhelo más deseado. Fue a raíz de los incendios de 1896 y 1902 que se planteó seriamente un proyecto de saneamiento integral. El “Plan de Saneamiento de la ciudad de Guayaquil”, impulsado por la Junta de canalización y proveedora de agua creada en 1896 por el gobierno de ese entonces,²⁷ fue el primero que consideró casi todos los ámbitos del manejo del agua. Desde la captación, bombeo y distribución del agua hacia los domicilios hasta la evacuación de aguas lluvias y negras. Para tales propósitos se crearon tres redes de canalización: “sistema de salubridad”,²⁸ “drenaje del subsuelo”²⁹ y “drenaje de aguas lluvias”. Por mandato de la Junta, se encarga al ingeniero Luis Carbo el diseño de todos estos sistemas (mapas 2.10 y 2.11).

Para el efecto, se tomaron en cuenta todos los aspectos urbanos: población de la ciudad, superficie urbanizada, longitud de calles y manzanas habitadas. También se consideraron aspectos naturales como los niveles del terreno, las mareas del río Guayas y del estero Salado. Para la distribución del agua para consumo humano, primero se la almacenaba en aljibes en lo alto de los cerros Santa Ana y del Carmen. Para el ascenso del agua utilizaban bombas. Luego, el agua bajaba por los acueductos hasta los domicilios por efecto de gravedad. Para la evacuación de las aguas negras, se estableció una zona de captación al sur de la ciudad. Las aguas lluvias desfogarían directamente al río Guayas o al estero Salado dependiendo de la pendiente del terreno.

En todas las redes, se estableció un sistema de tuberías con diferentes diámetros. En el caso del agua para consumo humano, grandes acueductos salían de los aljibes de los

²⁷ El general Eloy Alfaro fue presidente de la República del Ecuador en dos períodos de 1895 a 1901 y desde 1906 hasta 1911.

²⁸ Sistema de agua para consumo humano.

²⁹ Sistema de evacuación de aguas negras.

cerros para conectarse con tuberías cada vez más pequeñas hacia los domicilios. En el caso de las aguas lluvias y residuales fue lo contrario. Tuberías más pequeñas desde los domicilios alimentaban a las más grandes. Toda una red a semejanza de un sistema circulatorio.

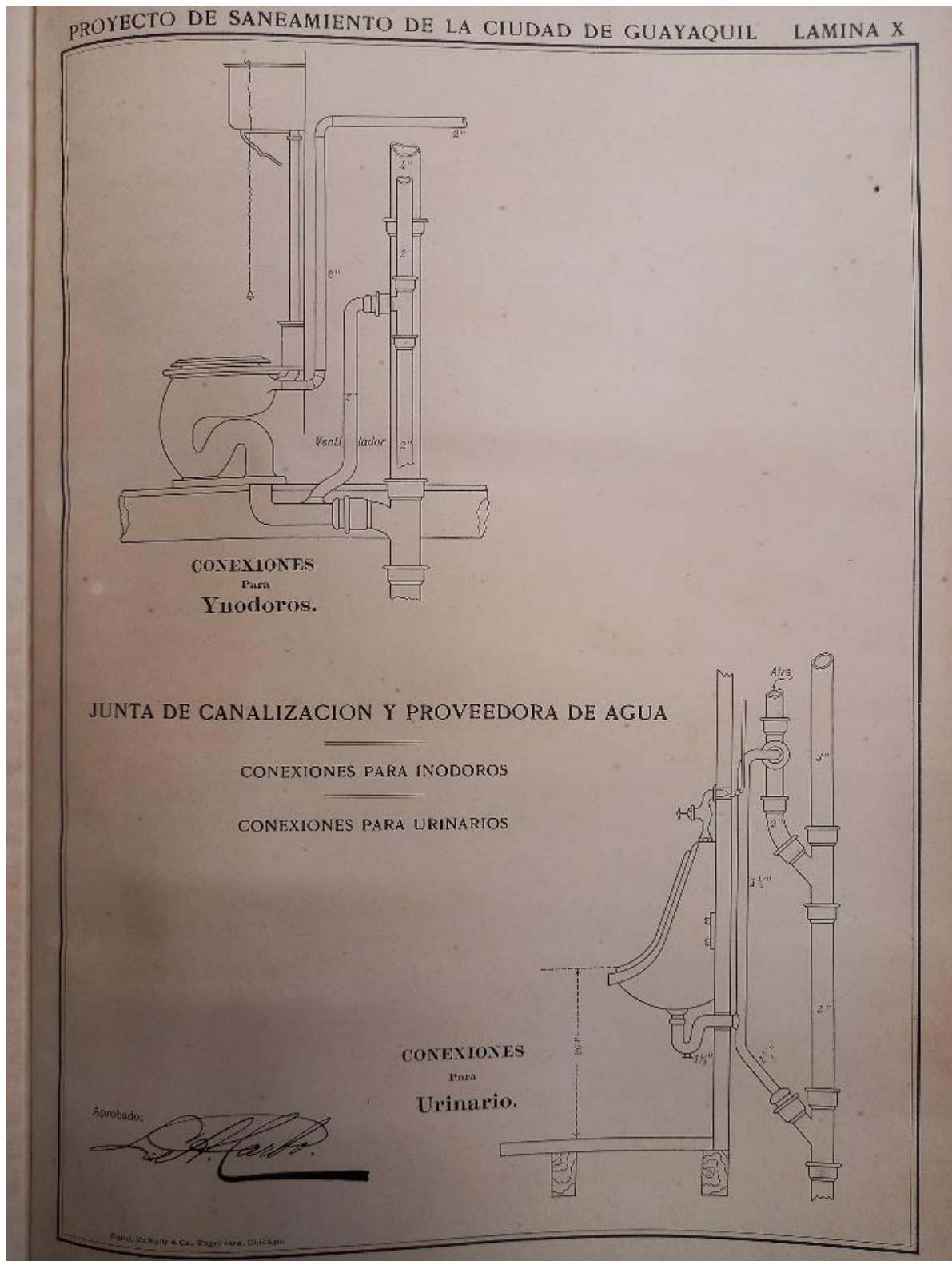
Las reformas planteadas no solo se plasmaron bajo tierra, en el diseño de las tuberías, alcantarillas y sumideros de las calles del exterior. La Junta de canalización también creó una regulación de las conexiones sanitarias al interior de los domicilios. En los planos de Carbo se establecieron normas técnicas para la instalación de urinarios, inodoros, bañeras y lavabos (figura 4.4).

Se enlazan las ideas higienistas de la época con los esfuerzos por parte de las autoridades por solucionar el problema del agua. No solo basta con distribuir el agua potable. También existe la preocupación sobre cómo deshacerse de las aguas servidas. En sus reflexiones sobre el agua, el poder y la ciudad; Swyngedouw y Bovarnick ofrecen una interpretación del pensamiento detrás del proyecto de saneamiento:

El esfuerzo para desodorizar el espacio utópico de la ciudad debe ser vista como un aspecto del esfuerzo arquitectónico para “limpiar” el espacio de la ciudad para la reconstrucción de una capital moderna. Esto puede ser interpretado como la represión de las personas malolientes que unen sus auras separadas para crear una masa maloliente de la comunidad folclórica (Swyngedouw y Bovarnick 1994, 18).

Desde muchos años antes, había la necesidad imperiosa de abastecer de agua potable a una ciudad cuya población crecía continuamente. También, aunque incompletas, existieron las intenciones e ideas para iniciar el proyecto. Podemos afirmar que el motivo principal para la planeación y ejecución del primer proyecto de saneamiento integral en la ciudad fueron los incendios. El antiguo sistema de pozos y bombas de agua repartidos por toda la urbe no fue suficiente para contener al Incendio Grande de 1896. En 1902, el Incendio del Carmen evidenció la necesidad de encontrar alternativas más seguras y eficaces para el abastecimiento de agua. La distribución del líquido por tuberías subterráneas sería la forma de terminar con mayor contundencia con el problema. Caso contrario, la ciudad continuaría su ciclo de autodestrucción y reconstrucción de siglos atrás.

Figura 4.4. Detalle de las conexiones sanitarias intradomiciliarias



Fuente: Carbo (1909) Proyecto de Saneamiento de la Ciudad de Guayaquil.

4.5. El fuego como uno de los ejes de convergencia de los poderes locales y estatales

Ante la falta de atención a grupos vulnerables de la urbe, las élites económicas decidieron administrar hospitales, cementerios, manicomios, etc. Años antes del incendio, la conjunción de poderes económicos y políticos facilitó la creación de la Junta de Beneficencia de Guayaquil:

El Concejo de Guayaquil resolvió en la Ordenanza Municipal la creación de la Junta de Beneficencia de Guayaquil, la misma que fue fundada el 29 de enero de 1888 por un grupo de filántropos liderado por Francisco Campos Coello (en aquel entonces Presidente del Concejo Municipal), al que le preocupaba las condiciones de vida de los habitantes menos favorecidos de Guayaquil (Junta de Beneficencia de Guayaquil, 2012).

Según Patricia de la Torre, la Junta de Beneficencia fue producto de la Revolución Liberal y suplió la presencia del Estado en materia de servicios sociales con “independencia del gobierno central y no así del municipal; el manejo autónomo de sus ingresos, una dinámica económica empresarial, financiera, dirigida por aquel grupo de la burguesía agro exportadora y comercial de ese entonces” (1996, 119). En ese sentido, el presidente Eloy Alfaro admiraba el trabajo de la Junta de Beneficencia de Guayaquil:

“La experiencia adquirida durante largos años en el nuestro, evidencia los buenos resultados de confiar la dirección, conservación y administración de los establecimientos de beneficencias a Juntas que, como la de Guayaquil, sean compuestas de personas honorables sin tomar en cuenta su filiación política” (Alfaro 1901, 20).

El esquema de juntas tenía una mejor gestión que el servicio público del Estado central. Para solucionar el problema del agua, en 1896, Alfaro crea la “Junta de Canalización y Provedora del Agua Potable de Guayaquil”. Siguiendo el mismo esquema, la Asamblea Nacional delegó a una junta de guayaquileños la coordinación de los primeros auxilios posteriores al incendio:

Art. 4º. - El Ejecutivo nombrará una Comisión de Salvación Pública, compuesta de personas residentes en esta ciudad; Comisión que se ocupará en distribuir, entre los menesterosos, los artículos de primera necesidad obtenidos de la beneficencia pública, ó con los fondos que proporcionase el Gobierno (Asamblea Nacional 1896, 10).

También, se dictaron medidas para proteger la economía de los damnificados y la ciudad en general: transporte fluvial gratuito e inmediato, reglamentos para evitar el

alza de precios de artículos de primera necesidad; y provisión de agua gratuita por tres meses.

Otras medidas estaban destinadas a movilizar los recursos del país hacia la reconstrucción de Guayaquil. Para cumplir tal propósito, se dispuso de dineros tanto públicos como privados: “Art. 2°. - Facúltase al Presidente de la República para que atienda, en el día y preferentemente, al alivio de las familias víctimas de la catástrofe, empleando los fondos nacionales que hubiere, ó los que arbitrara mediante negociaciones con los Bancos de esta ciudad”. También se solicitaron recursos de las demás provincias durante dos años. Se exoneró de esta contribución al hinterland guayaquileño más cercano:

Art. 2°. - Todas las Municipalidades de la República, excepto la de Guayaquil, contribuirían por los años de 1897 y 1898, con el diez por ciento de sus rentas: fondo con el que se atenderá al servicio de intereses y á la amortización de la deuda que se contrajera para socorrer á las víctimas del incendio.

Si no fuese suficiente esta contribución, podrá el Ejecutivo cobrar la del uno por mil, por una sola vez, sobre el valor de todos los predios rústicos de la República, excepto los fundos pertenecientes al cantón de Guayaquil (Asamblea Nacional 1896, 9).

Era menester reconstruir el puerto y retomar las actividades comerciales de la ciudad en el menor tiempo posible, puesto que la provincia del Guayas era el mayor generador de la riqueza nacional en aquellos años. Casi nueve millones de sucres ingresaron a las arcas fiscales en el período 1895-1896. De ese monto, un poco más de ocho millones se generaron en la provincia. De los mismos nueve millones, casi cuatro procedían de las aduanas (Informe del Ministro de Hacienda 1896, 6).

Aunque la situación económica de la ciudad era favorable, la hacienda nacional había sido golpeada por la guerra civil de la Revolución Liberal del año anterior. A esta coyuntura se sumaban problemas estructurales. Sobre el Incendio Grande, el ministro de Hacienda Serafín Wither auguraba:

A raíz de la catástrofe del 6 de Octubre próximo pasado, que, con los trastornos consiguientes á los desastres de esa magnitud, ha complicado inmensamente la situación nada holgada del Fisco, el problema de más trascendental importancia y de perentoria resolución que debe ocuparos de preferencia, es el de salvar la Hacienda Pública de las crisis porque atraviesa. Sin recursos, sin sistema ordenado de rentas, sin regularizar la marcha económica de la Administración del Estado, después del sacudimiento

revolucionario, que tiene atrofiadas las fuerzas activas de la Nación, sucumbirían las instituciones arrastradas por la bancarrota que podía sobrevenir” (Informe del Ministro de Hacienda 1896, 3).

El incendio había puesto en riesgo la ya delicada economía nacional. Para incentivar la pronta reconstrucción, también se decretan medidas con respecto a la adquisición de materiales. Por ejemplo, la Asamblea Nacional decreta “Art. 9º. - Durante 4 años no se cobrará derecho alguno de puerto á la madera nacional que se introdujere al astillero de Guayaquil” (Municipalidad de Guayaquil 1896, 16). Las prohibiciones coloniales sobre el tipo de construcción quedaron de lado. A estas alturas era innegable que la ciudad continuaría reconstruyéndose en madera.

Estas medidas tuvieron un efecto positivo en la población. Se percibió la ayuda y la presencia del Estado central en la ciudad post-incendio. El gobierno liberal utilizó herramientas de diversa índole para acercarse a los guayaquileños. Se alineó con los poderes locales para coordinar la ayuda humanitaria. Estableció decretos para proteger económicamente a la ciudad y movilizó recursos nacionales para su reconstrucción.

Posterior al incendio, los trabajos del agua bajo el esquema de juntas continuaron. Al respecto, el presidente Alfaro “declara al proyecto como un trabajo de importancia nacional” (Swyngedouw y Bovarnick 1994, 35).

Alfaro consideraba que el agua era uno de los problemas más graves en la urbe: “La solución del problema higiénico en Guayaquil, está en la abundancia de agua potable; puesto que la cantidad de que actualmente dispone la población, no es suficiente para llenar todas sus necesidades” (Alfaro 1908, 4). Al mismo tiempo era consciente de que la provisión de agua segura ayudaría a resolver otros problemas: “Continúa activamente la obra de saneamiento de nuestro Puerto principal: el Gobierno le ha prestado y prestará todo apoyo; y es de esperar que, dentro de poco, quedarán también extinguidas la fiebre amarilla y la viruela” (Alfaro 1908, 14).

En el escenario de los poderes locales y estatales, el fuego se convirtió en uno de los ejes de convergencia para el trabajo conjunto. Sobre esta catástrofe confluyeron los intereses de las élites locales y el poder estatal. Bajo el esquema de juntas, desde antes del incendio, ambos poderes coincidieron. Ya en el contexto post-incendio, por un lado, los guayaquileños deseaban de reconstruir su ciudad. Por otro, sirvió de oportunidad para que el Estado liberal, se haga presente.

4.6. Cuerpo de Bomberos: el fuego como estímulo para mejoras

El incendio de 1896 sobrepasó la capacidad operativa del Cuerpo de Bomberos de Guayaquil. El trabajo de los bomberos, aunque heroico, consistió en resistir una catástrofe inevitable. Varias máquinas contra incendios sucumbieron por las llamas (foto 4.3). Algunos cuarteles del cuerpo quedaron destruidos. También, el sistema de agua quedó afectado debido a que “numerosos pozos quedaron inutilizados por la ceniza” (Compte 2017, 155).

Se establecieron los medios legales para que el Cuerpo de Bomberos tenga financiamiento y recupere su capacidad operativa. La Asamblea Nacional decreta que el dinero excedente de la indemnización de los expropiados para el ensanche de calles se utilice para equipar a la institución bomberil: “Art. 7°. - Si después de cubiertas las indemnizaciones á que se refiere el art. 2° de este Decreto, quedase un saldo a favor, se invertirá éste en la adquisición de bombas á vapor (foto 4.4) y materiales de trabajo para el Cuerpo Contra Incendios” (Municipalidad de Guayaquil 1896, 15).

Foto 4.3. Máquina Guimbalete “Nueve de Octubre No 11” de 1876, participó en los incendios de 1896 y 1902



Fuente: Museo del Bombero Ecuatoriano “Jefe Félix Luque Plata” 2022.

En el gobierno de Alfaro se adquirieron nuevas máquinas contra incendios. En febrero de 1899, llegó la máquina de tracción animal “Unión” No 3, fabricada por la compañía “Merry Weather & Sons en Londres (foto 4.5). Esta máquina participaría en el Incendio del Carmen de 1902. Lamentablemente, si la ciudad no contaba con una provisión segura y constante de agua, la adquisición de nuevas máquinas no tendría efecto alguno.

Foto 4.4. Máquina a vapor “Nueve de Octubre No 11” de 1899



Fuente: Museo del Bombero Ecuatoriano “Jefe Félix Luque Plata” 2022.

Foto 4.5. Máquina a vapor “Unión No 3” de 1899



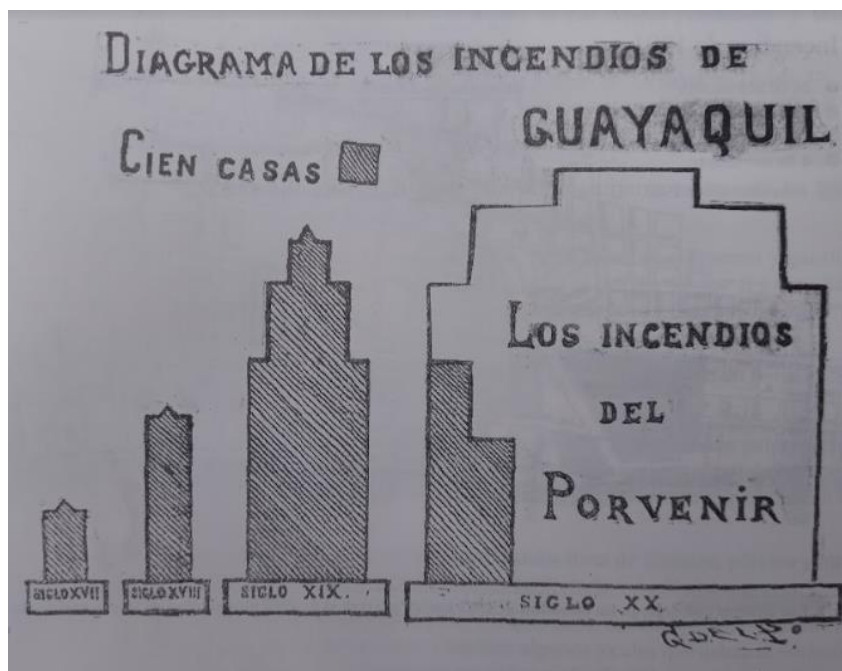
Fuente: Museo del Bombero Ecuatoriano “Jefe Félix Luque Plata” 2022.

En enero de 1905, se inaugura la planta proveedora de agua. Medios de la ciudad cubrieron pormenorizadamente los incidentes del incendio. Las instalaciones de algunos

diarios fueron consumidas por las llamas. El diario “El Grito del Pueblo” publicó gráficamente el impacto del flagelo en la ciudad (mapas 2.5 y 2.6). Incluso una proyección desesperanzadora de los daños de los futuros incendios (figura 4.5). Otros medios salieron de su marco informativo y aportaron con ideas para fortalecer el Cuerpo de Bomberos. Menos de un año después de la catástrofe, diario “El Telégrafo” impulsó la creación de una compañía de bomberos extranjeros. El medio escrito resumía la importancia del cuerpo bomberil para la ciudad con estas palabras: “La institución de los bomberos significa la existencia misma de Guayaquil” (“Compañías de bomberos extranjeros” El Telégrafo, 26 de julio de 1897, 2).

En un contexto en el que uno de cada diez residentes de la ciudad era extranjero (Wolf 1892, 557), el medio escrito continúa: “El concurso de los ciudadanos extranjeros en esta corporación representa un aumento de fuerzas, de recursos, de estímulo y de prestigio, que vendría en hora muy oportuna para esta población tan abatida por el formidable elemento” (“Compañías de bomberos extranjeros” El Telégrafo, 26 de julio de 1897, 2). El diario propone que cada colonia extranjera aporte con dos miembros para la formación de esta compañía.

Figura 4.5. El diario “El Grito del Pueblo” realizó una proyección de incendios desalentadora para el siglo XX. Afortunadamente, esta predicción no se cumplió.



Fuente: Julio Estrada Ycaza (2010).

Conclusiones

Algunas de las afirmaciones teóricas sobre el poder de las ciudades se pueden aplicar al contexto guayaquileño de los grandes incendios. William Cronon observó que “la historia ciudad-campo como una narrativa unificada” (1991). Sobre esto, puedo mencionar que el espacio rural y el medio geográfico aportaron a modelar el contexto de la ciudad: recursos, materiales de construcción de viviendas, etc. Cronon también enfatiza el “poder de las redes”. A esta idea podemos añadir lo afirmado por Juan Maiguashca, quien sobre las redes del cacao resalta “la variedad de enlaces que se desarrollaron entre el centro y la periferia, y dentro la periferia misma” (Maiguashca 2012, 67).

Otro cambio teórico es sobre el “locus del poder”. Simon Gunn afirma que el poder circula en varias estructuras “desde la implementación de arriba a abajo de las políticas a las negociaciones cara a cara entre vecinos” (Gunn, 2013: 102). Si aplicamos esta premisa en Guayaquil, aparecerán otros elementos que poseen el poder aparte de las instituciones tradicionales: el fuego, las redes del cacao, grupos sociales como los esclavos que incendian las casas o ciertos comerciantes que no acatan las normas, etc.

De esta manera, el fuego, el cacao y grupos sociales se convierten en los elementos transformadores de la ciudad. No solo son los políticos y autoridades quienes incluso no tienen ni el poder para evitar los incendios. Por el contrario, estos nuevos protagonistas que empujan y permiten a los poderes tradicionales a tomar decisiones. En el contexto de los últimos incendios, la agencia de los grupos sociales los provocó, el fuego puso la hoja en blanco y dictó las directrices urbanas; y las redes del cacao el diseño para la reconstrucción.

No se trata de desmerecer el esfuerzo de los guayaquileños esmerados en una casi eterna reconstrucción. Se trata de colocar en el foco de investigación a estos nuevos protagonistas de la historia.

Durante la reconstrucción, el poder local no solo se queda en el diseño de las calles. Ingresa a los domicilios familiares. Se hace presente por medio de la regulación de las casas y la estandarización de las instalaciones sanitarias. Los planos de la ciudad son las herramientas para ejecutar ese poder. A través de la prensa, se difunde a las masas lo que se quiere hacer.

Dentro de los nuevos protagonistas entra el agua, Erick Swyngedouw y Andrew Bovarnick (1994), establecen una relación entre el agua, el poder y la ciudad. “Los mecanismos de exclusión al acceso del agua ejemplifican las relaciones de poder por el que la geografía urbana de las ciudades es delineado y transformado” (Swyngedouw y Bovarnick 1994, 17). No cabe duda de que el limitado acceso al agua para unas pocas familias en ese entonces significaría la ruina de toda la ciudad.

En referencia a la metodología, no podemos utilizar el mismo método para espacios históricos distintos. Menos aún, cuando las fuentes disponibles son también distintas. Se utilizó diversidad de fuentes entre escritas, cartográficas y visuales. En el período colonial, predominaron las fuentes escritas. Para el Incendio Grande, más bien fue una triangulación entre las diversas fuentes.

Se recopilaron fuentes primarias y secundarias sobre los incendios desde el siglo XVI hasta el siglo XIX. Los autores difieren al momento de enumerar los incendios. Estas diferencias se originan en la forma de catalogar estas catástrofes. Por lo tanto, no existe una cantidad exacta. Más bien, quedan algunas interrogantes sin responder. Sin embargo, se reconoce la considerable frecuencia con que aparecían.

En el conjunto de planos se aplicó el método deconstruccionista planteado Brian Harley (2005: 187) y los niveles de interpretación de Panofsky (1939). De la lectura realizada, establecimos dos grupos de planos. Los primeros nos cuentan cómo era la ciudad. Los segundos, en cambio, nos cuentan cómo los poderes quieren que la ciudad sea. En este último grupo de planos, se aprecian los intereses del poder local para transformar la ciudad.

El uso de planos nos ayudó en la interpretación de los procesos urbanos. Claro está que son los instrumentos utilizados por el poder tradicional y las élites. En el Guayaquil de la reconstrucción, los planos son expresiones de los intereses para el futuro. Nicolás Cuvi señala que los mapas “construyen imágenes de los territorios que terminan siendo asimiladas como realidades” (Cuvi, 2012: 29). Sin embargo, estas herramientas son la imagen de un proyecto a construir. La voluntad de una parte de la ciudad que no necesariamente se llega a cristalizar. Mientras algunos proyectos de ciudad se ejecutaron, otros se quedaron en el papel.

Presento al fuego como un medio para liberar las tensiones sociales. Al parecer algunos resentimientos entre los esclavos se resolvieron quemando las casas de sus amos. Es una

especie de ajuste de cuenta social. Adicionalmente, se observa el estigma que sufrían los afrodescendientes con respecto a los incendios o de complicidad con las invasiones piratas.

Según los relatos consultados, desde el siglo XVI, sí existieron iniciativas para acabar con las llamas. Estos esfuerzos fueron diversos y dependieron del momento y el lugar con respecto al fuego. Hubo ordenanzas para: primero, evitarlo; y segundo combatirlo. Los métodos de prevención iban desde establecer materiales de construcción, normar el uso del fuego, etc. Una vez iniciadas las llamas, todos los métodos utilizados eran semejantes a los empleados en Europa. En específico, en el Gran Incendio de Londres de 1666. Finalmente, otro método se añade como anécdota y muestra de la religiosidad de los habitantes. A pesar de todos los métodos usados, evidenciamos la poca efectividad tanto para evitar como para combatir las llamas.

El fuego y la resistencia de los habitantes se convierten en gestores de la primera expansión urbana ordenada de Guayaquil. Aunque el fuego no fue el único motivo para que la ciudad se traslade de sitio, si fue el de mayor peso. Hay que aclarar que la ciudad no se expandió adrede. Originalmente, se proyectó un traslado. No obstante, la negativa de los moradores en dejar la Ciudad Vieja provocó que la Ciudad Nueva se convirtiera en un sector adicional de la ciudad.

El mayor de los incendios durante la época colonial fue el “Fuego Grande” de 1764. Este flagelo provocó que las autoridades decretaran algunos cambios relacionados a la prevención del fuego. Cambios que no se concretaron del todo por la presión y agencia ejercida por la población.

Uno de los factores en común en todos los incendios fue la resistencia de los guayaquileños. Lamentablemente, la negativa de la población en acatar las disposiciones provocaba nuevos incendios. Para resumir, podemos describir que la ciudad había entrado en un ciclo de ordenanza, resistencia, autodestrucción y reconstrucción. En las estructuras de poder de la ciudad, la agencia desde abajo de la población fue más poderosa que las disposiciones del poder político. Incluso otros poderes tradicionales como el religioso y el militar no acataban estas normas.

El desacato de quienes debían poner el ejemplo motivaba la indiferencia de parte de las esferas más populares de la ciudad. Intereses económicos, la naturaleza e incluso el

comportamiento de otros grupos sociales provocaron una desobediencia general. Al final, no se logró ningún cambio hasta llegar a los últimos años del siglo XIX.

Hacia fines del siglo XIX, Guayaquil tenía un enorme historial de incendios. Por tal motivo, las autoridades habían desarrollado un entramado de ordenanzas para evitar un nuevo peligro. Estas ordenanzas regulaban diversas actividades en la ciudad. En el caso de las actividades comerciales, controlaban el manejo de sustancias inflamables y la ubicación de negocios potencialmente peligrosos. Con respecto a las personas, nadie podía salir de la ciudad y todos estaban obligados a combatir contra el fuego. Otras ordenanzas incluso, regulaban el uso del agua priorizándola para el uso del Cuerpo de Bomberos. El desacato era castigado con multas y penas de cárcel. Se observa la resistencia disimulada de algunos comerciantes. Por medio de reclamaciones tratan de retrasar la aplicación de las ordenanzas que afectaban a sus negocios.

Durante el Incendio Grande de 1896, estas ordenanzas fueron letra muerta. La mayoría de la población actuó según su conveniencia. Es más, algunas de estas acciones empeoraron la situación. Quienes priorizaron el salvataje de objetos materiales alimentaron sin querer el fuego y se expusieron a la muerte. Otros, al retrasar el escape hasta el último minuto, perecieron por escapar de forma insegura. También hubo casos de insubordinación y agresiones entre los habitantes. En un ambiente de caos general, las acciones coordinadas fueron escasas. Las disposiciones de no abandonar la ciudad no tuvieron efecto en la población.

El trazado urbano estrecho e irregular facilitó la propagación del fuego. La altitud de algunas edificaciones también contribuyó a esto. Tal como ocurrió en el Gran Incendio de Londres. Por el contrario, el fuego se detuvo al llegar sobre calles anchas. El tipo de construcción y la dirección del viento también determinaron el rumbo que tomó el fuego. Todos estos aspectos se consideraron en los planes de reconstrucción. Los poderes políticos facilitan todos los medios legales y económicos para la ejecución del plan.

El cabildo aprueba el plan de reconstrucción de Gastón Thoret. Consistió uniformar el trazado urbano afectado. Los criterios principales fueron calles, anchas y rectilíneas; y la regulación de la altura de las viviendas. La ciudad se resignó a continuar siendo de madera. Buscando economía y funcionalidad, el plan Thoret se asemejó mucho al que Robert Hooke's planteó para Londres. A medida que avanzó la reconstrucción, se

integraron otras agendas de grupos sociales y políticos. El gobierno se centró en el saneamiento y las élites económicas en el embellecimiento de la ciudad. Las redes del cacao impulsaron la necesidad de rehabilitar el puerto y los gustos arquitectónicos para la reconstrucción. En un contexto económico favorable, la élite de la ciudad quiso aprovechar el lienzo en blanco que dejó el incendio sobre el trazado urbano.

Las “juntas” fueron un modelo de gestión urbana practicado a fines del siglo XIX e inicios del siglo XX. En este esquema, juntas integradas por las élites tomaban el control de la ejecución de los trabajos de la ciudad. Se necesitaba de la negociación entre los poderes locales y centrales para su conformación. Antes del incendio, el gobierno de Alfaro ya había creado una junta para los trabajos del agua. Por lo tanto, no podemos decir que únicamente el fuego de 1896 impulsó al gobierno liberal a trabajar en conjunto con los poderes locales. Más bien, hubo una alineación de intereses cuando la élite cacaotera tomó el poder con el triunfo de la Revolución Liberal.

Con motivo de la cercanía del centenario de la revolución de 1820, se idearon planes para reformar aún más y embellecer la ciudad. El cabildo ya no se conformaba con la ejecución de obras para la supervivencia y reconstrucción de la urbe. Plantearon proyectos como el de Luis Carbo y Francisco Manrique. Idearon una ciudad con rasgos europeos: ensanches, bulevares, plazas, etc. Al mismo tiempo, basados en ideas higienistas, planificaron la segregación del espacio urbano. Por su carácter artístico, estos planes guardan similitud con el que Wren propuso para Londres. Se proyectan dos barrios: el Barrio del Centenario y el Barrio Obrero. El primero, para las élites y el segundo para las clases populares. De estos, solo el barrio más pudiente se ejecutaría. La posterior crisis cacaotera impediría la ejecución de algunos de estos ambiciosos proyectos. También intentaron implementar una nomenclatura de calles similar a la de Nueva York. Este proyecto no prosperó por la resistencia de la población.

Los grandes incendios de 1896 y 1902 evidenciaron el grave problema de agua que sufría la ciudad. También dejaron obsoletas las antiguas formas de acabar con el fuego. Antes del incendio, las obras relacionadas al agua se abandonaban por falta de inversión o avanzaban muy lentamente. Se ejecutó un “Plan de Saneamiento” que abarcó el manejo integral del líquido: agua potable, aguas servidas y lluvias. Con la obra de distribución del agua, la carga del Cuerpo Contra Incendios se alivió un poco. Se dispuso de medios legales y económicos para la compra de equipo. La prensa también aportó con ideas para el fortalecimiento de la institución.

El Incendio Grande de 1896 sería el que pusiera fin a este ciclo de destrucción-reconstrucción. Marcó el final definitivo de la ciudad vieja. Los últimos grandes incendios provocaron los incipientes cambios hacia la modernización de la ciudad. Después de estas catástrofes, Guayaquil cambió en muchos aspectos: saneamiento, normativas, trazado urbano, bomberos, etc. De un momento a otro, se derribaron algunas estructuras que perennizaron el ataque del fuego siglos atrás. Podemos recordar a Foucault “la ley nace de las ciudades incendiadas, de las tierras devastadas; surge con los famosos inocentes que agonizan mientras nace el día” (2002, 55).

Al final, los enemigos destructores de la ciudad no fueron las llamas. Fueron las dinámicas del poder al interior de la urbe: la negligencia generalizada de los habitantes, la falta de planificación de las élites, los intereses comerciales particulares, etc. Todos estos, voluntaria e involuntariamente, fueron los responsables de las desgracias incendiarias. Incluso, en el caso del “Incendio Grande”, el fuego es el que reconfigura la ciudad. Por otra parte, no se puede sostener que el cacao es el que la reconstruye. Sin embargo, es el que coloca en el poder a las élites que rediseñan la ciudad.

Referencias

- Abad, Alejandro 2015. "Comparación literaria y revisión crítica del Incendio de Roma del 64 d.C.". https://www.academia.edu/11379346/Comparaci%C3%B3n_literaria_y_revisi%C3%B3n_cr%C3%ADtica_del_Incendio_de_Roma_del_64_d.C
- Ackroyd, Peter 2002. *London: The Biography*. Madrid: Centro Español de Derechos Reprográficos.
- Aguirre, Augusto (1895). *Colección de decretos, ordenanzas, resoluciones y contratos*. Guayaquil: Tipografía de la Sociedad Filantrópica.
- Ayala Mora, Enrique 2008. *Resumen de historia del Ecuador*. Quito: Corporación Editora Nacional.
- Baleato, Andrés 1820. *Monografía de Guayaquil escrita por Andrés Baleato en Lima el año de 1820*. Guayaquil: Imprenta de la Nación.
- Barthes, Roland 1990. *La aventura semiológica*. Barcelona: Paidós Comunicación.
- Benjamin, Walter 1972. "El París del segundo imperio en Baudelaire". En *Iluminaciones II*, traducido por Jesús Aguirre, 21-85. Madrid: Taurus.
- Bock, Sophie 1988. Quito, Guayaquil: identificación arquitectural y evolución socioeconómica en el Ecuador (1850-1987). Lima-Guayaquil: IFEA, CER-G
- Borisonik, Hernán. 2021. "Adam Smith y los límites a la naturaleza". *Revista Cultura Económica* 101: 11-31. doi.org/10.46553/cecon.39.101.2021.p11-31.
- Burke, Peter 2005. *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*. Barcelona: A&M Gráfico.
- Campos Coello, Francisco 1896. *Crónica del Gran Incendio acaecido en Guayaquil*. Guayaquil.
- Carbo, Luis 1907. *Proyecto de Saneamiento de la Ciudad de Guayaquil*. Guayaquil: Junta de Canalización y Proveedora de Agua.
- Compte Guerrero, Florencio. 2017. "Guayaquil 1897-1950. Entre la utopía y el desencanto". En *II Jornadas internacionales de historia del arte y arquitectura (HISTAA): Modernidad y vanguardia en América Latina 1930-1970*. Editado por Alexandra Kennedy-Troya, 149-175. Cuenca: Universidad de Cuenca, Facultad de Arquitectura y Urbanismo.
- Concejo Cantonal de Guayaquil 1891. *Informe del Presidente del Concejo Cantonal de Guayaquil al Señor Jefe Político y Concejeros Municipales: Año de 1891*. Guayaquil: Imprenta de la Nación.
- Coronel, Valeria, y Mercedes Prieto 2010. *Celebraciones centenarias y negociaciones por la nación ecuatoriana*. Quito: FLACSO, Sede Ecuador: Ministerio de Cultura.
- Cuerpo de Bomberos de Guayaquil 1893. *Reglamento general del Cuerpo de Bomberos, para la ciudad de Guayaquil*. Guayaquil: Imprenta del Universo.
- Cronon, William 1991. *Nature's Metropolis: Chicago and the Great West*. New York: W.W. Norton.
- Cuvi, Nicolás 2013. Mapas confidenciales y mapas de planificación: Imágenes estadounidenses del territorio latinoamericano en la década de 1940. En *Apuntes* 26 (1): 26 - 45.
- De Alsedo y Herrera, Dionysio 1741. *Compendio histórico de la Provincia, partidos, ciudades, astilleros, ríos, y Puerto de Guayaquil en las Costas de la Mar del Sur*. Madrid: Imprenta y librería de Manuel Fernández, Impresor de la Reverenda Cámara Apostólica.

- De Alsedo, Antonio 1787. *Diccionario geográfico-histórico de las Indias occidentales o América*. Madrid: Imprenta de Manuel González.
- De Certeau, Michel 2000. *La invención de lo cotidiano. I. Artes de Hacer*. México: Universidad Iberoamericana-Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.
- De la Torre, Patricia 1996. “El poder simbólico de la Junta de Beneficencia de Guayaquil”. *Procesos* n.º 8, 119-138.
- Del Río, Cristina. 2020. “Palimpsestos. las huellas del tiempo en la Arquitectura”. Trabajo de fin de grado, Universidad Politécnica de Madrid.
- Díaz, Sebastián 2009. “Aportes de Brian Harley a la nueva historia de la cartografía y escenario actual del campo en Colombia, América Latina y el mundo”. *Historia Crítica* n.º 39, septiembre-diciembre: 180-200.
- Dickens, Charles 1918. *The adventures of Oliver Twist*. New York: The Macmillan Company.
- Estrada Ycaza, Julio, Cecilia Estrada Solá y María Palacios Jara (2007). *Guía histórica de Guayaquil. Tomo 4. Incendios*. Guayaquil: Municipalidad de Guayaquil.
- Foucault, Michel. 2002. *Defender la sociedad*. México, D. F: Fondo de Cultura Económica.
- Gómez, José 2000. “El paisaje urbano de Guayaquil”. En *Antología de historia*, editado por Alicia Torres, 95-108. Quito: FLACSO.
- Gunn, Simon 2013. “Los poderes de la ciudad: nuevas perspectivas en la Historia Urbana”. *Urban* n.º 6: 101-110.
- Hanson, Julienne. 1989. “Order and Structure in the Urban Design: the Plans of the rebuilding of London after Great Fire 1666”. *Ekistics* vol. 56: 334-335.
- Harley, Brian 2005. *La nueva naturaleza de los mapas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Hoyos, Melvin y Efrén Avilés. 2010. *Los Planos de Guayaquil: dos siglos de evolución urbana, 1740-1960*. Guayaquil: Poligráfica.
- Juan, Jorge y Antonio de Ulloa. 1748. *Relación histórica del viage a la América Meridional*, Tomo I. Madrid.
- Laviana, María 2008. “El hábitad urbano y la lucha contra el fuego en el Guayaquil colonial”. *Revista del Archivo Histórico del Guayas* 3-4 (II semestre 2007-I semestre 2008): 81-101.
- López-Ocón, Leoncio y Miguel Puig-Samper 1987. “Los condicionantes políticos de la comisión científica del Pacífico: nacionalismo e hispanoamericanismo en la España bajoisabelina (1854-1868)”. *Revista de Indias* 47 (180): 667-682.
- Martínez, Andrés 2019. La regulación del abastecimiento de agua en Ecuador. Evolución histórica y realidad actual. Sostenibilidad: económica, social y ambiental, 1, 31-54. <https://doi.org/10.14198/Sostenibilidad2019.1.03>
- Manguashca, Juan 2012. “La incorporación del cacao ecuatoriano al mercado mundial entre 1840 y 1925, según los informes consulares”. *Procesos* n.º 35, semestre I: 67-97.
- Montoya, Vladimir 2007. “El mapa de lo invisible. Silencios y gramática del poder en la cartografía”. *Universitas Humanística* 63: 155-179.
- Palacios, Antonieta 2014. *Gastón Thoret Jäger (1859-1944). Ingeniero, constructor y visionario*. Guayaquil: Ilustre Municipalidad de Guayaquil.
- Panofsky, Erwin 1939. *Studies in iconology*. Oxford: Oxford University Press.
- Roca, Ricardo 1897. *Colección de leyes, ordenanzas, resoluciones y contratos*. Guayaquil: Tipografía de la Sociedad Filantrópica.

- Rojas, Milton y Gaitán Villavicencio 1988. *El Proceso Urbano de Guayaquil*. Quito/Guayaquil: Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales (ILDIS) y Centro de Estudios Regionales de Guayaquil (CER-G).
- Rojas, Milton y Gaitán Villavicencio. 2018. "Algunas propuestas sobre el proceso urbano y el espacio portuario de Guayaquil: desde sus orígenes hasta el siglo XIX". *CIVITIC Revista Interuniversitaria de Estudios Urbanos de Ecuador* 4: 47-70
- Swyngedouw, Erick y Andrew Bovarnick. 1994. "Guayaquil Futuro" La crisis del abastecimiento de agua en la Ciudad de Guayaquil. Quito: Instituto Latinoamericano de Investiaciones Sociales (ILDIS) – Fundación Friedrich Ebert
- Thoret, Gaston 1896. *Proyecto de reconstrucción de Guayaquil*. Guayaquil.
- Wither, Serafín 1896. *Informe del Ministro de Hacienda a la Convención Nacional de 1896-1897*. Quito: Imprenta Nacional.
- Wolf, Teodoro 1892. *Geografía y geología del Ecuador*. Leipzig: Tipografía de F. A. Brockhaus.